

APÉNDICE.

[CARTA O LIBELO.]

PRÓLOGO DE JUAN CRISÓSTOMO TROMBELLI A LA SIGUIENTE CARTA DE HILARIO.

CAPÍTULO PRIMERO.

En qué códice se encontró y a quién (según nuestra opinión) debe atribuirse la carta que ahora publicamos.

1. Si de la diligencia que apliqué al examinar los códices de nuestra Biblioteca obtuve un fruto no pequeño al encontrar el libelo anterior, ciertamente obtuve uno mucho más abundante al descubrir la noble carta que te presento, amable lector, en un códice de pergamino que contiene las cartas y opúsculos de Jerónimo. Sin embargo, no quisiera que se la atribuyeras a Jerónimo; pues el estilo la desvincula de Jerónimo, y también de Ambrosio y Agustín, quienes, como es evidente, siguieron un modo de escribir muy diferente. Esta carta fue escrita originalmente en latín, no traducida del griego, como lo demuestra su lenguaje, que no contiene nada de griego: también sugiere un escritor latino la versión de la Escritura que sigue: ya que es o bien la misma Itálica frecuentemente alabada por los antiguos, o bien otra afín a la Itálica, también frecuentemente utilizada por los antiguos Padres latinos. Pero dado que, además de Jerónimo, Ambrosio y Agustín (a quienes, como hemos dicho, el propio estilo prohíbe reconocer como autores de esta carta), hubo muchos Padres latinos que escribieron cartas, debemos investigar a quién podemos atribuir esta carta.

2. Creo que es muy seguro que fue compuesta antes de que la interpretación Vulgata de la Biblia fuera aceptada por las Iglesias: pues la versión que se cita en esta carta difiere mucho de la Vulgata. Por lo tanto, precede al siglo séptimo, cuando la Vulgata prevaleció en casi todas las Iglesias Occidentales. Pero el escritor del siglo cuarto queda suficientemente indicado por la suma diligencia y el ferviente esfuerzo con que se esfuerza por establecer e inculcar la consubstancialidad y eternidad del Verbo divino, y por refutar a los arrianos y semiarrianos: omite, sin embargo, las herejías que surgieron posteriormente, e incluso la misma macedoniana, célebre en tiempos de los semiarrianos; de hecho, al hablar del Espíritu Santo, utiliza expresiones que, después de que esa herejía prevaleciera, no podrían haber sido empleadas por un hombre católico, como sin duda es nuestro escritor. Por lo tanto, esta carta fue escrita antes de que Macedonio fundara una nueva herejía. Entre aquellos que sabemos que escribieron cartas en esos tiempos y defendieron la divinidad y eternidad del Verbo, destacan Hilario de Poitiers y Eusebio de Vercelli. Pero si alguien compara esta carta con las cartas de Eusebio que Baronius publicó, verá claramente que difiere mucho del estilo de Eusebio, pero se acerca al modo de hablar que Hilario siguió en sus libros: y de hecho, solo difiere de ellos en que, al estar compuestos en estilo oratorio, son más elevados y sublimes; mientras que esta carta está escrita en un estilo humilde, aunque adornado y muy elaborado: lo cual no es sorprendente; pues este tipo de lenguaje es adecuado para una carta que debía ser leída en una asamblea eclesiástica para la instrucción de muchos. Y ciertamente no es indigna de aquel autor, de quien Jerónimo dice: «San Hilario se eleva con el coturno galo, y aunque se adorna con las flores de Grecia, a veces se envuelve en largos períodos, y está lejos de la lectura de los hermanos más simples.» Tampoco echamos de menos en ella la abundancia y el brillo que, en otros lugares, el mismo Jerónimo atestigua que resplandece en las obras de los escritores galos. Finalmente, para no extenderme demasiado, en esta carta ciertamente se revela aquel que, según las palabras del mismo Jerónimo, fue el más

elocuente: «No somos más elocuentes que Hilario: pues, como también atestigua aquí Jerónimo, "imitó tanto el estilo como el número de los doce libros de Quintiliano, y en el breve libro que escribió contra el médico Dióscoro, mostró lo que podía hacer en las letras."» El comienzo de esta carta es ciertamente muy noble, y no menos excelentes son las partes que siguen, de modo que fácilmente se puede detectar en ella la sublimidad y elocuencia que los antiguos encomiaban en Hilario.

3. También han notado los críticos en Hilario que inserta en sus escritos palabras poco frecuentes: y esto ocurre en esta misma carta. ¿Quién, en efecto, contaría entre las palabras que usamos frecuentemente las siguientes: inicia, esplendificar, sacerdotar, confuerir, que aquí encontrarás? Si Hilario, para la explicación y mayor claridad de la materia, usa palabras griegas en sus libros: también aparecen en esta carta. Si Hilario evita en lo posible la palabra homousion para explicar la consubstancialidad del Verbo, y en su lugar introduce otras explicaciones en sus libros, para que no parezca que discute sobre el nombre y no sobre la consubstancialidad, eternidad y preeminencia del Verbo; también lo hace aquí. Observa igualmente en esta carta lo que religiosamente observó en sus otros libros al disputar contra los arrianos: que, en efecto, refuta vehementemente sus errores, pero no llama a nadie por su nombre; y se abstiene por completo del odioso término de arrianos y semiarrianos: por lo cual Lucifer de Cagliari se disgustó y le pareció demasiado indulgente. ¿Qué más? Las mismas frases un poco más libres, especialmente cuando diserta sobre el Espíritu Santo, el misterio de la Encarnación y la creación de las cosas, que se encuentran en los libros de Hilario sobre la Trinidad, también se encuentran en la carta que publicamos; también se encuentran las mismas sentencias; y el discurso, como hemos dicho, no es diferente: y ciertamente lo admitirá quien examine las anotaciones que añadiremos a la misma carta: pues no una pequeña parte de ellas se referirá a mostrar, con las palabras de Hilario, que la carta no solo concuerda en doctrina con sus otros libros, sino también a veces en la misma locución y disposición de las palabras.

A esto se añade cierta afinidad de los nombres de Hilario y Jerónimo; pues ambos nombres comienzan con las mismas letras. De aquí sospecho que el nombre de Hilario, indicado solo por las dos primeras letras (Hi), y puesto al frente de esta carta, pudo fácilmente inducir a nuestro copista, quizás no muy experto, a atribuir este libelo a Jerónimo, cuando en realidad debía ser atribuido a Hilario.

4. Y por estas conjeturas me inclino a atribuir esta carta a Hilario de Poitiers, por lo tanto, a un escritor muy ilustre y antiguo. Sin embargo, no quiero ocultar las dificultades que me planteó un hombre muy distinguido, que parecía ocupar un lugar preeminente en la república literaria. A saber, 1º el escritor de esta carta desea que aquellos a quienes iba dirigida estuvieran preparados para el martirio. Por lo tanto, el autor de ella es anterior a Hilario; pues vivió en la época de los emperadores que perseguían a la Iglesia. 2º El escritor de esta carta confiesa que su fe fue puesta en duda. «Y que los enemigos de mi fe sepan que se ha dado razón de ella, y reconozcan que concuerda con la Iglesia.» Pero ¿quién se atrevería a decir eso de Hilario? quien, para usar las palabras de Agustín, «fue un defensor acérrimo de la Iglesia católica contra los herejes; católico e insigne doctor de la Iglesia católica; y un hombre de no poca autoridad en el tratamiento de las Escrituras y en la afirmación de la fe.» A esto respondo de la siguiente manera. Sabemos con certeza, por monumentos indubitables, que en tiempos de Constancio hubo muchos que, por la defensa de la fe ortodoxa, no solo fueron enviados al exilio, sino que también sufrieron el martirio. Con razón, por lo tanto, nuestro excelente escritor deseaba que los fieles estuvieran preparados para el martirio, para testificar con su sangre la verdad de la confesión ortodoxa. ¿No podría también dudarse con razón de que, al morir Constancio, el imperio pasara a un hombre adicto a la antigua

superstición, y que, reinando él, la Iglesia fuera nuevamente agitada? Si quieres situar esta carta en el reinado de Juliano, ¿no era correcto que Hilario deseara que los fieles estuvieran preparados para sufrir el martirio, sabiendo que eran gravemente acosados por los gentiles, a quienes el mismo emperador favorecía abiertamente?

5. Aunque Hilario mereció las alabanzas con que fue adornado por Agustín, Jerónimo, Casiano y otros hombres célebres, es indudable que algunos, demasiado severos y rigurosos, dudaron de su fe. Esto lo admitirá fácilmente quien preste atención al libro que Hilario compuso en defensa de su fe contra las acusaciones de Lucifer de Cagliari. Léelo, te lo ruego, y verás claramente que Hilario se vio obligado a defender su fe de las acusaciones de este obispo.

CAPÍTULO II.

A quién fue enviada la misma carta: cuál es su argumento; y en qué tiempo fue escrita.

1. Pero surge otra cuestión: a quién fue enviada esta carta. Pues esto no está en nuestro códice. Las palabras que aparecen al final de esta carta indican a un obispo que había asumido recientemente el gobierno del pueblo, y que era católico, quien había solicitado a Hilario una instrucción para ser leída ante el pueblo: «Pidiendo ante todo (quizás todo) a la santidad más sincera de tu pueblo, que tu Santidad, a quien se ha comprobado que el camino más experto y santo ha sido dado por Dios, se digne corregir y completar en todo lo que mi mediocridad ha omitido o no ha podido explicar mejor: o si consideras que la obra que comenzamos, a petición tuya y con la ayuda de Dios, está completa, que tengas en tus santas oraciones, así como en las de todos los hermanos, la memoria de mí.» Y esas palabras: «a quien se ha comprobado que el camino más experto y santo ha sido dado por Dios,» sugieren a un hombre íntegro; también docto, o al menos ejercitado en el hablar y escribir en varias ocasiones, quien, ya sea por falta de confianza en sí mismo, o para ganar autoridad para su fe y para sí mismo, o incluso para tener una instrucción más completa que ofrecer a su pueblo, solicitó a Hilario una carta en la que se propusieran sumariamente los dogmas de la fe y se dirigieran las costumbres hacia la piedad. Lo cual no es sorprendente; pues Hilario gozaba de gran estima entre todos, a quien recomendaban en gran medida su probidad excepcional, los milagros realizados, su doctrina no vulgar, el exilio que había soportado, los trabajos que había tolerado por la fe católica, y su admirable constancia contra los enemigos de la Iglesia católica. También sabemos por otras fuentes que los obispos más célebres fueron solicitados por los obispos recién elegidos para que les enviaran cartas con las que instruir a los pueblos: de lo cual te ofrece un ejemplo la carta que Ambrosio, obispo de Milán, envió a Vigilio, obispo recién elegido: en la que abarca casi todo lo que un obispo debe buscar o evitar. Además, las cartas de los obispos más notables fueron leídas en las asambleas sagradas de los fieles, como lo atestiguan muchos otros, y esto lo muestra claramente lo que Cipriano, escribiendo al papa Cornelio, enseña con estas palabras: «Y aunque sé, hermano muy querido, que por el mutuo afecto que nos debemos y mostramos, siempre lees nuestras cartas al floreciente clero que preside contigo allí, y a la santísima y amplísima plebe; sin embargo, ahora te lo recuerdo y te lo pido, que lo que de otro modo haces espontáneamente y con gran amabilidad, también lo hagas a petición mía, para que, leída esta carta mía, si alguna contaminación de discurso venenoso y siembra pestilente había penetrado allí, sea eliminada de los oídos y corazones de los hermanos, y la íntegra y sincera caridad de los buenos sea purgada de todas las manchas de la detracción herética.»

2. Y esta carta ciertamente debe ser tenida en mayor estima, porque se encuentran muy raras cartas de este tipo en los mismos libros antiguos, y las que se tienen, aunque contienen

incitaciones a la piedad y la virtud, o bien pasan por alto los misterios de la fe y los dogmas, o los tocan muy brevemente. Por el contrario, esta carta abarca ambos aspectos, y explica diligentemente los misterios de la fe: también exhorta e incita claramente a alcanzar las virtudes.

3. El hecho de que el nombre del obispo a quien fue enviada esta carta no esté en nuestro códice hace que ignoremos el tiempo en que fue escrita por Hilario: tiempo que ciertamente se habría conocido fácilmente si tuviéramos el nombre de ese obispo; pues sabemos el año en que al menos los obispos latinos más destacados de esa época (a alguno de los cuales parece que fue enviada la carta) asumieron el gobierno de sus iglesias.

4. Sin embargo, creo que esta carta fue escrita en los últimos años de la vida de Hilario. Pues el esfuerzo y la diligencia que dedicó a ilustrar y exponer claramente el dogma católico, por el cual se nos propone creer en la divinidad del Hijo, y a defenderlo de las explicaciones subrepticias de los arrianos y semiarrianos, indican esa época que ya había descubierto todas las maquinaciones y malos engaños de Valente, Ursacio y otros afines a ellos. Y en esta opinión me confirmo cuando presto atención a las expresiones y explicaciones que parecen tomadas de los libros sobre la Trinidad y de los Comentarios sobre los Salmos: pues podemos conjeturar cómodamente a partir de esto que, ya compuestos y publicados esos libros que mencionamos, esta carta fue escrita por Hilario. Y esta sospecha mía la confirman las palabras puestas al final de la carta: «Y que los enemigos de mi fe sepan que se ha dado razón de ella, y reconozcan que concuerda con la Iglesia»: pues indican suficientemente la disensión que surgió anteriormente entre Hilario y Lucifer de Cagliari, y que este último puso en duda la piedad y religión de Hilario, de modo que Hilario se vio obligado a redactar una explicación de sus libros, especialmente de aquel que se titula sobre los Sínodos, o sobre la fe de los Orientales. Observa, te lo ruego, el opúsculo del que hablamos, que los Padres de San Mauro titularon Respuestas apologéticas a los críticos del libro sobre los Sínodos (pág. 521, tomo II, edición de Verona).

5. Puestas estas cosas, ves claramente cuán excelente es la carta que publicamos, pues contiene muchos y muy valiosos documentos escritos por aquel que parece haber sido llamado Maestro de las Iglesias por los antiguos, porque no solo se opuso a los arrianos con su ejemplo y la escritura de muchos libros, sino también porque instruyó a los mismos obispos, y por lo tanto a los pueblos sujetos a ellos, con sus cartas; y de esta manera creció por el progreso de los demás. Pero ya hemos hablado bastante. He aquí, pues, la misma carta.

CARTA O LIBELO DE SAN HILARIO. (Los números indican las anotaciones al pie de la carta.) (C,G)*

I. David glorioso en el Salmo dice así: «Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras.» De esto se da a entender, que con el sonido preparado de antemano, es decir, con los principios de la fe, se puede llegar a lo más íntimo y perfecto de la fe, para que no se nos diga con la voz del Señor que reprende: «Si en lo poco fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es mayor?» Pero como veo que hay una forma cierta que no se puede transgredir, la diferencia entre judíos y griegos, es decir, gentiles; primero expliquemos la diferencia: pues no creo que los judíos deban creer otra cosa para llegar a la verdad de la fe, sino que Jesucristo es el Hijo de Dios: que por él se salva el linaje de Israel, y que las naciones también se bautizan en su nombre: pues lo demás lo saben por la ley y los profetas. Pero los gentiles, para quienes el trabajo es verdadero y mayor, deben ser admitidos y enseñados en este orden. Y primero, que se aparten de los ídolos y de todos los placeres de los hombres con todo su corazón: para que, arrancados y extirpados de raíz los males, se puedan sembrar en

sus corazones los bienes y lo religioso: esto es, creer en un solo Dios; temerle a él. Luego, saber que él mismo creó todas las cosas: y que todo el mundo, tanto lo que ha sido hecho como lo que permanece por su mandato, voluntad y acción. Que hay un cuerpo de Escritura: pero que se llama ley y profetas, ¿qué necesita esto? que ciertamente fue escrito por hombres, no de hombres: pues el Espíritu de Dios, que todo lo sabe, inspiraba a los hombres santos que hablaban, o que destruían la maldad, o que edificaban la fe, o levantaban la esperanza, o amenazaban con el juicio, o guardaban las promesas. Luego, deben creer que Jesucristo es el Hijo de Dios, por quien Dios hizo todas las cosas, y sin el cual nada fue hecho, por quien en el principio recibimos el Verbo, es decir, la razón del universo, que estaba con Dios. Pues así inicia el glorioso evangelista Juan diciendo: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él; y sin él nada fue hecho.» Luego, que hay un Espíritu Santo, que animó y confirmó todas las cosas que Dios hizo por el Verbo. Que hay un solo bautismo por el cual los hombres renacen en Dios. También deben creer en la resurrección de los muertos en la misma carne. El juicio futuro de Dios, por el cual según las obras del hombre se pagarán las penas de los malos, o se otorgarán las recompensas destinadas a las buenas obras. Tal es la diferencia entre los judíos que se convierten y los gentiles que creen: ¿Qué es Dios, o cómo es, y cuánto; quién es, y cómo es el Hijo de Dios, y quién es el Espíritu Santo: pues los Tres son uno.

II. Ciertamente conviene que vuestra prudencia sepa que hablamos de Dios estas cosas y podemos, y sabemos, las que él mismo quiso que se supieran de él entre los hombres, o aquellas a las que al hombre, con su permiso, le fue lícito acceder. Que el hombre no busque a Dios en la tierra, ni lo componga entre las figuras, para que no crea que es semejante a alguien: pues la verdadera fe siempre ha expuesto a Dios así: No nacido, no hecho, incomprendible, inestimable, invisible e impasible: Y por eso es el único Dios verdadero, que ha engendrado algunas cosas, ha hecho otras, ha dispuesto, ordenado, adornado. El mejor, justo, manda como Juez. Y por eso es inexcusable todo hombre que no haya reconocido a su hacedor en el tiempo del conocimiento, teniendo después de la salida un Juez justo: quien no pensó convertirse en su tiempo, sino desde el pasado. Esto es lo que es lícito creer de Dios. Quien crea esto, se abstiene de toda injusticia. Quien obre bien y justamente tendrá descanso eterno en la vida.

III. Habentem Filium: no pienses que digo que fue engendrado inmediatamente cuando los hombres fueron creados; sino que, como es apropiado creer acerca de Dios, y que Dios tiene un hijo nacido de sí mismo, sin que su sustancia se divida, ni su majestad se divida; y por lo tanto, no parece pasible. Ni que la palabra de su boca sea similar a la nuestra: que conste de letras y sílabas: ni que el hijo de Dios sea compuesto, y por lo tanto, se considere disoluble. Ni que fue hecho de la nada, como lo fueron las demás cosas, para que no se le una como similar e igual a los demás que fueron hechos; sino como él mismo sabe, quien engendra, y él mismo quien es engendrado: el mismo Señor diciendo en el evangelio: Nadie conoce al Padre sino el Hijo: ni al Hijo lo conoce nadie sino el Padre (Mat. XI, 27). También leemos en las Escrituras: Mi misterio es para mí: mi misterio es para mí (Isa. XXIV, 16). Y en verdad es apropiado que esté oculto sobre ese engendramiento, en el cual nadie estuvo presente: ni siquiera un momento de tiempo. Porque antes de los siglos, y antes de que alguien se atreviera a sospechar, el hijo de Dios nació sin tiempos: lo que en lengua griega se dice Achronos; porque siempre es hijo, porque siempre es padre: es impío asignar a Dios algo posteriormente, que no tenía antes: ya que Dios siempre es perfecto. Para que incluso lo que fue fabricado posteriormente por nosotros, ya estuviera en él, si no en sustancia, en plena disposición: No era menos impotente hacer todo a la vez, sino que todo obedeciera ordenado y gradualmente según su grado y honor; y para que no permanecieran pasivos y sin honor

entre sí, sin nada más antiguo. Porque si el nacimiento que el Hijo de Dios asumió por nuestra causa es incomprensible, no desnudado a los mortales; cuánto más aquel que solo es conocido por Dios Padre y por sí mismo. Porque el ángel Gabriel habla a María como el Evangelista testifica: El Espíritu del Señor vendrá sobre ti: y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Luc. I, 35). Lo que se cubre con sombra, se oculta: no es conocido por todos. Por lo tanto, si este nacimiento, que fue dispuesto por nuestra causa, nos es desconocido: cuánto más aquel que está lejos de nosotros. ¿Y qué digo de nosotros, y no de toda criatura celestial? Por lo tanto, basta con lo que hemos visto, lo que la divinidad quiso que conociéramos. Y no debe extenderse más el conocimiento, para que no se considere sacrílego a cualquiera que haya traspasado los límites permitidos del conocimiento.

IV. Por lo tanto, hemos aceptado a Cristo como el Hijo de Dios desde el principio, la Sabiduría verdadera (I Cor. I, 24, poder de Dios, y sabiduría de Dios); el Verbo, es decir, la razón, el espíritu (Juan IV, 24, Dios es espíritu, etc.), el camino (Juan XIV, 6), la luz (Juan I, 9, y nuevamente III, 19), el brazo (Is. LIII, 1, y Juan XII, 38, ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?) la fortaleza, el poder (I Cor. I, 24), la verdad (Juan XIV, 6), el pan (Juan VI, 35, 48), el vino (Mat. IX, 17, y Juan XV, 1, etc., Yo soy la vid verdadera), la Vida (Juan I, 4, y XIV, 6, y en otros lugares a menudo), la Puerta (Juan X, 1, 2, 7, 9), el pastor (Ibid., 11, etc.), y muchas otras cosas que son por causa de los hombres: y todos viven en él: que cada uno aprenderá con el tiempo a través de la enseñanza de la Escritura. Si, por lo tanto, confesamos conocer al Hijo de Dios: por él sabemos que Dios Padre creó los siglos visibles e invisibles: No es lícito creer que Dios operó a partir de aquello de lo cual el mundo tomó el mismo principio de su nacimiento, o que se debe creer que cesó y dejó de hacerlo después de la creación del mundo: cuando el Señor habla y dice: «Mi Padre hasta ahora trabaja» (Juan V, 17). Cualquiera que le asigne ocio antes o después, le asigna descanso a quien no conoce como infatigable: e ignora que nada le ha sucedido siempre, sino que siempre es: lo que en lengua griega se llama *ἀναστειν*: y en todo siempre es espíritu perfecto.

V. Por lo tanto, hay muchas cosas que hizo a través del Hijo: de las cuales solo nos son conocidos los nombres, o ni siquiera estos son conocidos. ¿Cuántos son los tronos? ¿Cuántos los poderes? ¿Cuántas las dominaciones? ¿Cuántos los principados? ¿Cuántos los espíritus? ¿Cuántos los Ángeles? que ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre. ¿Cuánta claridad pensamos que hay en los invisibles, y no podemos estimar, cuando en estas cosas que están con nosotros, todo es admirable? Porque entre todas las cosas, también el mundo que contemplamos fue fabricado por el Hijo. Y ciertamente ordenó que existiera la luz, para que las demás cosas fueran visibles, a la cual llamó día. A las tinieblas les añadió el nombre de noche. Luego mostró el firmamento, que separara las aguas, al cual quiso llamar Cielo: para que las cosas terrenales no se mezclaran a la vista con las celestiales: sino que hubiera algo que distinguiera entre lo humano y lo divino. Ya había creado de la nada las mismas materias, de las cuales se harían todos los elementos. Después de esto, ordenó que las aguas se reunieran y se juntaran: para que se mostrara lo Seco. Ni las cosas están privadas de nombres. Porque llamó mar a las aguas reunidas, y quiso que la tierra separada poseyera el nombre de tierra. Pero estas cosas parecían menos instruidas. Por lo tanto, les añadió fecundidad benigna y belleza. Y de manera maravillosa, ordenando que primero generara aquello que había sido fabricado al final, no alterando el orden, ni ignorante de su obra: sino que quiso que lo último tuviera algo primero, para que no todo lo último yaciera, y unió lo segundo a lo primero, para que lo primero no despreciara lo inferior. Así, el Hijo de Dios, Dios, moderó como artífice bajo la orden del Padre, para que al cambiar el orden, dispusiera mejor la disposición. Pues mandó a las tierras que produjeran todos los pastos y árboles con sus semillas revivibles, y adornó el cielo con luminarias, es decir, el Sol, la Luna y las

Estrellas, para que mostraran los límites del día o de la noche, o instruyeran a los rústicos o a los navegantes con señales. Mandó a los mares encerrados en los límites de la tierra que procrearan sus animales: evidentemente había animado las mismas materias con alma, para que al nacer posteriormente los seres animados les proporcionaran almas. Pero para hacer la tierra más fecunda, después de los pastos, después de los árboles frutales, después de todas las semillas, ordenó que produjera todo tipo de cuadrúpedos, fieras y serpientes vivas y animadas. No hubo demora en todas estas cosas: porque cuando Dios Padre ordenaba, el Hijo, siendo la misma virtud, tomaba el mandato sin dilación:

pues con la orden también estaba la obra presente. Pero como era de gran importancia fecundar lo terrenal, y después de lo divino, faltaban los humanos; hizo al hombre, que no fuera todo del cielo, ni tampoco todo de la tierra, para que naciera de nuevo: pues formó el cuerpo de todo el limo de la tierra, dispuesto a conceder el espíritu del cielo: y como todo fue formado por la orden del Padre con el Verbo obedeciendo, en la creación del hombre también el mismo Padre se acercó como creador, para que la tierra no prescribiera la inmortalidad, si las manos inmortales constituyeran al hombre. También concedió que el hombre llevara la imagen de Dios en la tierra, dispuesto a dar posteriormente la semejanza, si la imagen se mantenía intacta. No pienses que la forma exterior del hombre fue hecha a imagen. De ninguna manera. ¿Quién podría creer que Dios, a cuya imagen fue hecho el hombre, tiene alguna parte que no oye, que no ve, que no obra todo? Pues la forma exterior del hombre no ve por todas partes, no oye por todas partes, no es poderosa por todas partes. Pero Dios es todo luz, todo ojo, todo oído, toda mano poderosísima. ¿Entonces las Escrituras mienten? De ninguna manera. Pero hay algo interior en el hombre, que también se llama Hombre, como nos instruye el apóstol Pablo diciendo: Y aunque nuestro Hombre exterior se corrompe, el interior se renueva cada día. Este es hecho a imagen de Dios: al que llamamos *voũv* (es decir, mente): que puede ser semejante a Dios cuando es impassible: mientras es incommovible, mientras es bienaventurado y santo, y sin fin (sin fin, hasta el fin, o, si quieres, sin infidelidad, o en fe) es comprobado. Y le dio libre albedrío, y un alma capaz no sin ley de vivir, para que, siendo grande y libre de la ley, no se igualara a todos los seres animados: añadiendo una amenaza después de la ley, para que, si guardaba la ley, llegara a la eternidad; si no la guardaba, se procurara la muerte, y perdiera también la salvación. El nombre del hombre hecho es Adán.

VI. Pero como en todos los animales para la procreación ambos sexos habían surgido: también se proveyó al hombre, para que también para él se preparara una mujer para la generación: y fue hecha, como testifica la Escritura: quien recibió el nombre de Eva: a quien la prescripción de la ley equitativa no separaba ni de la recompensa, ni del castigo. Pero después de que Dios vio que todas las cosas estaban perfectas y adornadas por su Verbo (es decir, el Hijo); entregó todo lo que estaba con el hombre a su potestad. Cuando Lucifer vio que todo le había sido entregado al hombre, le envidió miserablemente. (Pues también para ellos es libre no pecar, y lícito, si guardan los mandatos, permanecer en bienaventuranza). Persuadió a través de la mujer a transgredir la ley y los mandatos de Dios: para que el hombre se hiciera culpable de los mandamientos de Dios, y cayera en sentencia. Fue expulsado, por lo tanto, a este mundo: pues en el Paraíso, mientras estuvo sin pecado, habitaba. Pero como después de la transgresión había engendrado hombres, condujo a toda la raza humana consigo hasta la muerte. Sin embargo, no faltaría el bueno, o el justo: ya que era libre también para los nacidos posteriormente no delinquir, y Dios no cesaba de advertir diariamente. Entonces la bondad divina, y la piedad paterna proveía abundantemente de muchas maneras: y primero a través de los Justos Patriarcas: luego a través de Moisés, y los Profetas. Pero todos estos morían en Adán. En los últimos tiempos, para que el Diablo no triunfara por completo (pues

ese es su nombre, después de que envidió al hombre), y para que el hombre, después de cumplidos los tiempos de condenación, no fuera retenido por mucho tiempo en el castigo contra la misericordia de Dios; recibió la salvación, que merecía solo por misericordia. Porque Dios Padre omnipotente envió a su Hijo Jesucristo, Dios y nuestro Señor, por quien había creado todas las cosas: no permitiendo que esto se hiciera sin él. Sin embargo, nadie era idóneo para soportar pacientemente al hombre, o sabía, o podía superar las potestades de este mundo y de estas tinieblas, o vencer la muerte, abrir los infiernos, erradicar completamente y borrar el poder y la potestad del pecado, sino el Hijo de Dios, quien había sido partícipe con el Padre en la creación del hombre, quien también podía ocultarse en el hombre, y mezclar al hombre con Dios para realizar y mostrar virtudes. A través de él, borrados nuestros escritos de pecados, pacificados con Dios Padre, y hechos hijos de Dios, podríamos acercarnos. Por lo tanto, el Hijo de Dios es enviado, y entró en el hombre de manera oculta: No porque temiera a alguien que era el señor de todos; sino para que el Diablo no temiera acercarse al hombre, que estaba mezclado con Dios: y el Diablo no pareciera menos derrotado por el hombre, si fuera vencido sin acceso y combate. Por lo tanto, del Espíritu del Señor que viene sobre la Virgen, y del poder del Altísimo que la cubre con su sombra, se celebra el nacimiento de Cristo según el hombre, y pasó por todas las edades, para que casi todos aprendieran de Dios: que todas estas cosas estaban predichas en la ley y los Profetas, para que la cosa maravillosa para todos no se volviera increíble por la sorpresa: y los del pasado, a quienes no les fue posible ver esto con sus ojos, si esperaban sin duda en su venida, que era predicada, pudieran escapar del contagio de la muerte eterna. Así, por lo tanto, Dios fue visto en la tierra, un hijo de Dios tan grande y tal, cuanto o como la humanidad pudiera contemplar. Porque quien en el monte mostró a los Apóstoles la apariencia de su majestad y bondad, cuando su rostro resplandecía, como si la virtud del sol hubiera salido, y llevaba una vestidura que parecía más blanca que la nieve; y sin embargo, ya instruidos, ya enseñados, ya santos, los discípulos no pudieron soportar la claridad de Jesús, de aquel que había asumido aún los vicios y pecados de todos los hombres para curarlos. ¿Qué si Dios hubiera venido tan grande, para mostrar su claridad y poder a los hombres? Quizás toda la creación, débil y cayendo, sucumbiría. Pero el Hijo de Dios había venido a salvar. Así, el hombre con cuerpo adquirido, Dios en poder enseñaba como maestro, persuadía como hermano, obraba como Dios, elegía como presciente, curaba como médico, como humano compadecía. Y ya habiendo cumplido todas las cosas y completado, que la ley o los Profetas habían predicho, o la salvación del hombre exigía; al final, a través de la muerte del hombre inmortal, moría, para que, eliminada la mortalidad, donara la inmortalidad a los hombres. Suspendido, por lo tanto, en el madero, con el pueblo judío clamando, entre quienes había realizado tan grandes maravillas, para que en él toda la envidia del Diablo fuera vencida (Dios reinó desde el madero), en el cual el envidioso había engañado al hombre, se apresuraba voluntariamente hacia la muerte, siendo la muerte de la muerte; pues, habiendo abierto los infiernos, y despreciado y pisoteado todas las cosas que entonces valían para la perdición del hombre y la salvación en los infiernos, iluminó a todos los Justos y a los que esperaban en él, y los llamó de nuevo a los cielos: mostrando al Diablo y a las potestades de este mundo y de estas tinieblas, que su malicia no había prevalecido: que ellos permanecen en penas, liberado el hombre a quien envidiaban. Triunfando, por lo tanto, el hombre con Dios, ya vencida la muerte, no mortal ya ascendía a los cielos. Así, por lo tanto, Cristo Jesús nuestro Señor sufría, para que resucitara; resucitaba, porque ya había sufrido. Enseñando esto, que cualquiera que se una a Dios, puede parecer morir, no puede perecer. Sin embargo, parecía poco hecho para el castigo de los enemigos, si al extinguir al enemigo le hubiera dado vida al hombre, y no añadiera claridad. Y para que al Diablo y a sus ángeles se añadiera un mayor castigo, con triunfo el hombre, que tenía carne ya no mortal, fue llevado al cielo para ser mostrado a los ángeles y potestades santas, ofreciendo al hombre liberado como un regalo a Dios Padre. Inmediatamente dejó en su lugar

al Espíritu Santo como vicario, que había prometido a los discípulos cerca de su pasión, para que fuera tanto ayuda como santificación para los hombres creyentes. Este es el orden de nuestra creencia sobre Cristo.

VII. Pero como ya hemos mencionado al Espíritu Santo, diremos que se debe creer en el Espíritu Santo, por quien todas las cosas que se harían posteriormente, inspiraría y santificaría, de su sustancia (quizás se deba añadir comunicación). Sin embargo, los tres son uno, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Luego se debe creer que hay un solo bautismo, por el cual los hombres purificados, y hechos hijos de Dios, sean sellados en la fe; por el cual se purguen todos los delitos del hombre viejo, ya sea de nacimiento o de error: En el cual no se quitan las inmundicias del cuerpo: sino que es la buena interrogación de una conciencia pura hacia Dios sobre la resurrección de Jesucristo.

VIII. Después de esto, el orden exige creer en la resurrección de los muertos en la misma carne. Pues es evidente, y no es lícito decir otra cosa, que es sabio y presciente que

Dios, que elige mejor como sabio y previsor, ha decidido que el hombre sea eterno, en lugar de no serlo. Si hubiera considerado mejor que no existiera, lo habría evitado antes de crearlo. Que el hombre, compuesto de cuerpo y alma, sea eterno, nos lo enseñan las Escrituras en muchos lugares: pero pondré algunos ejemplos. Salomón clama diciendo (Sab. II, 2): Dios creó al hombre para la inmortalidad. No sin razón en el Génesis se prohíbe al hombre, después del pecado, acercarse al árbol de la vida, para que no viva eternamente (Gén. III, 22), ciertamente para que no perseverara como inmortal. ¿Quién? sino el hombre que había sido hecho inmortal por Dios, y cuyo cuerpo no podía contener la inmortalidad. Pero creo que esto inquieta al lector, que el hombre fuera prohibido por Dios de acercarse al árbol de la vida, ignorando que en esto se le había provisto: ya estaba en transgresión. Antes de esta muerte, que Dios atribuyó como remedio a los hombres, y por la cual, mediante la separación del cuerpo y el alma, se produce el fin y la erradicación del pecado, si hubiera accedido al árbol de la vida; porque era necesario que por la comunicación de la vida se hiciera eterno, en el hombre inmortal era necesario que el pecado permaneciera perpetuamente. Por lo tanto, esto también fue previsto sabiamente (quizás deliberadamente), y útilmente para el hombre, para que, con la intervención de la disolución temporal eliminada, la verdadera obra de Dios, excluido el mal, se despierte a la vida. Por lo tanto, el hombre es siempre. Pero, ¿por qué morimos en este mundo? La razón se ha comprendido anteriormente: no para que el hombre perezca, sino para que se separe: No para que el hombre asuma las materias de las que está fabricado el cuerpo: sino para que se reserve para el día de la resurrección y el juicio. Pues no es lícito que falte algo al juicio de Dios, cuando es cierto que el juicio de Dios está destinado después del fin de esta era. Pues también esto debe insinuarse: y es necesario que se represente todo el hombre: ya que todos se encontrarán o en virtud o en crimen. Y esto es apropiado, para que sean recompensados los que han obrado bien según su voluntad, y los malos sean destinados a castigos eternos. Por lo tanto, busquemos los preceptos legítimos, y evitemos los adversos, para que, obedientes, obtengamos las recompensas.

IX. Ahora, pues, tratemos sobre la persona. En la persona hay dos aspectos a considerar: el Pobre y el Rico. Y a los ricos de este siglo se les debe instruir (I Timoteo VI, 17): No sean altivos: ni pongan su esperanza en la incertidumbre de sus riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da abundantemente todo para el fruto de las buenas obras: sean ricos, pero en buenas acciones, sean comunicativos: atesoren para sí un buen futuro: para que alcancen lo buena que es la vida. Luego deben saber que no se les han dado las riquezas para que confíen en ellas como su única felicidad, para que las usen mal. Y que no desprecien a los pobres, ni

consideren las riquezas como un ministerio de malicia, o un instrumento de lujuria, ni que se les han dado para sí mismos, ni que nunca las perderán. Finalmente, deben saber que han sido constituidos por Dios como dispensadores de la gracia de Dios; para que en la distribución se conozca su voluntad recta o perversa: para que sepan que con la abundancia, a menos que sean sabios, se les han añadido tentaciones mayores. Aprendan a distribuir las riquezas. Pero distribuyan sus facultades en comparación con la inmortalidad, para que sean semejantes a Dios: Misericordiosos: no sean juzgados como derrochadores y destructores de los bienes del Señor. Y hagan esto con confianza, y con alegría. Pues dice el Apóstol Pablo (II Corintios IX, 7): Dios ama al dador alegre. No piensen que puede agotarse lo que se gasta en el uso de los pobres en la contemplación de los preceptos de Dios. Pues, ya que han sido recibidas de Él, y son necesarias: y ha sido útil administrarlas y aumentarlas. ¿De dónde pueden faltar las cosas temporales, cuando por ellas, si se distribuyen bien, se han prometido y preparado las eternas? La Verdad habla, que es Cristo, diciendo (Mateo XIX, 29; Marcos X, 29): Quien haya dejado por mí casa, o campo, o padres, o lo demás: recibirá cien veces más en este siglo; y en el futuro, la vida eterna. Y si algunos atribuyen esto al tiempo de persecución, yo sin embargo escucho así a nuestro Señor advirtiéndolo, que por Él, en cualquier tiempo, para cualquier obra santa que se haya cumplido su precepto, no faltará la recompensa destinada. No seamos ansiosos. Dios cuida de nosotros. Clama el Profeta diciendo (Prov. XXII, 2, y más expresamente Sab. VI, 8): Y al pobre, y al rico yo hice. Y por todos tengo igual cuidado. Dios cuida: y ¿alguien teme que se reduzca su patrimonio? ¿De dónde se distribuye por mandato de Dios? Temamos más, no sea que, si somos temerosos, estériles e infieles en las buenas obras, seamos juzgados necesitados y pobres. Temamos más bien llenarnos de tristeza, porque también de tales ricos en el Evangelio, aunque en la persona de uno, sin embargo, lo refirió al conjunto diciendo (Mateo XIX, 22): Pero se fue, cuando oyó, triste: porque tenía muchas posesiones. No tema, no sea que le sea difícil entrar en el reino de los cielos. Sea más bien humilde: sea generoso, para que sea juzgado más bienaventurado por esto: si no siente escasez ni en este siglo, ni en el futuro. Dé al pobre, para que preste a Dios: considere a Dios como deudor (Proverbios XIX, 17). Sepa que la misericordia está por encima de los sacrificios. Alcanzará la gloria y el descanso, si de estas riquezas, en las que otros son juzgados corruptos y perdidos; él recibe la corona de los frutos de la justicia y la misericordia.

X. El pobre, por su parte, debe ser consolado de tal manera que sepa que en la pobreza se consideran más sus bienes. Y primero, que le ha sido útilmente provisto por Dios: que Dios, previsora, ha considerado su debilidad, y ha establecido que no podría soportar la carga y la preocupación de las riquezas. Luego, que sienta cuántas tentaciones y cuántos peligros ha evitado en nombre de la pobreza. Pero falta la abundancia, que frecuentemente es contraria: sin embargo, se transita más rápidamente hacia las riquezas del alma sin impedimento en la pobreza. Ciertamente, considere de qué males ha carecido. Carece de envidia, emulación, insidias, engaño, soberbia, contienda, y de aquellas cosas que las riquezas suelen infligir al hombre en el mundo; pues con el flujo de las cosas y la abundancia de recursos, el ánimo se disuelve, el vigor de la mente se debilita, la virtud del cuerpo se enerva. Pero en la pobreza no hay banquetes lujuriosos, ni bebidas vergonzosas: todo es sobrio, todo es rígido, todo es humilde: no despreciable, porque están llenos de conciencia pura y virtud. No es abundante en facultades ajenas: es justo. No es fácil que el rico acceda a las riquezas del alma, es decir, a las virtudes de este mundo. Pues quien dice (Mateo XIX, 24), que es más difícil que un rico entre en el reino de los cielos, ciertamente entiende que es más fácil para el pobre. No piense que por su pobreza está alejado del cuidado de Dios, el Profeta testifica diciendo (Prov. XXII, 2; y más expresamente Sab. VI, 8): Y al pobre, y al rico yo hice: y por todos tengo igual cuidado. No es (Hechos X, 34; I Pedro XVII) Dios aceptador de personas. Ni profesa cuidar

solo de aquel que abunda en las riquezas del mundo, sino que cuida de todos, y sostiene el cuidado de los pobres: recompensará a quien encuentre humilde en las riquezas, o paciente en la pobreza. Se busca la distribución como de todo el cuerpo humano, y el ministerio de cada uno. Considere que el cuerpo del hombre es un solo cuerpo, pero con muchos miembros. ¿Acaso todos son ojo, o pie, o los demás miembros (I Cor. XII, 14)? Pero, como dice Pablo, doctor de los gentiles en fe y verdad (I Timoteo II, 7): A los miembros inferiores les damos mayor honor (I Cor. XII, 23). Y así como la virtud de cada miembro se demuestra en su orden y oficio, así en el cuerpo de toda la humanidad se colocan como miembros la Pobreza y la Riqueza; para que la paciencia del Pobre y la humanidad del Rico sean comprobadas por el examen de Dios. Debe exultar el pobre, y dar gracias a Dios: porque ha sido liberado de muchos lazos de patrimonio. En el día de la prueba no se ve agobiado por las cadenas de las facultades; más fácilmente sigue libre el discípulo al Señor, no implicado en ningún lazo. No falte tampoco de él, en cuanto pueda, la misericordia justa hacia los necesitados (Tob. IV, 8), porque así como el rico se hace justo por la liberalidad, así el pobre se hace justo por la frugalidad, si distribuye a los inferiores y a los que no tienen. No tema, no sea que él mismo falte, cuando en el uso de la administración santa tenga la voluntad más pronta: nada faltará: el Espíritu corrobora por el Profeta (Prov. X, 3): Dios no mata de hambre el alma del justo. Y el Señor en el Evangelio (Mateo VI, 33): Buscad primero el reino de Dios, y todas estas cosas se os añadirán. No desee hacerse rico en este mundo, no sea que se adquiera muchos males, diciendo y advirtiendo el glorioso Pablo (I Timoteo VI, 8): Teniendo pues sustento y abrigo: estemos contentos con esto. Pero los que quieren hacerse ricos caen en tentación, y en lazo, y en muchos deseos que hunden a los hombres en perdición. Más bien, si ha deseado creer con verdadera fe y por la salvación, que se elija y adquiera para sí riquezas celestiales, que cada uno adquiere y asume con justicia, misericordia y otras buenas acciones. Las eternas deben ser preferidas a las temporales, las estables a las caducas, las seguras a las ansiosas, las libres a las peligrosas, las más claras a las deshonorosas. Con estas advertencias, tanto el Rico debe ser moderado, como el Pobre aliviado.

XI. Ahora hablemos del sexo. Ese sexo es masculino y femenino; es decir, hombre y mujer. Y el hombre, después de lo que hemos comprendido anteriormente, también debe guardar esto para la institución de una vida mejor, que ame a su esposa, como Cristo amó a la Iglesia (Efesios V, 25): para que puedan llevar a cabo todo con un solo ánimo, concordes, puedan orar a Dios por todo, levantando manos puras sin ira ni discusión (I Timoteo II, 8): pero que todo se haga para la edificación divina. Luego, llevar el vínculo de la unión con pudor y castidad común; y entonces unirse, cuando haya contemplación de generación, o el tiempo de oración no lo impida (I Cor. VII, 5). Considero oración aquella que se celebra con todo el ministerio de los sacramentos y la comunión. Además, hay súplica, adoración, confesión y intercesión (I Timoteo II, 1), y voto, que todos tienen su tiempo. Por lo tanto, al hombre le conviene orar con la cabeza descubierta (I Corintios XI, 4 y 7): no con el cabello largo (Ibid., V, 14): su andar debe ser simple, no jactancioso o afectado; para que no solo crea con la palabra, sino que también ofrezca a los demás el ejemplo de su vida. Pues al hombre le compete en todo ser sacerdote para Dios (I Timoteo II, 8). Y así debe exhibir su conversación purísima tanto en el catecismo (es decir, en la instrucción), como también en la vida laica, para que, aunque no ejerza el ministerio y oficio sacerdotal, por la similitud de vida se iguale al sacerdocio. Pero la mujer debe aprender a obedecer a su marido (Efesios V, 22), llamándolo incluso señor (I Pedro III, 6): y debe respetar a todos los hombres; pero servir a su propio marido: Porque la cabeza de toda mujer es el hombre (Efesios V, 24). Sepa también vivir castamente con su marido (Tito II, 5): lo que él también debe hacer de todas las maneras: de modo que no conozca a ninguna otra, excepto a su esposa (I Corintios VII, 1, 5, etc.). Pues debe conocer los tiempos de la unión, y abstenerse de la conjunción cuando es

tiempo de oración, o cuando la mujer está indispuesta, o cuando después del parto se reconoce en tiempos de purificación. Pues Dios no unió el matrimonio para la impudicia, sino para que sirviera a la generación. Aprenda a educar a los hijos piadosamente (I Timoteo V, 10: Si ha educado hijos), a ser modesta, no litigiosa, no bebedora (Tito I, 7; Colosenses III, 18; Efesios V, 22; I Pedro III, 1), no soberbia con su marido (Génesis III, 16; y Tito II, 3, 4, 5: Subordinadas a sus maridos; y I Timoteo II, 12, ni dominar al marido), aunque parezca mayor en patrimonio: pero también en su andar ser modesta, no salir con apariencia afectada (I Timoteo II, 9 y 10; I Pedro III, 3): ni adornada con oro, ni con vestimenta preciosa: no dedicarse a los rizos del cabello. Sino como conviene a las mujeres cristianas que prometen castidad no solo con palabras, sino por buena conversación (I Pedro II, 12; III, 1, 2). Sepa que debe guardar silencio en la Iglesia; pues no es apropiado que hablen (I Timoteo II, 11 y 12; y I Corintios XIV, 34). Debe obedecer no solo a los mayores de edad, y a los sacerdotes, sino también a todos los hermanos (I Pedro II, 13). Ni debe anteponerse a ningún hombre por consideración de sexo (I Pedro III, 7): porque incluso cuando haya cumplido todo legítimamente, se perfeccionará en el hombre perfecto (Efesios IV, 13). Más bien, aspire a la virtud que alcanzará la gloria, no retrasada por la debilidad del sexo, igualándose a los hombres justísimos en santidad y virtud del alma, y en toda continencia y devoción.

XII. Ahora se debe tratar el discurso sobre las edades. Y primero creo que la infancia debe diferirse en la doctrina, porque por la calidad del tiempo o de la edad, no puede soportar la palabra del maestro. Y a quienes por defecto de edad no se les pueden dar preceptos en malicia e inocencia natural, los padres deben ser obligados a su amonestación: aunque con la edad que se acerca, la Iglesia no faltará, ni cesará de amonestar. A los niños, sin embargo, se les debe insinuar primero que no falten en ningún momento de escuchar, porque no pueden ser enseñados todo de una vez. Luego, que unan la inocencia a la simplicidad, para que no continúen la infancia en la perseverancia de la malicia. Deben ser custodiados y observados, para que no se corrompan en las demás edades. A la bondad natural deben añadir también el bien de la fe y el don divino, para que siempre sean buenos, siempre santos, siempre obra de Dios, y no de la naturaleza, perseverando en la tradición de la creencia. Deben considerar que deben permanecer castos o pudicos, deben venir más frecuentemente a la Iglesia, porque deben ser confirmados más frecuentemente, amonestados más frecuentemente, a quienes, debido a la edad menos estable, la lucha del diablo será más grave. Deben observar todo con temor, y sobre todo evitar la fornicación, que tiene el inicio de la idolatría: y es necesario que quien haya seguido una, conozca ambas. Entonces, ¿cómo se entiende que ha creído y ha dejado a los gentiles, si recuerda lo que designa a los gentiles? Ciertamente deben ser obedientes no solo a los padres (Colosenses III, 20), sino también a todos los mayores de edad (I Pedro V, 5), si sus advertencias y oraciones no traen ningún impedimento legítimo. Deben considerarse a sí mismos como teniendo a Dios por Padre (Mateo VI, 9): deben esperar su herencia (Ibid. y vers. 10; Hechos, XX, 32; Romanos VIII, 17; Colosenses III, 24), que no consiste en cosas temporales, sino en eternas. Incluso si Dios prevé que es útil para ellos, también les proporcionará cosas temporales; especialmente cuando vea que cada uno busca las eternas: Diciendo su Hijo, nuestro Señor (Mateo, VI, 33): Buscad primero el reino de Dios, y todas estas cosas se os añadirán. Por lo tanto, no debe haber duda de que no faltará en la tierra la abundancia de las cosas necesarias a aquellos a quienes se preparan las celestiales. Por lo tanto, porque estas cosas deben esperarse de Dios, no se debe obedecer a nadie: más bien, se debe obedecer a todos, porque Dios lo quiere: no porque deba esperarse de Él alguna recompensa temporal: sino porque también en esto nos esforzamos por cumplir los preceptos legítimos de Dios. Finalmente, deben alegrarse, si en el primer inicio del libre albedrío se han acercado a Dios, comparando toda su edad con el bien de la fe: que no en la edad consumada en el error, para que después fueran lo que lamentaran; sino que, siendo aún

niños e inocentes, se acercaron a Dios no tanto para obtener perdón, como para obtener gracia.

XIII. Los jóvenes deben ser advertidos de esta manera, que si tienen esposas, se les enseñe a vivir castamente con sus esposas. Sepan que es un crimen tocar a una ajena (I Corintios VII, 1). En esto dará prueba y ejemplo, de que verdaderamente ha renunciado a la vida pasada, si después de haber creído, hay una reforma de vida para mejor. Pues entonces deja de ser gentil, y comienza a ser iniciado cristiano, si guardando cuidadosamente toda la ley, se muestra casto y pudico (I Cor. VII.). Si no tienen esposas, deben ser obligados a que o las tengan, o se contengan por completo, para que no piensen que les está permitido lo mismo que hacían antes (Colosenses III, 5; Efesios V, 3). Deben saber que han renunciado al Diablo, no con palabras, sino con hechos. Deben ser advertidos, y saber que la fornicación y el adulterio están prohibidos. No está permitido tocar a ninguna mujer, excepto a la esposa, y a esta adquirida de manera divina. Por lo tanto, o deben tomar esposa (I Corintios, VII, 9, Quienes no se contienen, cásense), o abrazar la continencia. Sin embargo, para que no se aterroricen y difieran la fe, deben saber que es malo no creer por inmudicia: es peor ser encontrados impúdicos después de haber creído. Los jóvenes deben considerar que en todas sus acciones deben superar su edad, fuertes en ánimo y virtud: y en el hombre interior (II Cor. IV, 16) jóvenes; (I Corintios XIV, 20) entre los ancianos colocados por el juicio de Dios. También deben alegrarse de que no en toda la edad consumada, sino en el mismo calor de las edades, y en la misma adolescencia hayan renunciado al autor de los delitos, el Diablo, y a las acciones impuras: y renovados se presenten a Dios puros en malicia (Ibid.): En tentaciones jóvenes; en consejos y pensamientos ancianos graves. Y creo que todos estos deben ser advertidos, para que obedezcan a todos por Dios (I Pedro II, 13): aprendan a gobernar bien su casa (I Tim. V, 4): si tienen hijos, los traten piadosamente (Ibid., vers. 10; Tito II, 4), y los instruyan en cosas divinas: pues estos son los signos de nuestra fe, si no solo hemos creído, sino que también hemos transmitido a otros lo que hemos creído.

XIV. Los soldados de Cristo deben saber que en tiempos de paz deben ser diligentes, y en la persecución, muy valientes. Así han tomado el nombre de soldados, y esperan las recompensas o salarios de la vida eterna, de modo que, además de las luchas diarias de la paz, que llevamos contra el Diablo, a quien hemos renunciado, pensemos en la batalla y los combates de la persecución. No deben temerse los castigos corporales, sino considerar los méritos o las promesas. Más bien deben temerse la cautividad y la servidumbre bajo el enemigo, el exilio de la Patria celestial, el Juicio de Dios, incluso la burla del enemigo, la muerte eterna y los tormentos eternos. Consideremos que todos somos mortales y que es necesario morir. Qué glorioso y digno de alabanza es, si lo que es necesario sufrir, se conquista en gloria. Toda palabra debe adaptarse a la destrucción de la idolatría y a alabar la corona del martirio, para que el soldado de Cristo avance armado de todas las maneras para vencer al enemigo y repeler sus dardos. Aquel que evangeliza, debe ser interrogado sobre qué hace. Si es soldado, o funcionario, o juez, que se modere. Si es campesino, que no murmure. Si es urbano, que no sea engañoso y sea precavido, y que no ejerza su ingenio en cosas malas. Si es comerciante, que no jure en falso. Si es agricultor, que no acapare el grano. Si es artesano, que no engañe ni defraude.

XV. La fe, como define el apóstol Pablo (Hebr. XI, 1), es la sustancia de las cosas que esperamos y la evidencia de las cosas que no vemos. Uno debe creer y tener fe en que Dios es capaz de cumplir lo que ha prometido, y trasladar su esperanza al futuro. Y entonces, lleno de fe, podrá llegar fácilmente a lo que se ha prometido (Hebr. XI, 1). Esto nos pone lo invisible ante los ojos. Al entrar en esto, abandonamos todo lo del Diablo, y de los poderes de este

mundo, y de estas tinieblas (Eph. VI, 11, etc.): nos acercamos a Dios con confianza. Es necesario creer y esperar lo que Dios ha ordenado, mientras negamos lo que el Diablo ha introducido.

XVI. La esperanza sigue a la fe. Por lo tanto, hablemos de ella. La esperanza es la expectativa de todas las cosas futuras que tenemos en la fe: por la cual somos salvados, como escribe el apóstol Pablo (Rom., VIII, 24): Porque en esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve no es esperanza. Porque, ¿quién espera lo que ve? Pero si esperamos lo que no vemos, lo esperamos con paciencia. Esto lleva en sí el temor: no aquel del que debe olvidarse, y que debe ser expulsado por quien vive en la fe; sino aquel que es uno de los espíritus con los que Jesús está lleno, como testimonia Isaías (Isa. XI, 1): Saldrá una vara del tronco de Jesé, y un vástago de sus raíces crecerá, y reposará sobre él el espíritu de sabiduría y de entendimiento, el espíritu de conocimiento y de piedad, y lo llenará el espíritu del temor del Señor: Aquel espíritu que David canta diciendo (Psal. XXXIII, 10): Temed al Señor, sus justos. Por lo cual también se hacen bienaventurados, como él mismo testimonia, diciendo (Ps. CXI, 1): Bienaventurado el hombre que teme al Señor. Ese temor es el que es casto y puro. Porque el temor del Señor es casto, dice David (Psal. XVIII, 10), permanece para siempre. Por lo tanto, hay también un doble temor, uno deseable y otro que debe evitarse. Así que el temor deseable es la advertencia y la custodia de todas las cosas que creemos o esperamos: temamos el Juicio, porque esperamos; y temamos al Señor, porque creemos que es un Juez fuerte.

XVII. Pero ya que el temor de Dios es casto, y la castidad es una forma de continencia; ahora debemos tratar sobre la continencia y sus virtudes. La continencia es la restricción de todas las cosas malas deseables. Añadí malas para que los jueces no piensen que esta definición es común a las cosas buenas y malas. Porque quien se abstiene de las cosas buenas, no es bien continente; pero quien se abstiene de las malas, lo es correctamente. Pero en todos los preceptos debe haber una doble consideración y enseñanza. Y creo que esto debe ser retenido y observado en los demás, para que, cuando hayas tratado una parte, conozcas la contraria: y así lo exige la institución de las cosas mismas, que, cuando sostienes una parte, es necesario que abandones la otra. Desde el principio hemos descubierto que no hay sustancia de las cosas malas; porque la desobediencia... junto al bien es mala (Eclesiástico XXXIII, 15). Y si no se encuentran en ninguna parte, se conserva la tutela del bien.

XVIII. Por lo tanto, la continencia debe ser enseñada y mantenida en las cosas malas. En las buenas, se debe exigir avidez. David proclama y enseña diciendo (Psal. CXI, 1): Bienaventurado el hombre que teme al Señor: en sus mandamientos desea mucho. También advierte en otro salmo que uno debe ser continente en las cosas malas y deseoso de las buenas, diciendo (Psal. XXXIII, 14): Guarda tu lengua del mal, y tus labios de hablar engaño. Apártate del mal, y haz el bien; busca la paz, y síguela.

XIX. También es conveniente hablar sobre los continentes: pues veo a muchos que, junto a la unión conyugal, son continentes solamente, y en las demás partes de la continencia, son los peores entre los gentiles. Porque si consideras, muchos de ellos son iracundos, ebrios, insolentes, orgullosos, y más inflados por la apariencia de continencia, golpeadores, maldicientes, codiciosos, altivos, complaciéndose mucho a sí mismos, de modo que juzgas que esa misma continencia que dicen tener, ha proporcionado más combustible y llama, y materia de crímenes. Cuando, de hecho, estas cosas deben ser cortadas, en las que somos reprendidos diariamente, y entonces más en todos los demás vicios debe mantenerse la virtud de la continencia: y para la consumación no debe rechazarse la unión, sino preferirse la castidad. Porque cuando el apóstol Pablo advertía a las Iglesias, no mandó una continencia uniforme, sino que así aconsejó en qué cosas debe buscarse y encontrarse, diciendo: Que sea,

dice (I Cor. VII, 34), santa en cuerpo y espíritu: definiendo que no es continente quien no es comprobado como continencia en ambas partes. Muchos o la mayoría arden tanto en deseo... como lo demuestra el resultado, que están dispuestos a soportar todo tipo de castigos, o cualquier sentencia de la Iglesia, antes que apartarse de la conversación familiar: sin saber que Dios, que todo lo sabe, ha dicho sobre tales (Mat. V, 28): Cualquiera que mire a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón. No pueden excusar su culpa diciendo que no han extendido sus ojos para codiciar, cuando yacen juntos bajo un mismo techo, o duermen en una misma cama: Por lo cual, cuando son reprendidos, profesan hacer esto espiritualmente, añadiendo nombres de afecto o piedad a los extraños. Ciertamente, ya que también aceptamos la sustancia del Diablo como espiritual, debe añadirse: pero de malicia y maldad espiritual (Ephes. VI, 12) de Dios por el escándalo de la Iglesia, y la ruina: cuando no pueden ser arrancados de allí ni por persuasión, ni por prohibición de los mayores, ni por temor a la sentencia presente, o al Juicio futuro: cuando con más frecuencia incluso aquellos que las legítimas nupcias han unido, una ligera disputa los separa. ¿Qué mal es esto? ¿Qué mal es la caridad indivisible, que no pueden separarse del afecto de una consanguinidad ajena? Es vergonzoso decir lo que no les avergüenza hacer. Ciertamente, ni siquiera están libres del beso, que es la prenda y señal de la serpiente. Ciertamente, cuando los reprendes, pronto pronuncian estas palabras: que pueden comprobar la integridad de su cuerpo; cuando primero se requiere de ellos la integridad de la mente, aunque tampoco pueden ser examinados completamente en el cuerpo. Porque no se permite a los hombres conocer o revelar los secretos de la conciencia, como dice la Escritura (I Reg. XVI, 7): El hombre ve lo que está delante de sus ojos, pero el Señor ve el corazón. Solo Dios ve lo íntimo y secreto. Pero es manifiesta la voz del Señor advirtiéndolos (Mat. VII, 20): Por sus frutos los conoceréis. Si consideras, cuál es su aspecto; con qué frente turbada, con qué desvergüenza miran; cuánta audacia en el rostro, cuánta constancia llevan, impúdico en algunos el vestido, y afectado el andar con profesión de jactancia. Y a esto procede la devoción de tal profesión, que por el nombre, que solo llevan, de virginidad, se hacen deseables. De ahí que se muestren, cuando debieron ocultarse, presentando su servicio solo a Dios, de quien la castidad espera la recompensa. Por eso, al entrar en el umbral de la casa de Dios para las oraciones, se inician con la cabeza descubierta, interpretando al Apóstol (con sus corruptores restringiéndolos) que estableció sobre las mujeres casadas, no sobre las vírgenes: sin saber que en todas partes llama a los hombres de cualquier edad Varones; designa a todas las mujeres con el nombre de Mujeres. Sé que he excedido el propósito del tratado sobre la continencia; pero necesariamente: para que de aquí en adelante todos los hombres de cualquier sexo, enseñados en plena continencia, sepan de qué deben abstenerse, y qué deben guardar: o si en una especie, en cualquier género de continencia, es observador, y no quiere ser advertido para acceder a otras, no se jacte de estar en el número de los continentes: no sea que también pierda esa parte en la que se alababa a sí mismo, por obstinación. Por lo tanto, quien es enseñado en la continencia, y quiere acceder, no debe buscar la continencia en el cuerpo, o en una sola parte del cuerpo, sino que debe reconocer las observaciones de la continencia en todo el movimiento del alma. Porque quien retiene la ira, es más continente que quien aparta la lengua de la injuria, de la maldición, de la difamación, de la mentira, del perjurio y de los demás afectos malos de la lengua. Quien finalmente refrena el pensamiento de toda maldad, y lo niega a toda iniquidad, es completamente continente, y no lo comparo con los hombres, sino que lo reconozco muy semejante a los santos Ángeles.

XX. Ahora ya debemos hablar de la paciencia y de todos sus bienes. La paciencia es la tolerancia de todas las injurias y pasiones, y la espera de todas las cosas sin precipitación. Quien la entienda y la posea, soporta las cosas contrarias a la vida; contiene todos los bienes.

Tiene como hermana a la esperanza. Aunque anteriormente comprendí que todas las cosas buenas son afines entre sí. Porque sufre con gusto, porque espera, y soporta lo que debe esperarse: se lleva con impaciencia lo que no se espera: y cuando nada se espera. Pero con toda virtud la paciencia soporta lo que se reconoce cuando la esperanza perece. Pero si la esperanza sigue al fruto de la paciencia, esta se alegra con la madre fe, tiene el timón de Dios, la continencia como parentesco. De ahí que los justos, mientras obran todo con paciencia (Rom. V, 3 y 4), se convierten en gloriosos testigos de Dios, mientras están llenos de fe, mientras están preocupados por el temor de Dios, mientras son discípulos de la continencia, mientras son hijos de la esperanza guiados por la sabiduría. Luego, coherederos de Cristo, mientras lo siguen hasta la muerte (Si sufrimos con él, etc., sigamos sus huellas) imitan las virtudes de la paciencia (quizás los combates).

XXI. Pero ya hablemos de la justicia. La justicia es la distribución más equitativa de todas las cosas y personas: quien la posee, y a quien se adhiere, mantiene su vida correctamente dispuesta y sin perturbación; guarda la equidad en todo; sabe lo que debe a Dios; lo que debe devolver a los santos y a los iguales; lo que no debe negar a las potestades de este siglo; lo que debe retener para sí; lo que corresponde al prójimo; lo que debe conceder o es adecuado a los extraños. Es justo adorar y amar a Dios con todo el corazón, y con toda el alma, y con toda la fuerza: honrar a los santos y a los iguales: pagar tributos a las potestades (Rom. XIII, 7): no ser orgulloso, sino más bien manso y humilde (I Petri II, 13 y 14): amar al prójimo como a uno mismo (II Timoth. III, 2): no perseguir con odio a los extraños y enemigos, sino amarlos: estar sujeto a los mayores o de mayor edad (I Petri V, 5). Porque el Señor, siendo el Señor de todos, fue bautizado por Juan, porque era mayor que él en el nacimiento de los hombres (Luc. VII, 28), y así protesta que se cumpla toda justicia (Matth. III, 15). De esta nace la misericordia, se genera el servicio divino. En todas estas cosas, quien se encuentra, no sin razón se dice que permanece en Cristo (I Joan. II, 6): porque todo esto es Cristo mismo. Pablo nos informa gloriosamente, e instruye sobre Cristo diciendo (I Corinth. I, 30): Que es para nosotros de Dios justicia, y santificación, y redención. En otro lugar (Judae II): Que es misericordia, paz, y amor, que los griegos llaman ἀγάπην; a la cual ahora hacemos la transición, porque es mayor en todo entre las demás: así lo confiesa el bienaventurado Apóstol (I Cor. XIII, 13): Ahora permanecen estas tres, Fe, Esperanza, Amor.

XXII. El amor es el vínculo de las almas, casto, sincero, y sin envidia: La caridad es la consumación de todos los mandamientos. Esta es la fuerza de todos los preceptos, que quien la tiene, lo tiene todo; sin ella, permanece malo e imperfecto. Y para que vuestra prudencia conozca cuánto vale la caridad, leamos la respuesta del Señor en el Evangelio diciendo: cuando fue preguntado, así dijo (Mat. XXII, 37): Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza; y amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos pende toda la ley, y los Profetas. Ves que en esta sola penden todos los capítulos de la ley. Verdaderamente, quien la tiene, ya puede ser llamado Dios, e hijo de Dios. Considera que solo por esta te haces semejante a Dios. Quien ama a Dios, ¿acaso espera? ¿acaso teme? ¿acaso confía? No: sino que solo ama. Dios, dice Pablo (Rom. VIII, 3), cuando amó al mundo, envió a su único hijo en semejanza de carne de pecado: para que por el pecado condenara el pecado en la carne. De ahí que Pablo la anteponga a todas las cosas buenas, diciendo (I Cor. XIII, 1). Y si hablo en lenguas de hombres y de ángeles, pero no tengo caridad, nada soy: y como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tengo profecía, y conozco todos los misterios, y toda la ciencia; y si tengo fe, de tal manera que traslade montañas; y si distribuyo todos mis bienes para dar de comer a los pobres; y si entrego mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, nada soy. La caridad es magnánima. La caridad es benigna. La caridad no envidia, no se envanece, no actúa indebidamente, no se

irrita, no se confunde, no busca lo suyo, no piensa mal, no se alegra de la injusticia: sino que se alegra de la verdad. Todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera. La caridad nunca falla. Por lo tanto, quien quiera encontrar esta especie, debe abrir todas las Escrituras: toda la ley debe ser revelada: todos los Profetas deben ser insinuados: todas las virtudes de Cristo, sus actos, mandamientos deben ser insinuados, y la doctrina de los Apóstoles debe ser completamente abierta y enseñada. Y aunque todas las especies que hemos tratado anteriormente son incomprensibles para los hombres en su totalidad; mucho más lo es aquella en la que todas se consuman y penden: especialmente cuando el Evangelista Juan nos ha prohibido discutir, cuando enseña que es tanto el Hijo de Dios como el Padre de Dios, diciendo (I Joan. IV, 8): Dios es amor. Si alguien puede hablar de Dios en su totalidad, puede también hablar del amor, que es Dios. Por lo tanto, si es sacrilegio hablar de Dios más de lo que está permitido, es religioso callar; y se debe pensar lo mismo del amor. Tanto se debe decir de él, como de Dios; porque Dios es amor. Por lo tanto, cada uno debe conocerse a sí mismo; porque si alguien tiene en sí amor, es morada de Dios, porque Dios, que es amor, permanece en él. Es conveniente ya terminar las especies, en la plenitud del amor, y la consumación de todas las cosas buenas, especialmente cuando todo ha sido tratado: o si algo se ha omitido, parece estar concluido en la plenitud del mundo. Pidiendo perdón ante todos (quizás antes de todo) a tu pueblo con la más sincera santidad, para que tu Santidad, a quien Dios ha comprobado como más experto y más santo en el camino, en todo lo que mi mediocridad ha omitido, o no ha podido explicar completamente, se digne corregir y completar: o si consideras que, como la obra fue comenzada a tu petición y perfeccionada con la ayuda de Dios, no carece de nada, me tengas en tus santas oraciones, así como en la memoria de todos los hermanos: Y que los enemigos de mi fe sepan que se ha dado razón, y reconozcan que concuerda con la Iglesia, y más bien tomen el misterio, para que no solo nos regocijemos de haber creído, sino también de haber beneficiado un poco a los enemigos y a los creyentes.

2. Aunque los antiguos latinos a menudo entendían el término gloriosus en un sentido negativo, los escritores eclesiásticos lo utilizan generalmente para referirse a algo excelente y distinguido. En el más antiguo canon de la Misa Romana se menciona la gloriosa Ascensión. En el libro de los Sacramentos, atribuido a León por el ilustre Joseph Blanchinus, encuentro lo siguiente: "Vere dignum. Quia tu es gloriosus in Sanctis tuis." = "Porque tú eres glorioso en todos tus Santos." Y más adelante (t. IV Anast., pág. XIV): "Grata tibi munera nostra sint, Domine, quae tuis sunt instituta praeceptis, et Sanctorum festivitas gloriosa commendat Per, etc." Nuevamente (Ibid.): "Exercentes, Domine, gloriosa commercia, etc." Y tras unas pocas líneas (pág. XV): "Vere dignum. Qui nos sanctorum martyrum tribuis gloriosas indesinenter celebrare victorias. Gloriosa confessio; Gloriosa resurrectio; Deus gloriosus auctor solemnitatis;" y más adelante se dice (pág. XVI y XVII), y de manera muy explícita gloriosus praecursor unigeniti (pág. XX). En ese mismo código de los Sacramentos, editado por el eminente Cardenal Thomassius (lib. XI, p. 142 ed. vet.), se llama gloriosa la pasión de los Mártires: también se prescribe esta Oración para el Natalicio de San Félix. "Da, quaesumus, omnipotens Deus, ut qui Beatus Felix donis tuis extitit gloriosus, etc." En el mismo código, la Virgen María es llamada gloriosa en varias ocasiones. Tanto es así que, en tiempos posteriores, este epíteto fue tan apreciado que se otorgaba como un signo de supremo honor a hombres de gran dignidad y nobleza. Consulta, te ruego, lo que enseña al respecto Du Cange.

3. Por la negligencia del copista (a menos que me equivoque por completo) falta el número que este Salmo ocupa en la serie de los Salmos. Nuestros antiguos doctores solían citar los salmos, ya sea designando el número que ocupa en la serie, o por las palabras con las que

comienza el mismo salmo, o de manera general de esta forma: en los salmos, o más bien en el libro de los Salmos.

4. Dudé mucho si estas palabras: es decir, Gentiles, eran un glosa de la palabra Griegos, que se habría trasladado del margen al propio texto de la epístola. Sin embargo, al ver que la palabra Gentiles se usaba con frecuencia después, la dejé; pensando que Hilario, al sustituir la palabra Gentiles, se refería a aquellos que otros llamaban Griegos, es decir, aún adictos a la antigua superstición de los Griegos. De ahí que Teodoreto tituló los discursos que publicó para defender la religión cristiana sobre las pasiones de los Griegos. Consulta lo que Du Cange anotó sobre la palabra Gentiles. Corregí la palabra *disseramus*, que aparece en el códice, y la sustituí por *edisseramus*, como lo exige la sintaxis.

5. Todos saben cuán obstinadamente se opusieron los judíos convertidos a la fe a que los gentiles fueran admitidos en ella. Pablo, en su epístola a los Romanos, se centra principalmente en enseñar que tanto los judíos como los gentiles fueron llamados a la religión cristiana. Por lo tanto, Hilario exige que los judíos admitan esto antes de recibir el bautismo. Sobre el Bautismo en el nombre de Cristo hablan casi todos los teólogos, y en particular el ilustre Juan José Orsi, a quien el lector debe consultar.

6. Llevar a los gentiles a la fe es un trabajo verdadero y mayor, tanto porque no tienen las Escrituras, en las que se transmite el verdadero Dios, se promete la nueva ley y Cristo; como porque generalmente están manchados por mayores vicios, que describe el Apóstol Pablo.

7. La Iglesia siempre ha mantenido un orden constante al instruir a los catecúmenos antes de admitirlos al bautismo, comenzando por la unidad y omnipotencia de Dios, para instruirlos y apartarlos de la vanidad de los ídolos. Consulta las antiguas fórmulas para instruir a los catecúmenos.

8. Lo que aquí Hilario menciona brevemente, Pablo lo desarrolla extensamente y con frecuencia, especialmente con estas palabras (Efesios IV, 17): "Esto pues digo, y testifico en el Señor, que ya no andéis como andan los gentiles, etc."

9. Lo que Hilario enseña aquí con estas palabras: esto es, creer en un solo Dios, temerle, ya lo había enseñado el Apóstol Pablo escribiendo a los Hebreos (Heb. XI, 6): "Sin fe es imposible agradar a Dios: porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que existe, y que es remunerador de los que le buscan." Si es remunerador de los que le buscan, ¿no será vengador de aquellos que, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se desvanecieron en sus razonamientos (Rom. I, 21)? Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad de Dios (Rom. I, 18). ¿Quién, pues, creará esto de Dios y no le temerá? Consulta, te ruego, lo que Ireneo enseña sobre este argumento.

10. Que Dios, creador de todos, fue propuesto para ser creído por los catecúmenos antes de ser admitidos al bautismo, lo enseñan claramente todas las antiguas fórmulas del Símbolo. El Símbolo Apostólico, como lo llamamos, comienza así: "Creo en un solo Dios, Padre omnipotente, creador del cielo y de la tierra," o, como traduce Rufino: "Creo en Dios Padre omnipotente," etc. Lo mismo enseñan las Constituciones, que llamamos Apostólicas (lib. VII, cap. 41). La misma fórmula del Concilio de Nicea inculca esto con estas palabras traducidas al latín por Hilario: "Creemos en un solo Dios Padre omnipotente, creador de todas las cosas visibles e invisibles." Ireneo (lib. I contra Herejías, cap. 10, n. 1): "La Iglesia," dice, "ha recibido esa fe, que es en un solo Dios Padre omnipotente, que hizo el cielo, la tierra, el mar y

todo lo que en ellos hay." Y lo mismo inculca después (lib. II, cap. 1, n. 2 y sig.). De ahí que Tertuliano (lib. I Contra Marción, cap. 21): "La fe siempre se mantuvo en el Creador y en su Cristo, etc." Un error se deslizó accidentalmente en los tipos: debe leerse: "que o bien fueron hechas, o bien subsistieron por su mandato, voluntad y acción: Así lo tiene el Códice. Además, la partícula vel (que o bien fueron hechas, etc.) aquí se puede entender, como se entiende muy a menudo en los antiguos libros eclesiásticos, es decir, por y, o ac; de modo que no es una partícula disyuntiva, sino conjuntiva: es decir, y que fueron hechas, y subsistieron por su mandato, voluntad y acción: O entiéndelo de la manera en que lo entendió Agustín, cuando escribió: «Dividir Dios entre la luz y las tinieblas, debe entenderse en el sentido de que la luz fue hecha, lo que es diferente de aquellas privaciones de luz, que Dios ordenó en las tinieblas contrarias. No se dice que Dios hizo las tinieblas: porque Dios hizo las especies mismas, no las privaciones, que pertenecen a la nada... que sin embargo entendemos ordenadas por él, cuando se dice: Y Dios dividió entre la luz y las tinieblas, para que incluso esas privaciones no carecieran de su propio orden... Así como en el canto, las interposiciones de silencios en intervalos ciertos y moderados, aunque sean privaciones de voces, sin embargo, son bien ordenadas por aquellos que saben cantar, y contribuyen algo a la suavidad de toda la melodía. Y las sombras en las pinturas distinguen las partes más prominentes, y agradan no por la especie, sino por el orden. Porque Dios no es el autor de nuestros vicios; pero sin embargo es el ordenador, cuando coloca a los pecadores en su lugar, y los obliga a sufrir lo que merecen.» Si deseas que este artículo se explique, consulta a Ireneo, Cirilo de Jerusalén (Catech. IX), Rufino, Agustín, y los autores a quienes debemos los discursos que sobre este argumento, bajo el nombre de Agustín, han sido publicados.

11. Hay algunos errores en el Códice, que deben atribuirse al copista, aunque son leves y fácilmente corregibles por conjetura. Pero no quise cambiar la lectura por mi ingenio. Creo que la lectura defectuosa puede corregirse de una de estas maneras. Pero que se llame ley, y los profetas, ¿qué necesita saber esto (es decir, es necesario), ya que fue escrito por hombres, pero no de hombres? O de esta manera: Ser el cuerpo de la Escritura: que se llame ley, y los profetas: ¿qué indica esto: que ciertamente, etc. La primera corrección no es despreciable. La segunda también es muy probable, y también clara; porque esas palabras tienen este sentido: Los gentiles deben ser enseñados, cuando piden ser recibidos al bautismo, que las Escrituras están reunidas en un solo cuerpo: que ciertamente ese cuerpo contiene dos partes, una de las cuales se llama ley (porque Hilario usa a menudo el subjuntivo por el indicativo), y la otra profetas. Pero es necesario que el que se bautiza sepa qué se indica con los términos ley y profetas. Además, la división más célebre de toda la Escritura del Antiguo Testamento es en ley, o Moisés, que comprende toda la ley en los cinco libros que escribió, y los profetas. Además, bajo uno de estos miembros se comprenden los libros históricos; y especialmente bajo el título de profetas: ya sea porque se predicen tantas cosas en los mismos libros de historia, que por eso pueden llamarse con razón también libros proféticos: o porque el nombre de profeta aquí se toma en un sentido más amplio, e indica a cualquier escritor sagrado. Sea como sea, lo que se refiere a instruir en la fe y dirigir las costumbres, se encuentra en Moisés y los profetas, como lo declaran las palabras del Evangelio (Lucas XVI, 29 y 31): "Tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen... Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno resucite de entre los muertos." Lucas también afirma que Cristo habló en el mismo sentido con estas palabras (Cap. XXIV, 25): "Y él (Cristo) les dijo: ¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas y entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés y todos los profetas, les interpretó en todas las Escrituras lo que de él decían." Parece que después (Vers. 44) separa los salmos de los profetas con estas palabras: "lo que está escrito en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos acerca de

mí." Pero estas parecen tener el mismo sentido que otras palabras de Cristo (Marcos XVI, 7): "decid a sus discípulos, y a Pedro: es decir, especialmente a Pedro: porque en los salmos, más frecuentemente, y, si no nos equivocamos, también más claramente que en cualquier otro libro sagrado, se predice a Cristo, sus obras, pasión y resurrección. Además, aprendemos claramente del Evangelio de Juan que los salmos están comprendidos bajo el término ley.

12. ¿Qué necesita saber esto? Revisa la anotación anterior.

13. Que ciertamente. Sustituye, cuerpo de la Escritura, de la que vuelve a hablar. Además, al llamarlo escrito por hombres, no de hombres, sin duda se refiere a esas palabras de Pablo (II a Timoteo III, 16): "Toda Escritura es inspirada divinamente y útil, etc." Lo que Pedro enseña más explícitamente (Epístola II, cap. I, 20 y 21): "entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada: porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo."

14. Insinúa uno de los testimonios siguientes, o más bien ambos. El Espíritu (Sab. I, 7) del Señor llenó el orbe de la tierra, y lo que contiene todo, tiene conocimiento de la voz: por esto, el que habla iniquidades no puede ocultarse. Y (Rom. VIII, 26 y 27): "El mismo Espíritu, que escudriña los corazones, sabe lo que desea el espíritu."

15. Revisa lo que dijimos en la anotación 13. Añade esto tomado de Hilario, de donde claramente se puede entender que la misma opinión aparece en ambos lugares. O Moisés es puesto como profeta y líder, y se le instituye como legislador; o inspira a los profetas en todo tiempo de la ley.

16. Lo que Hilario enseña aquí parece derivarse de estas palabras de Jeremías (Cap I, V. 9): "Dijo el Señor a mí: He aquí que he puesto mis palabras en tu boca. He aquí que te he puesto hoy sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y destruir, para arruinar y derribar, para edificar y plantar... (Ibid. V. 18). Porque te he puesto hoy como ciudad fortificada, y como columna de hierro, y como muro de bronce, sobre toda la tierra, a los reyes de Judá, a sus príncipes, a sus sacerdotes, y al pueblo de la tierra." Y en otro lugar (Jerem. VI, 27): "Te he puesto como prueba en mi pueblo fuerte: y conocerás y probarás su camino, todos los príncipes desviándose, caminando fraudulentamente, bronce y hierro: todos están corrompidos;" y otros pasajes similares muy frecuentes en los libros de los Profetas. Aprendemos de muchos ejemplos que a veces se impuso a los profetas ejecutar las promesas y mandatos del Señor. Aquí insinúo uno tomado del cap. IX del libro IV de los Reyes; vemos que muchas cosas prometidas anteriormente por los profetas se ejecutaron por el ministerio de los profetas. Que el lector consulte, por favor, este lugar.

17. Todos los que presentan los artículos de nuestra fe proponen este en segundo lugar: "Y en un solo Jesucristo, Hijo de Dios (Padre omnipotente):" como Ireneo, el Símbolo Apostólico, y otros. Además, todos advierten que este artículo debe entenderse de tal manera que no sea hijo por adopción y gracia, como nosotros somos hijos de Dios Padre, sino por naturaleza: lo cual se enseña muy correctamente en el símbolo apostólico, cuando se dice unigénito. ¿Por qué es unigénito, si no porque es el único hijo por naturaleza, mientras que nosotros somos hijos por adopción y gracia (como dijimos)? No cito a los intérpretes de este mismo Símbolo, ya que cualquiera puede fácilmente consultarlos por sí mismo. Aquí solo menciono a Hilario, quien trata este argumento en el número segundo del libro V de la Trinidad. (t. II, p. 105: Sed nos sapientiam, etc.). Y en el número 43 del libro VI, también de la Trinidad (Pág. 166: Et cum hic verus Dei filius, etc.). Nuevamente en el n. 41, es decir, al final del libro VII

igualmente de la Trinidad (p. 208: Credi itaque, etc.). Además, lo mismo se inculca vehementemente en el n. 36 y siguientes del libro VI, también de la Trinidad. Solo selecciono aquí del número 41 lo que describiré: "Por lo tanto, no prefirió otra causa para escribir el Evangelio, que todos creyeran que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Si es suficiente para la salvación creer en Cristo; ¿por qué añadió el Hijo de Dios? Si creer en Cristo es esa fe, no solo creer en Cristo, sino creer en Cristo, el Hijo de Dios; el nombre de hijo en Cristo unigénito Dios no es por costumbre de adopción, lo cual es propio para la salvación." Por lo tanto, Hilario no se cita temerariamente como favorecedor de Elipando y Félix de Urgel.

18. Sin duda se refiere al versículo 3 del capítulo I del Evangelio de Juan. Además, los Padres discuten abundantemente y a menudo sobre este tema. Tertuliano, aunque de manera oscura, como suele hacer, y concisamente, sin embargo, enseña cosas de las que se puede extraer el mismo sentido. Consulta, te ruego, lo que enseña en el capítulo 18 del libro contra Hermógenes: pero claramente en el cap. 19 del libro V contra Marción: "Si Cristo no es el primogénito de la creación, como el Verbo del Creador, por quien todas las cosas fueron hechas, y sin el cual nada fue hecho; si en él no fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, visibles e invisibles, ya sean tronos, ya sean dominios, ya sean principados, ya sean potestades; si no todas las cosas fueron creadas por él y en él (porque esto debía desagradar a Marción); ciertamente el Apóstol no habría dicho tan desnuda y simplemente: Y él es antes de todos. Porque, ¿cómo es antes de todos, si no es antes de todo?" Y en otro lugar más claramente (Apolog. cap. 21): λόγον Dei... el mismo, que por la palabra hizo todas las cosas, y las hizo. Cirilo de Jerusalén en el mismo sentido: "¿Quieres aprender que Cristo el Señor está con el Padre incluso antes de la encarnación; para que no solo recibas con fe lo que se dice, sino que también tengas una demostración del Antiguo Testamento? Acércate al primer libro, que es Génesis. Dios dice: Hagamos al hombre, no a mi imagen, sino, a nuestra imagen. Y después de que Adán fue hecho, dice: Y Dios hizo al hombre: a imagen de Dios lo hizo. Porque no restringió la dignidad de la divinidad solo al Padre, sino que también incluyó al Hijo: para que se declarara que el hombre no es solo obra de Dios, sino también de nuestro Señor Jesucristo, quien también es verdadero Dios. Este mismo Señor, que coopera con el Padre, también cooperó en Sodoma, según la Escritura que dice: Y el Señor hizo llover sobre Sodoma y Gomorra, fuego y azufre, del Señor desde el cielo." Pero quizás más copiosamente que los demás, Hilario en el número 15 y siguientes del libro II de la Trinidad. Especialmente deseo que consultes, lector excelente, lo que enseña en el número diecinueve (El Apóstol enseñó, etc.). También deseo que consultes lo que enseña en el salmo XCI (número 3 y siguientes). Nuevamente lo que enseña en el número tercero y cuarto del tratado en el Salmo CXLVIII (pág. 645 tomo I), y en el n. 44 del libro IX de la Trinidad: finalmente en el n. 43 del libro XII de la Trinidad. Además, estos Padres parecen referirse no solo al capítulo I de Juan, sino también al versículo 6 del salmo XXXII: "Por la palabra del Señor fueron firmados los cielos."

19. Este pasaje tiene cierta oscuridad, en el cual también creo que el copista ha cometido un error; faltan, en mi opinión, las palabras que indiquen que esto fue transmitido por Juan; como estas, o similares: como nos enseña Juan = como consta por el Evangelista Juan. Entonces explica las palabras de esta Epístola así. Por quien (Juan, el Evangelista) hemos recibido que el discurso, es decir, la razón del universo, estaba con Dios. Pues Juan transmitió esto: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios. Y no te sorprendas de que aquí tome Discurso por el Verbo divino: aunque, como señala Petavio (lib. VI de Trinit. cap. 1, n. 5), los Antiguos quisieron llamar a la segunda persona de la Trinidad Verbo más bien que Discurso, especialmente aquellos que siguieron al concilio de Nicea; sin embargo, no se puede negar que la misma segunda persona de la santísima Trinidad fue significada con el

término Discurso, no solo por aquellos que precedieron al concilio de Nicea, sino también por aquellos que lo siguieron. De esta manera, Paulino de Nola (Natal. VI S. Felicis vers. 25): Cristo Dios de Félix, asiste, dame ahora la palabra, Discurso Dios, dame una mente clara de Sabiduría.

También Rústico: «Si entonces de todas maneras el Verbo es eterno, como el Padre, e impassible es el mismo Discurso de Dios, e inmutable como el Padre.» Igualmente Agustín: «Envió el Discurso de Dios la ley por su siervo, y no fue útil al género humano muerto en pecados.» En otro lugar (Serm. 8 de verbis Apostoli n. 1): «No se liberaría el género humano, si el Discurso de Dios no se dignara ser humano.»

Incluso Jerónimo, al traducir la primera epístola pascual de Teófilo, obispo de Alejandría, al latín, introduce a Teófilo escribiendo así (Epist. en Veron. edit. 96, n. 7): «Si el Discurso de Dios reina, ciertamente es Dios, etc.» Y este uso de esta palabra agradó tanto a algunos, que la introdujeron en la misma interpretación latina de la Sagrada Escritura; pues, como advierte Agustín, en algunos códices se leía Discurso, donde ahora leemos Verbo. También Arnobio, llamado el joven porque se cree que vivió después de los tiempos de León Magno, dice: «Por lo tanto, el Discurso del Padre, procedente de la boca, lleno de virtud, hace todas las criaturas visibles.» Con razón, pues, no solo en el Opúsculo que ilustramos, sino también en otros libros suyos, Hilario emplea la palabra Discurso en el mismo sentido: como en el libro II de la Trinidad, donde dice (num. 15, pag. 36 tom. II): «¿Acaso habías oído en Dios, y no con Dios, para que tomes el discurso de un pensamiento oculto? ... espera el estado del Verbo, y el nombre; pues dice: Y el Verbo era Dios (Juan I). Cesa el sonido de la voz, y el discurso del pensamiento. Este Verbo es cosa, no sonido: naturaleza, no discurso: Dios, no vacuidad.» Reitera lo mismo en otros lugares, que aquí señalo. Con razón también la misma Iglesia usa la misma palabra para denotar el Verbo. Pues así se dirige al divino Padre: Mientras todo mantenía un silencio medio, y la noche en su curso tenía su camino medio, tu omnipotente Discurso, Señor, vino de los cielos desde los tronos reales. Transfiere, pues, de otro significado, y lo acomoda a esta festividad, lo que se transmite en los versículos 14 y 15 del capítulo XVIII del libro de la Sabiduría.

He aquí, pues, lo que Hilario manda creer con estas palabras: que el Discurso Divino no es una simple voz, sino una persona existente, y que está con Dios, y por lo tanto es una persona divina. Además, no comenzó a existir en el tiempo, sino que estuvo con Dios en el principio, es decir, antes de cualquier tiempo, incluso imaginario y ficticio (como a menudo dicen los Padres), y desde la misma eternidad. Y estas cosas, que expresó muy claramente en el libro II (n. 13. Mira al mundo, etc.) y XII (n. 43.) de la Trinidad, enseñan cosas afines Atanasio (orat. 3 y 5), también Nisenio (lib. II contra Eunomio) y Agustín. Ve lo que sobre este argumento enseña Petavio (lib. VI de Trinit. cap. 1, n. 6 y sig.).

20. Los Padres antiguos no solo llamaron a la segunda persona de la santísima Trinidad Discurso o Verbo, sino también razón: esta palabra, por diversas razones, puede convenir al Verbo Divino. O bien por la causa de una explicación mayor, más eficaz, y, si quieres, incluso más ilustre de la palabra discurso, como recopilando sinónimos: o porque el Verbo Divino es esa razón, o idea, a la que el Padre en la creación del mundo miró exclusivamente: razón, digo, e idea innata, y consustancial a Dios: o también porque así como la razón en una obra maestra tiene las primeras y más importantes partes, así el Verbo Divino en la creación del mundo tuvo las primeras y más importantes partes: o igualmente porque así como en una obra maestra la razón recta aparece y sobresale, y está como presente en cada una de sus partes, así la virtud y sabiduría del Verbo divino se manifestó en la creación del mundo, y como que sobresalió, y de algún modo se adhirió y está presente en cada una de sus partes.

Nuevamente, porque así como la razón llevada a la práctica expresa y declara al artífice, así el Verbo, y tanto su generación como su operación, declaró al Padre, y su excelencia, y divinidad al mundo, y lo hizo conocido. Finalmente (y he aquí la última explicación) no faltan quienes dicen que el Verbo Divino fue llamado razón porque tiene razón, o relación, y relación con el Padre.

Y en el primer sentido parece tomar esta palabra Tertuliano, cuando así se dirige a los Gentiles (En Apolog. cap. 21). «Ya hemos dicho que Dios formó este universo del mundo con el Verbo, y la Razón, y la virtud. También entre vuestros sabios se sabe que el λόγος, es decir, el Discurso, y la Razón se considera el artífice del universo... Y nosotros también al discurso, y a la Razón, y también a la virtud, por las cuales hemos dicho que Dios formó todo, le asignamos una sustancia propia, el Espíritu (otros leen ascribimos).»

En el mismo sentido comienza el libro que tituló sobre la Oración: «El espíritu de Dios, y el discurso de Dios, y la razón de Dios, discurso de la razón, y razón del discurso, y espíritu de ambos, Jesucristo nuestro Señor.» Y ciertamente esta palabra razón, cuando se emplea para denotar al Unigénito de Dios, parece ser como sinónima de las palabras Discurso y Verbo, como lo enseñan, por no mencionar a otros, Lactancio, Ambrosio (si es el autor del libro que se titula sobre la divinidad del Hijo, o sobre la fe Ortodoxa contra los arrianos), y Agustín, o, si quieres, otro escritor que se oculta bajo el nombre de Agustín. ¿Acaso repetiremos la causa de esto de que, para usar las palabras de Tertuliano (Apolog. cap. 21), «se mostró a sí mismo como λόγος de Dios, es decir, aquel Verbo primordial primogénito, acompañado de virtud y razón, sostenido por el espíritu?» ¿O más bien, porque como ya enseñó Petavio (lib. VI de Trinit., cap. 1, n. 6), el Discurso es lo mismo que la razón, de ahí que se diga discurso de la razón, y razón del discurso? Ciertamente Hilario en esta misma epístola que ilustramos, dice (cap. 4, pag. 40): «El hijo de Dios, la verdadera sabiduría, el discurso, es decir, la razón, etc.»

La segunda significación, que deriva esta denominación de que el unigénito de Dios es esa razón, o idea, a la que exclusivamente en la creación del mundo miró el Padre, la propone aquel a quien debemos el libro sobre los nombres divinos (cap. 7); ya sea Dionisio Areopagita o algún otro escritor antiguo y ciertamente probable; pues esto transmite Petavio como intérprete (lib. VI de Trinit. c. 1, n. 3): «Λόγος en las sagradas escrituras se celebra como Dios, no solo porque es el distribuidor de la razón y de la mejor sabiduría, sino también porque ha abarcado en sí mismo las causas de todas las cosas de manera simple: y porque se extiende y penetra todo, como atestiguan las sagradas escrituras.» Comentando este pasaje, Máximo dice que «el Verbo divino se llama λόγος, porque las razones de toda la naturaleza están en él, como causa y principio de toda criatura; pues por él existen todas las cosas. Y las ideas, y las formas ejemplares están en él, que son nociones eternas, y razones de todo lo que se efectúa: y por lo tanto la misma naturaleza: ya que la misma naturaleza es razón que contiene la causa y la naturaleza, porque no son las naturalezas de las cosas existentes al azar y sin propósito.»

La tercera explicación, que dijimos que reside en que «así como la razón en una obra maestra tiene las primeras y más importantes partes, así el Verbo divino en la creación del mundo tuvo las primeras y más importantes partes», la proponen aquellos cuya opinión describe Agustín, cuando testifica que «el Unigénito de Dios se llama razón menos correctamente que Verbo, para que se signifique no solo la relación con el Padre, sino también con aquellas cosas que fueron hechas por el Verbo, la potencia operativa.» También la proponen aquellos que quieren que la palabra razón sea sinónima de la palabra discurso, y λόγος, advirtiendo que el Discurso Divino, en cuanto se toma también por persona, tuvo las partes más importantes en la creación del mundo. Sobre esto dijimos algunas cosas en la anotación

decimooctava, y volveremos a decir más adelante. Aquí solo traigo a Nazianzeno diciendo (Orat. 36): «Si alguien también, porque está en todas las cosas, quiere que se le llame λόγος, no se apartará de la razón: ¿qué es lo que no fue creado por el Verbo?»

La cuarta explicación la afirmamos que reside en que «así como en una obra maestra la razón recta aparece y sobresale, y está como presente en cada una de sus partes; así la virtud y sabiduría del Verbo divino se manifestó en la creación del mundo, y como que sobresalió, y de algún modo se adhirió y está presente en cada una de sus partes.» A esto se dice que favorece Nazianzeno con las palabras antes citadas: «Si alguien también, porque está en todas las cosas, quiere que se le llame λόγος, no se apartará de la razón.» Pero ciertamente favorecen aquellos que dicen que la palabra sabiduría es sinónima de la palabra razón, y refieren el versículo veinticuatro del capítulo VII, y el primero del capítulo VIII del libro de la Sabiduría al Verbo Divino. En efecto, en los lugares citados se lee: «Porque la sabiduría es más móvil que todas las cosas móviles: y alcanza en todas partes por su pureza... Alcanza, pues, de un extremo al otro con fortaleza, y dispone todas las cosas suavemente.»

La quinta explicación dijimos que es la que enseña que «así como la razón llevada a la práctica expresa y declara al artífice; así el Verbo, y tanto su generación como su operación, declaró al Padre, y su excelencia, y divinidad al mundo, y lo hizo conocido.» Esto, a menos que nos engañe la autoridad de hombres muy ilustres, lo propone Nazianzeno, quien llamando al hijo de Dios ὄρον καὶ λόγον τοῦ Πατρὸς, es decir, como lo interpreta Petavio (lib. VI de Trinit., cap. 1, n. 3), definición y razón del Padre, explica por qué lo llama así con estas palabras traducidas al latín por Billio (Tom. I, pag. 590): «El Verbo, pues (sustituye, así se llama), que se relaciona con el Padre como el discurso con la mente, no solo por la generación exenta de toda pasión, sino también por la conjunción de él con el Padre, y su fuerza enunciativa, tal vez también porque se relaciona con el Padre como la definición con lo definido. Pues la definición también se llama λόγος; porque quien ha conocido al Hijo, dice Cristo (pues esto significa aquello, quien ha visto [Juan XIV]), también ha conocido al Padre; y el Hijo es una declaración breve y compendiosa, y fácil de la naturaleza paterna: pues todo lo que es engendrado, define a su engendrador con una voz tácita.»

La última explicación (que enseña que «por eso el Verbo divino fue llamado razón, porque tiene razón o relación, y relación con el Padre») la proponen Nazianzeno, a quien acabo de citar, también Agustín, cuyas palabras cité poco antes (lib. LXXXIII Quaestio, cap. 63), y finalmente, para no citar a muchos, Ambrosio (si crees que Ambrosio es el autor del libro sobre la Divinidad del Hijo entre las obras de Ambrosio): «Hay una cierta razón,» dice (en el libro sobre la Divinidad del Hijo, cap. 6; en el apéndice de las Obras de Ambrosio pag. 346, etc.), «que entre los griegos se llama λόγος, que distingue entre las personas o nombres del Padre y del Hijo: porque el mismo Hijo se llama razón.»

He aquí las explicaciones más célebres de esta palabra razón, cuando se enuncia sobre el Verbo divino. Sin embargo, sospecho que Hilario, cuando llama al Verbo razón del universo, también se refería a otra, que reside en que el Unigénito de Dios es la única razón por la cual existe el universo: única, digo, porque él creó todo: única también, porque su encarnación fue la razón por la cual todo fue creado: sobre lo cual los Teólogos han hablado abundantemente. De ahí que se le llame en las Escrituras principio de los caminos del Señor: también primogénito de toda criatura (Colosenses I, 15) lo llama Pablo, quien también añade: porque en él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, visibles e invisibles, ya sean tronos, ya sean dominios, ya sean principados, ya sean potestades: todo fue creado por él y para él: y él es antes de todos, y todo en él subsiste.

Y esta conjetura mía parece haber sido anticipada por Jerónimo, cuando escribe esto a Paulino (epístola antiguamente 103, en Veron. edit. 53, n. 4): «Logos en griego significa muchas cosas: pues es tanto palabra, como razón, y cálculo, y causa de cada cosa, por la cual son cada una de las cosas que subsisten; todas las cuales entendemos correctamente en Cristo.» Esta anotación, aunque algo extensa, no será, creo, desagradable al lector.

21. Esta palabra inicia, en cuanto se usa por comienzo, o se origina, es de esas palabras que muchos han notado en Hilario, como raramente usadas por otros. Sin embargo, otros también la usaron antes de Hilario. Vitruvio (prefacio del libro VII, al final) llama iniciantes a aquellos que los demás solían llamar iniciados. Tertuliano de manera similar (contra Valent., cap. 15): De estos se iniciaron las demás cosas: es decir, tomaron inicio, o comenzaron. Julio Firmico también en el mismo sentido: La primavera iniciada, dice, cuando el sol haya entrado en la primera parte de Aries.

22. Que el primer capítulo del Evangelio de Juan es muy apto para refutar la estúpida persuasión de los arrianos, lo enseñan todos los que han discutido sobre ese argumento. Solo indico a Agustín aquí (Tratado 1, en Juan, y en otros lugares a menudo), y a Hilario (lib. II de Trinitat., n. 13, pag. 34 y 35, y en otros lugares a menudo). Y de hecho aprendemos de Jerónimo que el Evangelio fue escrito principalmente por Juan para oponerse a aquellos que negaban el origen divino de Cristo.

23. Todos los que se inscribían en la religión cristiana debían confesar al Espíritu Santo como la tercera persona de la santísima Trinidad. Esto lo muestran ciertamente el Símbolo Apostólico, Ireneo (lib. I contra herejías, cap. 10), el Símbolo de Nicea (Hilar., de Syn., n. 84), también aquel Símbolo que se atribuye a Atanasio, y las demás fórmulas de la fe cristiana. No es este el lugar, por tanto, para que yo defienda la divinidad del Espíritu Santo, que los teólogos católicos han afirmado abundantemente, y que incluso aquellos Padres que precedieron al Concilio de Constantinopla, y por tanto al de Nicea, han afirmado no oscuramente. Para volver a Hilario, algunos más audaces lo critican, como si temiera afirmar la divinidad del Espíritu Santo. Sin embargo, se le critica erróneamente. Pues sobre el Espíritu Santo ha escrito esto (lib. II de Trinita., n. 29, pag. 43 tom. II): «Sobre el Espíritu Santo no se debe guardar silencio, ni es necesario hablar; pero no puede ser silenciado por nosotros, por causa de aquellos que no saben. Sin embargo, no es necesario hablar de él, quien, con el Padre y el Hijo como autores, debe ser confesado. Y de hecho creo que no debe ser tratado si existe: pues existe; ya que se da, se recibe, se obtiene: y quien está unido a la confesión del Padre y del Hijo, no puede separarse de la confesión del Padre y del Hijo: pues todo es imperfecto para nosotros si algo falta del todo.» Luego recorre aquellos lugares de la Escritura en los que se acostumbra afirmar y establecer su divinidad. También en otro lugar habla de esta manera: «Aunque recuerdo que muchos han sentido que al sacramento de la fe, es decir, a la unidad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y también a la vocación de las tres naciones de Sem, Cam y Jafet, deben referirse las tres medidas de harina, sin necesidad de levadura mezclada externamente en Cristo, todo es uno.» Me abstengo deliberadamente de traer otros lugares de Hilario en el mismo sentido, para no repetir lo ya hecho: pues este trabajo lo ha anticipado el ilustre monje de San Mauro, quien preparó y publicó la última edición de San Hilario en París. Por favor, ve lo que él enseña en el n. 12, y siguientes de la prefación en los libros de la Trinidad.

24. Los antiguos atribuyen al Espíritu Santo la participación en la creación, y con razón: pues es Dios, y las obras que los teólogos llaman ad extra son comunes a toda la Trinidad. Solo cito a Basilio aquí, ya que en el libro V contra Eunomio dice: "El Espíritu se unió al Verbo

viviente para crear, siendo una potencia viva y una naturaleza divina que resplandeció de la boca inefable", etc. Además, muchos Padres atribuyen al Espíritu Santo la perfección de las cosas y la animación de aquellas que disfrutan de la vida. ¿Por qué? ¿Es porque el Espíritu Santo es amor, y la perfección de las cosas es una prueba de amor excelente? ¿O porque, siendo el complemento y el término último de las procesiones divinas, era justo que también se le atribuyera el complemento y el término de las operaciones ad extra? Esto lo entenderás de los teólogos. Ciertamente, muchos intérpretes antiguos y menos antiguos han referido al Espíritu Santo las palabras de Génesis I, 2: "El Espíritu del Señor se movía sobre las aguas" (para fecundarlas y hacerlas productivas); también las del versículo sexto del Salmo XXXII: "Y con el espíritu de su boca (del Verbo) toda su fuerza (de los cielos)". Tertuliano menciona a veces un espíritu creado, y por lo tanto diferente de la tercera persona de la Santísima Trinidad (contra Hermogenes, cap. 32), quien en otro lugar (lib. IV contra Marción, cap. 26) parece enseñar lo mismo que aquí Hilario.

25. Pablo ya enseñó la unidad del bautismo escribiendo a los Efesios (cap. IV, vers. 3): "Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo". También lo enseña Cipriano (aunque él mismo erró en esto más tarde, al considerar que solo en la Iglesia Católica podía conferirse válidamente), y los demás Padres tanto antes del Concilio de Constantinopla, explicando el Símbolo, como especialmente después, sobre todo cuando ilustran las palabras de Pablo con comentarios. Para quedarme en Hilario, observa lo que enseña en los números 1 y 2 del libro XI de la Trinidad. Así explican nuestros Maestros la unidad del bautismo, que es uno, porque siendo una protesta de fe instituida por Cristo, un argumento cierto y una entrada a ella, buscamos temerariamente otra protesta, otro argumento y otra entrada. También lo explica de otra manera Cirilo de Jerusalén (en la Protocatequesis n. 7) diciendo: "No es lícito recibir el baño dos o tres veces; de lo contrario, se podría decir: Lo que una vez salió mal, lo perfeccionaré en otra ocasión. Pero si una vez salió mal, esa cosa no admite corrección: un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Solo los herejes son rebautizados; ya que el primer bautismo no era tal". Observa, te ruego, lo que anota el ilustre Toutée sobre este pasaje.

26. Cristo mismo indicó que en el bautismo renacemos y somos regenerados para Dios, al dirigirse a Nicodemo con estas palabras (Juan III, 3): "En verdad, en verdad te digo: si uno no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios". Pedro lo enseñó de manera muy explícita en su primera epístola, y Pablo en el capítulo III de la epístola a Tito. Esto también lo inculcan y explican todos aquellos que han ilustrado el Símbolo Apostólico o el Constantinopolitano con sus discursos, sermones y escritos. La Iglesia también lo enseña muy a menudo, como en las oraciones que recita en la Misa del jueves después de Pascua, y en las que manda decir el viernes de la misma semana. Lo mismo se encuentra en Pentecostés. Si añadiera a los Padres, sería casi infinito. Para no citar a muchos, solo indico los pasajes de Zenón y Hilario. Si el lector lo desea, puede consultarlos por sí mismo.

27. La resurrección de los muertos no solo se enseña en el Símbolo Apostólico, sino también en casi todos los demás monumentos eclesiásticos en los que se expone sumariamente nuestra fe. No te sorprenderás de esto cuando sepas que este artículo es uno de aquellos por los cuales nos apartamos principalmente de las opiniones perversas de los gentiles, y especialmente de los epicúreos. El Apóstol Pablo inculcó esto cuando anunció a Cristo a los atenienses en el Areópago, y por esta razón, y por anunciar a Cristo, fue despreciado por los mismos epicúreos y filósofos estoicos. Sin embargo, él mismo anunció a menudo esta misma resurrección, para que nadie pudiera dudar de ella. Indico algunos pasajes al final de la página para que el lector los consulte por sí mismo. También es cierto que los judíos estaban convencidos de esto, y tan convencidos que consideraban hereéticos a los saduceos, que la negaban. Observa, te ruego, lo que Filastrio enseña en la herejía V, y añade a esto lo que el

excelente canónigo Galeardo anota; pues cita muchos pasajes de las Escrituras y de otros autores probables sobre este asunto. Ireneo también enumera la resurrección de los muertos entre los artículos que los catecúmenos deben creer.

Todos aquellos que han ilustrado con comentarios el Símbolo Apostólico, el Constantinopolitano, o incluso el que llamamos de Atanasio, explican ampliamente este artículo. Cirilo de Jerusalén ha alcanzado gran elogio en este mismo asunto (Catec. XVIII, n. 1 y siguientes). Agustín y otros doctores nuestros, tanto antiguos como menos antiguos, también han disertado sobre este tema. Y ciertamente no te arrepentirás de haber leído lo que Gregorio Magno enseña a menudo para afirmar esta misma resurrección. Aquí me basta con indicar un pasaje, que considero muy probable; a saber, la homilía VIII sobre Ezequiel. Hilario también trata a menudo sobre la Resurrección, como en el número 9 del Comentario sobre el Salmo LXIII, etc.

28. Este artículo está muy relacionado con el anterior. ¿Por qué resucitaremos todos, sino para que cada uno reciba del Juez de vivos y muertos, el Señor Jesucristo, según lo que haya hecho en el cuerpo, sea bueno o malo (I Cor. V, 10)? Pablo insinúa la conexión que hemos mencionado entre ambos artículos cuando en la Epístola a los Hebreos une la resurrección de los muertos con el juicio eterno. Ireneo lo enseña de manera muy explícita cuando enumera entre los dogmas que deben creer los que van a ser bautizados (lib. I, cap. 10) "la ascensión en carne a los cielos de nuestro amado Señor Jesucristo, y su venida desde los cielos en gloria del Padre para recapitular todas las cosas, y para resucitar toda carne del género humano, para que a Cristo Jesús nuestro Señor, y Dios, y Salvador, y Rey, según el beneplácito del Padre invisible (Filip. II, 10, etc.), toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese a él, y haga juicio justo en todos (Ef. VI, 12): envíe al fuego eterno a las maldades espirituales, a los ángeles transgresores y apóstatas, y a los hombres impíos, injustos, inicuos y blasfemos; pero a los justos, y a los que guardan sus preceptos, y perseveran en su amor, a algunos desde el principio, y a otros desde el arrepentimiento, les conceda la vida, les otorgue la incorruptibilidad como recompensa, y los rodee de gloria eterna". Este mismo artículo lo proponen el Símbolo Apostólico, el Niceno, y también los demás símbolos antiquísimos. Lo cual no es sorprendente: pues el poder judicial parece ser principalmente la recompensa atribuida a la humanidad de Cristo, debido a la humildad que mostró especialmente en la Cruz: Él amó tanto a sus discípulos, y especialmente a los Apóstoles, que les asignó asientos en el mismo juicio, en los cuales también juzgarían a los ángeles (I Cor. VI, 13). Si alguien desea una explicación de este artículo, consulte a aquellos que explican el Símbolo Apostólico, y en primer lugar a Cirilo de Jerusalén (Cate. XV, num. 3 y siguientes); también a los intérpretes de los pasajes de las Escrituras que indico aquí.

29. Nuestro código realmente dice: "Tanta es la diferencia entre los judíos que se convierten y los gentiles que creen". Si alguien desea leer "se convierten", por mí está bien. Con estas palabras, de cualquier manera que se lean, Hilario concluye como con un epílogo lo que había dicho antes, a saber, que los hebreos que se unen a la fe cristiana deben ser instruidos de manera diferente a aquellos que vienen a la Iglesia desde la idolatría: a los primeros se les exige creer pocas cosas, ya que conocen las demás; pero a los segundos se les exige una confesión más explícita y copiosa; aquella que Hilario había resumido en pocas palabras y que había expuesto poco antes, y que luego expondrá más detalladamente. No te sorprendas de que se les propusieran tan pocas cosas para creer. Pues esto mismo lo obtenemos también de Ireneo, ya que al explicar la fe que la Iglesia ha sembrado por todo el mundo hasta los confines de la tierra, y que recibió de los Apóstoles y de sus discípulos, la comprende en muy pocos capítulos. Esto mismo hizo el Concilio de Nicea, explicándose más ampliamente sobre la divinidad y dignidad del Hijo, sobre la cual se discutía principalmente en esos tiempos;

pero comprendiendo los demás artículos de manera sumaria. Lo cual no es sorprendente; pues estos mismos artículos comprenden o insinúan aquellos que el Símbolo Apostólico enseña; de modo que estos Padres que he mencionado no se oponen en absoluto a la persuasión de aquellos que afirman que el Símbolo Apostólico fue dictado por los mismos Apóstoles.

30. Podemos dividir esta epístola, según la diversidad de sus argumentos, en tres partes. La primera parte, en la que hemos permanecido hasta ahora, contiene el resumen de los artículos de nuestra fe; la segunda parte, que ahora abordamos, es una explicación más detallada de esos mismos artículos. Para no ocultar nada, durante mucho tiempo sospeché que debería leerse más bien "quién es" (o, si prefieres, quién es) y cuál es el Hijo de Dios. También sospeché que las palabras "pues tres son uno" fueron añadidas después; pues estas palabras parecen referirse a aquel noble testimonio de Juan: "Tres son los que dan testimonio en el cielo", etc.; al cual Hilario parece no haber hecho referencia en otros lugares. Sin embargo, no he considerado necesario cambiar nada incluso en lo que sigue; pues el sentido sigue siendo muy correcto si lees "quién era y cuál era el Hijo de Dios"; más aún, como la disputa entre arrianos y católicos no era sobre el presente, sino sobre el estado antiquísimo y eterno del Hijo de Dios, Hilario pudo escribir con razón "quién era" (desde la eternidad, y antes de los tiempos ficticios también) el Hijo de Dios. Las palabras "pues tres son uno" pudieron haber sido puestas por Hilario no al escribir contra los arrianos, como cuando componía los libros sobre la Trinidad, sino al escribir a los católicos, y por lo tanto a aquellos que reconocían la fuerza de ese testimonio, que incluso antes de Hilario había sido indicado por Cipriano. Observa lo que los católicos discuten sobre este testimonio contra los arrianos recientes. De hecho, las palabras están muy bien colocadas, porque explican por qué une al Hijo y al Espíritu Santo con el Padre, y declara más detalladamente lo que la Religión Católica enseña que se debe creer sobre ellos. Así que, si omitió este testimonio en los libros sobre la Trinidad para no iniciar una controversia ajena sobre su autenticidad (si se me permite hablar así), ahora al dirigirse a los católicos que admiten su autenticidad, lo cita con razón, como el más apto para afirmar la consustancialidad de las Personas divinas.

31. Si alguien desea tomar de Hilario mismo muchas cosas para confirmar la sentencia superior, "Ciertamente conviene a vuestra prudencia saber esto", y mostrar que el mismo autor escribió tanto los lugares que indico como este que estamos examinando, que consulte lo que noto de inmediato; a saber, el número 19 del libro I de la Trinidad: "Y vosotros, a quienes el calor de la fe", etc.; el número 19 y 26 del libro III de la Trinidad; el número 14 y 38 del libro VII; también lo que enseña en el número 17 del libro VI de la Trinidad; y finalmente, lo que enseña en el número 2 y 33 de la Trinidad. La sentencia de Hilario en este último lugar es ciertamente muy notable: "No se deja a los discursos de los hombres sobre las cosas de Dios otro, que no sea el discurso de Dios: todo lo demás está cerrado, y encerrado, y obstaculizado, y oscuro".

Lo que Hilario enseña a continuación con estas palabras: "que el hombre no lo busque en la tierra, ni lo componga entre las ficciones, para que no crea que es semejante a alguien", es lo mismo que la Escritura a menudo inculca sobre Dios; como en el Deuteronomio (cap. IV, vers. 15): "No visteis ninguna semejanza el día en que el Señor os habló en Horeb de en medio del fuego: no sea que, engañados, hagáis para vosotros una semejanza esculpida, o imagen de varón o hembra, etc. Y en Isaías (cap. XLVI, vers. 5): "¿A quién me habéis asimilado, y me habéis igualado, y me habéis comparado, y me habéis hecho semejante?", etc. Todas aquellas cosas que los teólogos disputan contra los antropomorfitas tienen aquí su lugar. Me bastará con señalar algunos lugares de Hilario, que confirman la sentencia superior. Aquí está el primero (lib. I de la Trinidad, n. 19). "Si al tratar sobre la naturaleza de Dios y el nacimiento, traemos ejemplos de comparaciones, que nadie piense que contienen la

perfección de una razón absoluta en sí mismas. Pues no hay comparación de las cosas terrenales con Dios: pero la debilidad de nuestra inteligencia nos obliga a buscar ciertas especies de las cosas inferiores, como indicios de las superiores; para que, advertidos por la costumbre de las cosas familiares, seamos llevados desde la conciencia de nuestro sentido a la opinión de un sentido insólito. Por lo tanto, toda comparación debe considerarse más útil para el hombre que adecuada para Dios; porque significa más la inteligencia que la satisface: y no debe considerarse como presumida para igualar las naturalezas de la carne, y del espíritu, y de las cosas invisibles y tangibles, protestando que es necesaria para la inteligencia humana, y libre de la envidia de un ejemplo que no satisface. Continuamos, por lo tanto, hablando de Dios con las palabras de Dios, pero impregnando nuestro sentido con la especie de nuestras cosas". Hilario enseña cosas afines a las anteriores en el número 2 del libro IV, y en el número 9 del libro VI, y finalmente, para no enumerar todos los lugares en los que enseña lo mismo, en el número 18 del libro VII. El autor del libro que se titula "de la Trinidad", o "en el Símbolo Apostólico", y que se encuentra entre las obras de Ambrosio, valoró tanto este artículo que comenzó su discurso con él.

32. Expongo sinceramente al lector la corrección que he aplicado aquí. En el códice se lee: "Nacido: no hecho". Pero he puesto: "no nacido, no hecho". O bien tomas aquí a Dios en esencia (para usar la frase de los escolásticos) e inspeccionado precisamente, o la persona del Padre. Tómalo como quieras: debe leerse "no nacido". ¿Cuándo fue nacida la esencia divina? ¿Cuándo nació el Padre? Pero cuando Hilario dice aquí que Dios es "no nacido", lo dice libre de origen, o principio, y mucho más de causa, y enseña lo que todos los Padres y teólogos enseñan, cuando advierten que el Padre es "innascible", lo cual Hilario había expresado muy claramente con estas palabras (lib. IV de la Trinidad, n. 6): "Conoce a un Dios innascible, y conoce también a un unigénito Hijo de Dios. Confiesa al Padre eterno, y libre de origen", etc. Hilario lo persigue más copiosamente no solo en los lugares que Petavio cita (lib. V de la Trinidad, cap. 5, n. 13), sino también en el número 58 del libro de los Sínodos: Y de nuevo en el número 47 del libro XI de la Trinidad (pág. 404 tom. II), que, si lo deseas, consulta. Añade, si quieres, a esos Padres que Petavio enumera en el capítulo 5 del libro V de la Trinidad (n. 13, 14 y 15). Añade a Ausonio, a quien citaré después.

33. Los Padres enseñan muy a menudo que Dios es incomprendible, especialmente aquellos que disputaron contra los arrianos y anomeos. Nazianzeno dedica gran parte de su cuarta y trigésima oraciones a mostrar que no podemos alcanzar "qué es Dios", ni describir su excelencia con palabras. Crisóstomo persigue este mismo argumento muy copiosamente. Seleccione un lugar que citaré aquí (Orat. III contra los Anomeos, pág. 463 del tomo I de la edición del ilustre Montfaucon). "Llamemos, pues, dice Crisóstomo, al mismo Dios inefable, ininteligible, invisible, incomprendible, que supera la fuerza de la lengua humana, que excede la comprensión de la mente mortal, que no es rastreable por los ángeles, invisible para los serafines, ininteligible para los querubines, inobservable para los principados, potestades, virtudes, y simplemente para toda criatura, conocido solo por el Hijo y el Espíritu Santo".

Hilario inculca lo mismo en los números 5 y 6 del libro II de la Trinidad (pág. 30 del tomo II); y en el número 62 del libro de los Sínodos (pág. 497 del tomo II). Me gustaría que leyeras este último. Novaciano también, si es el autor del libro de la Trinidad, que a veces se ha publicado con su nombre y se ha editado entre las obras de Tertuliano, Novaciano, digo, está de acuerdo con esta misma opinión (cap. 7): "Pues lo que es, según lo que es, no puede ser expresado por el discurso humano, ni percibido por los oídos humanos, ni recogido por los sentidos humanos".

El origen de esta incomprensibilidad es, por así decirlo, la infinitud, es decir, la infinita perfección y virtud de Dios: pues como esta es completamente ilimitada, y (como ya he dicho) infinita, hace que no pueda ser comprendida en absoluto. Las Escrituras enseñan esta infinitud muy a menudo. Pero para mí, que no actúo aquí como teólogo, será suficiente si cito solo un lugar. Es, por cierto, muy conocido del libro de Job (cap. XI, vers. 7, 8 y 9): "¿Acaso comprenderás las huellas de Dios, y hasta el Omnipotente perfecto encontrarás? Es más alto que el cielo, ¿y qué harás? más profundo que el infierno, ¿y cómo lo conocerás? Su medida es más larga que la tierra, y más ancha que el mar". Por lo tanto, aquí se propone la incomprensibilidad, por así decirlo, de la extensión de la omnipotencia; o la incomprensibilidad de la perfección misma, y de la infinitud divina, y por lo tanto esa incomprensibilidad, que indica a Dios superando nuestro conocimiento, porque es excelente, y de una perfección sumamente excelente, más allá de toda medida. En verdad, sobre estas palabras de Job, Gregorio Magno diserta así (lib. X Moral., cap. 8, alias num. 13 y siguientes): "Por lo tanto, es más alto que el cielo, porque incluso los espíritus elegidos no penetran perfectamente la visión de tanta altura... Por lo tanto, se hace más alto que el cielo, cuando nuestra contemplación misma falla en él".

Merito, por tanto, concluye Agustín sobre Dios (en el Salmo LXXXV, n. 12), «es más fácil para nosotros decir lo que no es, que lo que es». Incluso añade: «Solo pude decir lo que no es. ¿Preguntas qué es? Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre. No hay semejante a ti entre los dioses, Señor, y no hay obras como las tuyas». Enseña algo muy similar en el n. 9 del tratado XXI sobre el Evangelio de Juan. Aquí, si traes aquello que describe al Dios inefable, lo harás correctamente. ¿Por qué es inefable? Porque ciertamente es incomprensible. Además, muchos pasajes de las Escrituras y de los Padres apuntan a describir a Dios como inefable. Aquí cito exclusivamente a Fulgencio, quien enseña esto (en el libro contra las objeciones de los arrianos, objeción y respuesta II): «Dios no es ignorado, aunque sea inenarrable: pero es conocido por los fieles para ser amado; aunque no pueda ser narrado ni por lenguas humanas ni angélicas.

34. Inextimable se ha puesto en lugar de inestimable. Lo que dijimos en la anotación anterior muestra fácilmente que Dios es inestimable. ¿Quién podría estimarlo adecuadamente, siendo incomprensible? Si alguien desea que aporte testimonios explícitos de los santos Padres para confirmar esta sentencia, aquí está inmediatamente Tertuliano (cap. 17 Apologet.): «Es invisible, dice él, aunque se vea: incomprensible, aunque se represente por gracia: inestimable, aunque se estime por los sentidos humanos: tan verdadero y tan grande es. Sin embargo, lo que puede ser visto comúnmente, comprendido o estimado, es menor que los ojos que lo ocupan y las manos que lo encuentran. Lo que es inmenso, solo es conocido por sí mismo. Esto es lo que hace que Dios sea estimado, mientras no puede ser estimado. Así, la fuerza de su grandeza lo hace conocido y desconocido para los hombres. Y este es el mayor delito de quienes no quieren reconocer a quien no pueden ignorar».

Parece que Ambrosio sigue esta línea (si es Ambrosio a quien atribuyes el libro sobre la Divinidad del Hijo; sobre lo cual ve lo que dijimos en la anotación al número 20, cuando escribió esto sobre Dios (de Divinit. Filii, cap. 6): «Este es aquel de quien, incluso cuando se dice, no puede ser dicho: cuando se estima, no puede ser estimado: cuando se compara, no puede ser comparado; cuando se define, crece con su propia definición».

35. Invisible (Dios). Los teólogos discuten extensamente sobre este dogma. Nosotros, que nos proponemos evitar disputas en estas anotaciones, creemos haber cumplido con nuestro deber si remitimos al lector a Petavio, quien discute extensamente sobre este tema. Por lo tanto, te

ruego que veas el tomo I, libro VII, capítulo primero; allí ha recopilado testimonios de los antiguos. A esto añade lo que enseña Hilario en los Comentarios sobre el Salmo CXVIII. También lo que citaremos en la anotación 38 de los comentarios sobre el Salmo CXXXV, donde se dice que Dios es inconspicible. Pero como antes dije que citaría a Ausonio, aquí está él, cuya autoridad confirma fácilmente tanto lo que ahora tratamos como lo que se ha transmitido en los números 32 y los dos siguientes. Así, él ora al Padre Dios (en la Oración matutina).

Omnipotente, a quien adoro con la mente, padre único de las cosas, Desconocido para los malos, y no desconocido para los piadosos, Sin principio ni fin, más antiguo que el tiempo, Lo que fue o vendrá, cuya forma y modo Ni la mente puede abarcar, ni la lengua expresar, A quien solo es lícito ver, y escuchar mandando en persona Y sentarse a la diestra del Padre no engendrado.

36. Y impasible. ¿Acaso Hilario aquí rechaza las pasiones de Dios, o la mutabilidad? ¿O ambas cosas? ¿O más bien se refiere al Padre, quien no asumió la carne en la que el Hijo sufrió? Que el lector juzgue. De hecho, para denotar que el Hijo de Dios, el Verbo, es Dios y consustancial al Padre, enseña que la naturaleza impasible le fue comunicada por el Padre. «A todas las criaturas, dice él (De Synod. n. 58, pág. 495), la voluntad de Dios les dio sustancia; pero al Hijo le dio una naturaleza perfecta de una sustancia impasible y no nacida». Expresamente elimina la impasibilidad del Padre en la generación del Hijo Divino en el libro de los Sínodos. Y en otro lugar (lib. IV de Trinit. n. 6): «Sabe, dice, en espíritu que Dios es espíritu impasible e indivisible».

37. Aquel a quien le faltan estos títulos y atributos es ficticio, no el verdadero Dios. Hilario expresa esto explícitamente, creo, para oponer su confesión a la de Arrio, quien, para engañar a los incautos, enumeró y expuso las perfecciones y atributos de Dios. «Conocemos a un solo Dios, decía él, el único no hecho, el único eterno, el único sin principio, el único verdadero, el único que posee la inmortalidad, el único bueno, el único poderoso, el creador de todo, etc.» Y con esto pretendía ridiculizar a los católicos, quienes (según su juicio) al dividir a Dios en personas, disminuirían las perfecciones divinas. Por lo tanto, Hilario, asumiendo la defensa de la causa de los ortodoxos, admite también estas cosas, y por lo tanto admite que incluso en la Trinidad de personas, Dios no es hecho, es incomprensible, etc.

38. A veces dudé si estas palabras, quien ha engendrado algunas cosas, insinuaban de manera oscura la generación divina del Verbo; pues, ya que las palabras anteriores pueden referirse fácilmente al Padre, sospechaba que (como ya dije) la generación divina podría indicarse con estas palabras. Pero luego eliminé toda sospecha. ¿Quién podría pensar que el unigénito Hijo de Dios, a quien Hilario tan frecuentemente y claramente separa de las criaturas, fue designado con esa común palabra algunas cosas? Por lo tanto, creo que es mucho más prudente referir esa generación, de la que Hilario aquí habla, a aquellas criaturas que también quiso adornar con inteligencia: pues la inteligencia, al hacerlas semejantes a Dios, las hace de algún modo partícipes de la naturaleza divina (II Pedro I, 4), y las honra con el título y la dignidad de hijos de Dios. Ciertamente, esas palabras de Job (cap. XXXVIII, vers. 7): cuando... todos los hijos de Dios gritaban de alegría, muchos las entienden de los ángeles, debido a su excelente inteligencia y gracia. ¿Qué? Hilario mismo enseña esto: «Pero cuando colocó la región de su conocimiento, que es infinito, en el cielo superior y primero, y en el mismo orbe colocó un cierto límite a las virtudes que serían engendradas primero para conocerlo. Pues las creaciones que iban a ser engendradas no podrían soportar la virtud del Dios inconspicible, a menos que habitaran esta sede moderada para la debilidad con el objeto de una naturaleza más templada». Sin embargo, en otro lugar advierte que aquellos mismos, a

quienes admite que pueden ser llamados tanto hijos como engendrados, no pueden ser llamados con el significado de propiedad; pues si queremos hablar propiamente, nos convertimos en hijos por gracia, no nacemos hijos; y por lo tanto, por adopción y elección, no por generación, rigurosamente y propiamente aceptada.

En ese sentido, Hilario pudo decir que somos engendrados por Dios, en el sentido en que Pablo nos enseña que somos llamados linaje de Dios; pues habiendo dicho esto en el Areópago (Hechos XVII, 28): «Porque en él vivimos, nos movemos y existimos: como también algunos de vuestros poetas han dicho: porque somos también linaje suyo». Lo que diremos extensamente en la disertación III puede ser traído convenientemente para ilustrar este lugar.

39. Este lugar parece ser un poco más oscuro. A veces sospeché que por licencia del amanuense se leía ordenó, adornó, cuando tal vez en el ejemplar original se leía adornó, ordenó: Ordenó, digo, al mejor, justo juez mandar: es decir, constituyó al mejor y justo juez para mandar, o para ejercer un juicio justo. Sin embargo, luego advertí que aún se puede leer como está en nuestro código, es decir, ordenó, adornó. Recuerda aquí lo que se había puesto poco antes: «La verdadera fe siempre ha expuesto así a Dios. No nacido, etc.» Entonces, las palabras citadas tienen este sentido: «La verdadera fe siempre ha expuesto así, para que reconozcamos al no nacido... y que él manda al mejor y justo juez».

Si preguntas qué ha hecho Dios, qué ha dispuesto, qué ha ordenado, qué ha adornado; digo que todas las naturalezas, sus géneros y especies fueron hechas por Dios desde el principio: En el principio creó Dios el cielo y la tierra, etc. Y no solo creó cosas corporales, sino también espirituales. Ve lo que hemos dicho en la anotación 10 y 18. Dispuso el sol, la luna y las estrellas, para que dividan el día y la noche, y sean señales, y tiempos, y días, y años: para que brillen en el firmamento del cielo e iluminen la tierra (Gén. I, 14; y Sal. CXXXV, 7, 8 y 9). Dispuso, por lo tanto, todas las vicisitudes e intervalos del tiempo. También dispuso las cosas mismas: pues raramente las encontrarás obvias en todas partes: pero casi todo lo dispuso y adaptó en sus lugares. El libro de Job tiene algo sobre este tema (cap. XXXVIII, 4, 5, etc.), que deseo que consultes, y el libro de la Sabiduría lo dice muy claramente (cap. XI, 21): Todo lo dispusiste con medida, número y peso. Y entre los autores profanos, Virgilio: No toda tierra produce todo. ¿Por qué? Porque, como dijimos, Dios, disponiendo todo con medida, número y peso, quiso que cada porción del mundo careciera de algunas cosas, que se buscaran en otras regiones, para que los hombres se ayudaran mutuamente con servicios mutuos.

Sin embargo, (según el juicio de Agustín) también ordenó privaciones y pecados. Recuerda lo que dijimos en la anotación 10; a esto añade lo que el mismo Agustín enseñó en el Salmo LI (n. 15: No piensen que los malos están en este mundo sin razón, etc.). Todo esto se basa en la experiencia y en el antiguo dicho de Salomón (Prov. XVI, 4): El Señor ha hecho todas las cosas para sí mismo: incluso al impío para el día malo. Mientras afirmo que los pecadores y sus errores son ordenados por Dios, también digo que las enfermedades, dolencias y otras cosas de este tipo, aunque son penas del pecado, son ocasiones de mérito y estímulos para la paciencia.

40. Además, Dios ha adornado muchas cosas en este mundo, como lo atestiguan la experiencia y la Escritura con estas palabras (Gén. II, 1): Así fueron acabados los cielos y la tierra, y todo su ornamento. Y del ornamento de los cielos, es evidente que su autor puede ser fácilmente conocido por estas palabras (Sal. XVIII, 1): Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Así como las estrellas son los ornamentos de los

cielos, los arbustos, árboles y hierbas son los ornamentos de la tierra, cuyos innumerables y variados géneros muestran al Dios omnipotente como su autor (Sab. XIII, 5), de modo que son inexcusables quienes, conociendo a Dios, no lo glorificaron como Dios (Rom. I, 19, 20, etc.). Ve lo que los teólogos discuten sobre este tema, especialmente Petavio, en el tomo I de los dogmas teológicos, cap. 1. Sería un pecado, mientras ilustro a Hilario, no citar otro pasaje más extenso del mismo Hilario: Esto es lo que enseña en otro lugar (en el Salmo LXIII, n. 6, pág. 197 del tomo I): «También se nos enseña con las advertencias siguientes sobre el orden de la obediencia, con el Profeta o el Espíritu a través del Profeta advirtiendo así: Digan a Dios: ¡Cuán terribles son tus obras! ¿Quién no temblará ante su Majestad, quien ha establecido los siglos, creado el mundo, medido los tiempos con una sucesión y curso revolvente, adornado el cielo con estrellas, llenado la tierra con frutos, encerrado el mar con barreras, y elegido al hombre para que use o domine sobre estas cosas? Pues a través de todas estas cosas se conoce la eternidad de su poder y potestad, como dice el Apóstol: Porque lo invisible de él, desde la creación del mundo, se ve claramente, siendo entendido por las cosas hechas, su eterno poder y divinidad. Estas cosas hacen temible el nombre del Creador: y la dignidad de sus obras muestra la majestad de quien las ha hecho. Por lo tanto, el Creador de estas obras debe ser proclamado por nosotros como Dios, y confesado por los demás». Tiene cosas similares en los comentarios sobre el Salmo CXVIII.

41. Recuerda lo que dije antes, en la anotación 39. Si alguien piensa que falta algo, o que está mal escrito aquí, no me opondré. Las antiguas profesiones de nuestra fe reconocen que Cristo ha sido constituido nuestro juez, el Símbolo de los Apóstoles, Ireneo, y todos los demás que hablan sobre los principales artículos de nuestra fe.

42. Estas cosas deben referirse a lo que dijo poco antes: que ha hecho algunas cosas, etc. Recuerda lo que dije en los números 39 y 40.

43. Hilario parece aquí tomar el tiempo de conocimiento ya sea como el tiempo en que vive el hombre, y en el cual puede percibir lo que Dios ha creado: o como el tiempo en que Dios ayuda más abundantemente con su gracia, y se esfuerza por atraer hacia sí. Hilario parece referirse a dos lugares muy nobles de la Escritura, el primero de los cuales es el que leemos en Lucas XIX (vers. 42): Porque si también tú conocieras, y en este tu día, lo que es para tu paz: pero ahora está oculto a tus ojos... no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo de tu visitación. El otro es el que tiene la epístola de Pablo a los Romanos (cap. I, 18) con estas palabras: Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen la verdad de Dios con injusticia: porque lo que de Dios se conoce, es manifiesto en ellos; porque Dios se lo manifestó.

44. La primera parte de esta sentencia, a saber: tendrá después de la salida un juez justo; es clara: y se refiere al juicio particular que sigue inmediatamente a la muerte de cada uno: antes, al enumerar los principales puntos de nuestra fe, menciona el juicio universal. Y en este juicio particular, cada uno recibe su sentencia según sus méritos, es decir, buenos o malos. Esto parece indicar Pablo, cuando dice (Hebr. IX, 27): Está establecido para los hombres morir una vez: pero después de esto el juicio. Pues esas palabras después de esto, indican un juicio que sigue inmediatamente. También se muestra por el ejemplo del rico y Lázaro; pues el rico fue arrojado inmediatamente al infierno, mientras que Lázaro alcanzó también inmediatamente el seno de Abraham. De hecho, Agustín se apoya en gran medida en este último ejemplo, escribiendo: «Se cree muy correctamente y de manera muy saludable que las almas son juzgadas cuando salen de los cuerpos, antes de que lleguen a ese juicio en el que deben ser juzgadas ya con los cuerpos restituidos... ¿Quién contra el Evangelio, etc.»

Indica lo mismo en otro lugar; pues reconoce «además del juicio final, otros juicios; en los que Dios juzga también sobre las obras propias de cada uno; y los hombres a menudo sufren abiertamente, siempre ocultamente, penas divinas por sus hechos, ya sea en esta vida o después de la muerte». Pues si después de la muerte castiga esos hechos con algún juicio que no sea el final, debe preceder necesariamente un juicio particular al juicio final. Y sobre la primera parte de esta sentencia hasta aquí.

Paso a la otra, que es mucho más difícil: esta, a saber: quien no crea que se convertirá en su tiempo, sino desde el pasado. ¿Se refieren estas palabras al Juez: quien no crea que se convertirá en su tiempo, o más bien a aquel que, al no haber reconocido a su Hacedor en el tiempo de conocimiento, tendrá después de la salida un juez justo? Ambas explicaciones podrían quizás ser defendidas; pero la serie y continuidad del discurso parece indicar que estas palabras deben referirse al juez, quien, aunque permite ser suplicado por el hombre mientras aún vive, después de la muerte rechaza cualquier súplica. Por lo tanto, interpreto esas palabras, pero desde el pasado, para denotar: pero ya ha pasado el tiempo adecuado. Los teólogos tratan este tema, especialmente el P. Liberio (Tom. I de las Controversias, tratado III, sobre el estado de las almas, parte I, controversia 1). Yo, a quien la brevedad propuesta prohíbe acumular muchas cosas aquí, solo cito a Hilario, indicando dos de sus lugares, que, como son un poco más largos, ruego al lector que los lea por sí mismo. Son el número 23 de los comentarios sobre el Salmo II (pág. 92 del tomo I: La confesión solo en el siglo, etc.), y el número 4 de los comentarios sobre el capítulo XXVII de Mateo, donde se explica la parábola de las diez vírgenes (El esposo y la esposa, etc.)

45. Es decir, es necesario creer estas cosas sobre Dios.

46. Si piensas que falta (puede faltar por la negligencia del amanuense) en nuestro códice, después de la palabra *creyere*, la partícula *y*; de modo que se debería leer: *quien creyere, y se abstenga... tendrá descanso, etc.*; entonces esta sentencia de Hilario denota lo mismo que aquella de Gregorio Magno que ilustra el noble lugar del Evangelio: *Quien creyere y fuere bautizado, será salvo: pero quien no creyere, será condenado, «Quizás, dice (Homil. 29 en el Evangelio, n. 3), cada uno diga para sí mismo: Yo ya he creído, seré salvo. Dice la verdad, si mantiene la fe con obras: pues la verdadera fe es aquella que no contradice con los hechos lo que dice con palabras: de ahí que Pablo diga de algunos falsos fieles (Tit. I, 16): Confiesan que conocen a Dios, pero con los hechos lo niegan. De ahí que Juan diga (I Juan II, 4): Quien dice que conoce a Dios, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso».* Incluso Hilario denota lo mismo en el número 9 de los comentarios sobre el Salmo XIV: el cual citaremos en la anotación siguiente.

Si piensas que en el ejemplar original mismo faltaba la partícula *y*, y debe leerse como está en nuestro códice, *quien creyere, se abstenga, etc.*; entonces explica así: *quien verdaderamente cree, se abstiene de toda injusticia, ejecutando lo que nuestra fe nos manda hacer.* Apropiadamente dice el apóstol Santiago (cap. II, vers. 17): *La fe, si no tiene obras, está muerta, etc.*

47. Las promesas son tan frecuentes, por las cuales nos aseguramos de que, a través de buenas obras, se nos concederá el descanso eterno, que parece innecesario acumular muchos testimonios que lo confirmen. Aquí presentaré una única, pero clara sentencia de Cristo, pues a quien le preguntó (Mat. XIX, 16): *¿Qué bien haré para tener la vida eterna?*, respondió: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos... No matarás: no cometerás adulterio: no robarás: no dirás falso testimonio: honra a tu padre y a tu madre: y amarás a tu prójimo como*

a ti mismo. Vida (como dije en otro lugar) aquí se entiende como esa vida que en otros lugares se llama simplemente vida (Mat. VII, 14; nuevamente XVIII, 8), y en otros corona de vida (Santiago I, 12; Apocalipsis II, 10).

Pero, ¿qué descanso es ese, preguntará, que tendremos en la vida? Es aquel del que habla Pablo (Hebr. IV, 11): Apresurémonos a entrar en ese descanso; y del que trata Muratori en el libro que tituló sobre el Paraíso contra Burnet (cap. 4, pág. 38 y siguientes); en él recopiló lugares de los Padres antiguos, de los cuales se deduce que bajo el nombre de descanso se entiende la verdadera y perfecta bienaventuranza. A mí, a quien se me permite disertar brevemente en estas anotaciones, me basta con citar un lugar tomado de las oraciones eclesiásticas; pues antes de Pío V, en la vigilia de la Asunción de María, se prescribía recitar estas oraciones: Concede, Dios misericordioso, protección a nuestra fragilidad, para que quienes celebramos el descanso de la santa Madre de Dios, por la ayuda de su intercesión, resucitemos de nuestras iniquidades. Por el mismo, etc. Si el santísimo Pontífice las cambió, no fue porque las considerara menos adecuadas, sino para que aquellos que deseaban criticar a la Iglesia romana no tuvieran ni la más mínima ocasión de hacerlo, como si hablara oscuramente de la bienaventuranza celestial.

Sin embargo, para que no parezca que, mientras examinamos las palabras de Hilario e investigamos su sentido, descuidamos otros lugares del santo Doctor que apuntan en la misma dirección, aquí están aquellos de los que claramente se deduce que, bajo el nombre de descanso eterno, él entiende la bienaventuranza eterna. Comentando el primer versículo del Salmo XIV: Señor, ¿quién habitará, etc., dice (pág. 69): «Es una oración sencilla de quien suplica al Señor y desea conocer de Él qué costumbres, qué dedicación, qué voluntad debe tener quien cohabitará con Dios, y descansará en sus alturas y celestiales.» Y en el número nueve (pág. 74) explicando estas palabras del mismo Salmo XIV: quien no ha actuado con engaño en su lengua, escribió esto. «Para que la verdad que siente no la falsee en palabras; para que la profesión de la doctrina católica, y el juicio de sentir y predicar así, también lo siga la acción: porque según el testimonio del apóstol, así como se cree en el corazón, así se hace la confesión con la boca para la salvación. Por lo tanto, para que sea digno de ascender al descanso de Dios, se debe vivir en la verdad de las palabras y la lengua: para que por la fe de las acciones nuestras palabras no sean falsas.»

Compara, te ruego, las palabras ya citadas de la presente epístola: Tendrá descanso eterno en la vida, con aquellas que enseña Hilario ilustrando con su explicación el Salmo LXII, y verás con esta misma comparación de sentencias, que con razón diría que el autor de la Epístola de la que hablamos es Hilario. He aquí lo que enseña Hilario sobre ese Salmo (n. 7, en el Salmo LXII, pág. 174): Hay vida después de la vida, porque se vivirá en el seno de Abraham, en el cual el nombre de Dios es bendecido en el descanso del pobre.

48. Aquí parecen faltar algunas cosas, por las cuales se allana el camino para una explicación más abundante de aquellas palabras: Luego se debe creer en ellos, en Jesucristo Hijo de Dios, etc.

49. Aquí Hilario rechaza esas ridículas y vergonzosas generaciones de dioses que los paganos inventaron, sin temer introducir a veces la mezcla de sexos; a quienes algunos herejes parecieron imitar, a quienes Ireneo refuta (lib. I, cap. 1; nuevamente lib. IV, cap. 1; a los que añade lo que tiene Epifanio, herejía 31), y Petavio enumera (ver lo que Petavio dice, lib. X de la Trinidad. 8, 9 y 12). En otro lugar, ciertamente, Hilario parece refutar el mismo error, cuando dice (lib. IV de la Trinidad, n. 6): «La Iglesia conoce en el espíritu a Dios Espíritu impasible e indivisible: pues ha aprendido del Señor que el espíritu no tiene carne ni huesos:

no sea que se crea que sufre las pérdidas de pasiones corporales.» Rechaza igualmente esa generación del Hijo que algunos, seguidores de Sabelio, creo, concibieron con suma locura, quienes, para usar las palabras de Hilario (lib. IV de la Trinidad, n. 4, pág. 73, tomo II), «usaron esta palabra ὁμοούσιον en este sentido, y dijeron que el mismo es el padre, que también es el hijo, extendido desde su infinitud en la Virgen, de la cual tomando cuerpo, se añadió a sí mismo en ese cuerpo que asumió, el nombre de hijo.»

50. Rechaza igualmente a aquellos que dijeron que Cristo es un mero hombre (Ver lo que Hilario dice de los Sínodos n. 38 can. VI y VII): también a aquellos que pudieron imaginarlo como un espíritu menor que Dios, que luego asumió carne en la Virgen: pues quiere que se crea indudablemente nacido de Dios, por lo tanto verdadero Hijo de Dios, y por ende verdadero Dios.

51. Sin duda, algún error se ha infiltrado en estas palabras: no dividida su sustancia, ni dividida su majestad, y por lo tanto parece pasible. Es decir, o las palabras posteriores, ni dividida su majestad, son un glosa de las palabras anteriores, no dividida su sustancia, que se infiltraron en la epístola desde el margen; o debe leerse, ni disminuida su majestad. Pero, ¿cómo, preguntarás, se conectan y concuerdan las siguientes con las anteriores: ni dividida su majestad, y por lo tanto parece pasible? ¿O el Hijo, por el hecho de proceder de la sustancia indivisa del Padre, parece pasible o es? O bien, el código debe ser corregido nuevamente y debe leerse, para que no parezca pasible; pues el Padre sería pasible si su sustancia se dividiera: o estas palabras, y por lo tanto parece pasible, deben ser entendidas como si dijera: Confesamos ciertamente que el Hijo nació de él (es decir, de Dios Padre), pero de tal manera que la sustancia de él (del Padre) permanece indivisa; pues si la haces dividida, parece pasible, o aparece: poniendo el subjuntivo, por el indicativo, lo que Hilario hace a menudo. Sin duda, Arrio y sus seguidores acusaban a los católicos de que, al tratar de explicar la generación del Hijo, caían en el error de aquellos que dividían y cortaban la sustancia divina, haciéndola como si sufriera en el Padre y el Hijo: de ahí que en sus profesiones de fe exaltaban principalmente que, reconociendo la divinidad en un solo Padre, no cortaban ni dividían a Dios, sino que lo mantenían íntegro, por así decirlo. Escucha, te ruego, lo que el mismo Arrio, escribiendo al obispo Alejandro de Alejandría, dice: «Conocemos a un solo Dios no creado... ahora Dios ha engendrado al Hijo unigénito antes de todos los siglos, por quien también hizo el siglo y todas las cosas. Pero nacido no de manera ficticia, sino verdaderamente obediente a su voluntad, una criatura de Dios inmutable e inconvertible, pero no como una de las criaturas; una obra, pero no como las demás obras; ni como Valentín, que inventó una proyección, nacido del Padre: ni como Maniqueo, que expuso que nació como parte de una sustancia del Padre; ni como Sabelio, que divide la unión, dijo que el mismo es el hijo, que también es el Padre; ni como Hieracas, una lámpara de una lámpara, o una lámpara en dos partes; ni que fue antes, luego nacido, o supercreado en el hijo, etc.» Y no solo Arrio enseñó esto. Eusebio de Nicomedia, obispo de gran renombre entre los arrianos, no dudó en criticar a los católicos como si estos «dividieran a un Dios en dos, o afirmaran algo corporal que sufre, entonces de él, o por él, el Padre, como si fuera parte de él, o de la abundancia de su sustancia.»

Eunomio de manera similar (Apud Nyssenum lib. III contra Eunom.) «dice que la sustancia del hijo es engendrada por el Padre, no extendida por proyección, ni perfeccionada por incremento, no formada por cambio:» con estas palabras no solo se cree que expone su opinión, sino también que acusa y reprende a los católicos.

Hilario, por lo tanto, para eludir su astucia y vindicar a los católicos de la reprensión, no solo en ese librito que explicamos, sino también en otros libros inculca ese mismo dogma, por

cuya causa los arrianos decían haberse apartado de las partes católicas, en el lib. II de la Trinidad (n. 8) dice: «Pero tampoco el Padre es parte en el Hijo... ni la naturaleza tiene todo lo que es, que es una porción. Pero el perfecto es del perfecto: porque quien tiene todo, dio todo. Ni se debe pensar que no dio, porque tiene, o que no tiene, porque dio.»

Libro III de la Trinidad (n. 4): «Por lo tanto, el perfecto Padre tiene un perfecto Hijo, y el unigénito del Dios no engendrado, que del que tiene todo, recibió todo, Dios de Dios, espíritu de espíritu, luz de luz, con fiadamente dice: El Padre en mí, y yo en el Padre: porque como el Padre es espíritu, así también el Hijo es espíritu; como el Padre es Dios, así también el Hijo es Dios; como el Padre es luz, así también el Hijo es luz. De lo que está en el Padre, son aquellas cosas en las que está el Hijo, es decir, del Padre entero nació el Hijo entero; no de otro lugar, porque nada antes que el Hijo; no de la nada, porque el Hijo es de Dios; no en parte, porque la plenitud de la Deidad está en el Hijo; ni en algunas cosas, porque en todas; sino como quiso quien pudo, como sabe quien engendró.»

Nuevamente en el mismo sentido (lib. III de la Trinidad, n. 17): «Nadie conoce a Dios, a menos que confiese tanto al Padre, padre del unigénito Hijo, como al Hijo no de porción, ni de dilatación, ni de emisión, sino nacido de él inenarrablemente, incomprensiblemente, como Hijo del Padre, poseyendo la plenitud de la divinidad, de la cual, y en la cual nació, verdadero e infinito, y perfecto Dios; porque esta es la plenitud de Dios. Pues si algo de esto falta, ya no será plenitud, que complació habitar en él. Esto es predicado por el Hijo, esto es manifestado a los ignorantes: así es glorificado el Padre por el Hijo, cuando el Padre es reconocido como tal Hijo.»

Luego, especialmente en el número nueve y siguientes del libro VI, condena expresamente y por nombre cualquier explicación herética de las que ya hemos mencionado. Seleccionamos algunas de las muchas (lib. VI, n. 10). «Maniqueo, según los predicadores de la insania herética, la fe piadosa de la Iglesia lo condena. Pues no conoce en el Hijo una porción: sino que conoce a Dios todo de Dios todo; conoce de uno uno; no cortado, sino nacido; conoce que la natividad de Dios no es disminución del que engendra, ni debilidad del que nace... pues esto le ha sido revelado por el unigénito Dios, que el Padre y el Hijo son uno, que la plenitud de la Deidad está en el Hijo: por lo cual odia la porción de una sustancia al Hijo, y por la verdad de la natividad, venera la propiedad de la verdadera Divinidad en el Hijo.»

Así, además, tanto a aquellos que colocaban la generación del Verbo divino en una proyección, como a aquellos que decían que el Padre sería corporal y mutable si hubiera engendrado al Hijo de la manera que los ortodoxos sostenían: así, digo, introduce y refuta a estos impíos y disputantes (lib. VI de la Trinidad. n. 17). «Si, dice, el Hijo es de Dios, Dios es mutable y corporal, quien de sí mismo ha producido, o extendido lo que sería para él, en el Hijo. ¿Por qué te preocupas de que Dios sea mutable? Nosotros confesamos la natividad; nosotros predicamos al unigénito de Dios enseñados: tú, para que no permanezca la natividad, para que el unigénito Dios no esté en la fe de la Iglesia, opones la naturaleza del Dios inmutable, que no puede ser extendida ni proyectada. Te traería, infeliz error, incluso de las cosas del mundo ejemplos de ciertas naturalezas que se engendran, para que no creyeras que la natividad es una proyección, ni que las naturalezas de los nacidos son pérdidas de los que engendran, para que incluso muchas sin mezcla corporal se engendren de los vivientes en las almas vivientes: a menos que fuera un sacrilegio no haber creído a Dios de sí mismo, y se juzgara la locura de la última furia, quitar la autoridad a la fe, a la que profesas veneración para la vida.»

Nuevamente en el número once del libro VII de la Trinidad: «Porque no, como frecuentemente hemos dicho, predicamos el sacramento de la natividad en el Hijo, sino el sacramento de la natividad.» Ve lo que anotan en este lugar los PP. de San Mauro. Finalmente, para no traer todo, diserta copiosamente sobre este argumento en los números 22 y 23 del libro que tituló sobre los Sínodos, o sobre la Fe de los Orientales. Si deseas más sobre este argumento, consulta a Petavio. Aquí solo me place citar a Alejandro, obispo de Alejandría, a quien tenemos como gran defensor de la verdad católica. «De quienes (habla del Padre y del Hijo) creemos así, como siente la Iglesia Apostólica: en un solo Padre no engendrado... Y en un solo Señor Jesucristo Hijo de Dios unigénito: no engendrado de la nada, sino de aquel que es Padre: no al modo de los cuerpos por incisiones, o flujos de divisiones, como parece a Sabelio y a Valentín, sino de un modo inexplicable e inenarrable según las palabras del Profeta, que hemos citado antes: ¿Quién contará su generación?» Consulta, te ruego, lo que sobre este argumento ha editado Gezo, abad de Tortona; y de ellos aprenderás cuánto valor tenía la autoridad de Hilario entre los antiguos.

52. Recuerda lo dicho en el n. 19. Aquí solo traigo las advertencias de Atanasio sobre este mismo argumento. «El Verbo no es disoluble, ni simplemente una voz significativa, sino que es el Verbo sustancial, y la Sabiduría sustancial, que verdaderamente es el Hijo de Dios: pues si no es sustancial, Dios estaría hablando al aire, y un cuerpo, no teniendo nada más que los hombres, etc.» Consulta a los demás Padres que disertan sobre este argumento en Petavio, en el mismo lugar que mencioné en la anotación 19, es decir, en el capítulo 2 del libro VI de la Trinidad.

53. Sustituye Hijos, o, si quieres, Sermones, a los cuales no digas igual, o semejante al Hijo de Dios. Sin duda, aquí Hilario ataca la impía confesión de Arrio (en Hilario, lib. IV de la Trinidad, n. 12, y VI n. 5), quien confesó que el Padre, a quien reconocía como el único Dios, «engendró al Hijo unigénito antes de todos los siglos, por quien también hizo el siglo y todas las cosas;» añadía, «una criatura perfecta de Dios, pero no como una de las criaturas: una obra, pero no como las demás obras, etc.» Creo que Hilario quiere enseñar aquí que si se admite que el Hijo fue creado de la nada (lo cual es necesario que haga quien reconoce una criatura aunque perfectísima), será semejante, y por ende igual a las demás criaturas en la más importante y esencial noción de la Criatura unigénita de Dios; pues esto es lo único que separa a la Criatura de Dios, que la Criatura es de la nada; Dios de sí mismo. La opinión arriana, además, desagradó tanto a todos los demás, que no eran completamente arrianos, que fue condenada incluso por aquellos que no fueron considerados completamente católicos. Esto ciertamente fue establecido en el Concilio de Sárdica (Hilario de los Sínodos n. 34 y 35): «Pero aquellos que dicen que el Hijo de Dios es de lo que no existe, o de otra sustancia, y no de Dios... los anatematiza la Santa y Católica Iglesia.» Incluso en el segundo Concilio de Sirmio, cuya profesión de fe Hilario presenta, el mismo error es condenado con estas palabras (Ibid. n. 38, anath. 1): «Pero aquellos que dicen: El Hijo es de lo que no existe, o de otra sustancia, y no de Dios, y que hubo un tiempo, o siglo, cuando no era, la Santa y Católica Iglesia los considera ajenos.» Para pasar por alto a los demás que refutaron esta blasfemia de Arrio, Hilario la repele a menudo y de manera elocuente. Seleccione un lugar de Hilario, para no parecer abundar en un asunto muy conocido. En el número 2 del libro XII de la Trinidad (pág. 409 del tomo II) escribió esto: «No conocemos al Señor Jesucristo como una criatura, porque él no lo es: ni como una obra, porque él es el Señor de todas las obras; sino que lo conocemos como Dios, la generación propia de Dios Padre, etc.»

54. Esta es la sentencia más explícita de Hilario, de la cual ciertamente se puede conocer fácilmente que es el mismo autor de ambas obras (lib. II de la Trinidad, n. 9, p. 32). «Por lo tanto, ambos tienen el secreto de esta natividad. Y si alguien atribuye a su inteligencia que no

puede comprender el sacramento de esta generación, aunque tanto el Padre como el Hijo son entendidos absolutamente, lo escuchará de mí con mayor dolor que lo ignoro. Yo no sé, no busco; y sin embargo me consolaré. Los arcángeles no saben, los ángeles no han oído, los siglos no lo contienen, el profeta no lo sintió, el apóstol no lo preguntó, el mismo Hijo no lo reveló. También llama inenarrable la natividad del unigénito Hijo divino en el n. 12 del lib. II, y en el número 16 del libro VI de la Trinidad.

Para no parecer que solo cito a Hilario, he aquí a Atanasio (orat. III, pág. 214) presentando estas palabras: «Es impropio preguntar cómo el Verbo procede de Dios, o cómo es el esplendor de Dios, o cómo genera Dios, y cuál es el modo de la generación de Dios. Sería insensato quien se atreviera a tal cosa, ya que intenta explicar con su discurso algo inexplicable, propio de la naturaleza divina, conocido solo por Él y su Hijo. Sería como si indagaran dónde está Dios, y cómo es Dios, y qué tipo de Padre es. Pero así como es impío preguntar algo así, propio de quienes ignoran a Dios, tampoco es lícito tener la misma audacia al indagar sobre la generación del Hijo.» Incluso Prudencio (en Apotheosis), actuando no como poeta sino como teólogo, reprende a los arrianos, audaces investigadores de la generación inefable, con estos versos: «Prosiguen indagando más allá, qué es eso de engendrar, si es lícito que los sentidos humanos se extiendan hasta el secreto que precede a todos los tiempos y días antiguos, y que se eleva sobre el mismo principio, y que supera cualquier cosa que el hombre pueda preguntar. Pues es difícil el camino para conocer las semillas de los principios; ¿a quién se le concederá, siendo mortal, indagar qué hizo Dios más allá del principio? ¿O de qué manera emitió el Verbo, que carece de todo principio? Solo sabemos esto, que se dice que es Dios, a quien el no engendrado engendrador ha generado, uno y uno.» Si deseas otros Padres, Petavio te los proporcionará (lib. V de Trinit, cap. 6). Selecciono uno para presentar aquí, Alejandro de Alejandría, obispo, ilustre crítico de Arrio y su herejía (en Teodoro, lib. I Hist. cap. 4). «La subsistencia inexplicable del Hijo unigénito de Dios trasciende la comprensión más hábil de los evangelistas e incluso de los ángeles. Por lo tanto, entre los piadosos, en mi juicio, no debe ser considerado, etc.»

55. Recuerda aquí los pasajes de Hilario y Alejandro de Alejandría que acabamos de citar: Los ángeles no saben, los ángeles no han oído, etc. Pero también puedes, si lo deseas, traer aquí lo que pronto presentaremos. La carta que mencioné de Alejandro de Alejandría desarrolla este argumento con gran detalle.

56. Aunque Arrio pareció admitir la eternidad del Hijo al confesar que «Dios (el Padre) engendró al Hijo unigénito antes de todos los siglos, por quien también hizo el siglo y todo», en realidad negó que fuera eterno, reconociendo «solo a Dios (el Padre) como no creado, solo eterno, solo sin principio, teniendo inmortalidad» (en Hila. lib. IV de Trinit. n. 12). Aprendes de los monumentos que Petavio recopiló abundantemente, de los cuales selecciono algunos que anoto al pie de la página, que los seguidores de Arrio en su impiedad adoptaron este error. Ruego al lector que consulte por sí mismo, leyendo la carta de Alejandro de Alejandría que mencioné, para que vea claramente cuánto les importó a los católicos, luchando contra Arrio, inculcar la eternidad del Verbo divino. Aunque algunos arrianos más moderados o quizás más astutos admitieran fácilmente que el Hijo fue engendrado antes de los tiempos, cuando se les pedía que confesaran que era coeterno con el Padre, se negaban a hacerlo; pero introducían ciertos tiempos que algunos llamaron ficticios, inventados, imaginarios, que precederían a las cosas creadas, y por lo tanto a los cielos, el sol y las estrellas, cuyo movimiento y revolución miden los tiempos. Y en esos tiempos ficticios, inventados, imaginarios, describían al Verbo del Padre como engendrado, y por lo tanto una verdadera criatura, aunque más excelente y anterior a las demás. Los católicos refutaron con razón este

error, cuyas argumentaciones poseen los teólogos. Si lo deseas, consúltalos. Para quien explica el libro de Hilario, es suficiente confirmar este dogma con otros pasajes de Hilario. Así dice él: «Y no se consideran capaces de contradecir elegantemente la doctrina profética, evangélica y apostólica, al proclamar que la natividad del Hijo está dentro del tiempo. Pues al afirmar erróneamente que decimos que el Hijo siempre ha existido, es necesario que, al excluir que siempre haya sido, confiesen su natividad en el tiempo. Si no siempre fue, habrá un tiempo en que no fue. Y si hay un tiempo en que no fue, habrá un tiempo antes que él: porque quien no siempre es, comenzó a existir en el tiempo. Pero quien carece de tiempo, no puede carecer de lo que siempre es. Rechazan que el Hijo siempre haya sido, por la razón de que, al decir que siempre fue, se crea que es sin natividad: como si al decir que siempre ha sido, se predicara que es innascible.» Y tras interponer algunas palabras: «Confiesa al Padre eterno y libre desde el origen: Confiesa también el origen del Hijo desde la eternidad: no desde el principio, sino desde lo iniciable: no por sí mismo, sino por aquel que siempre es de nadie, nacido desde la eternidad, tomando la natividad de la eternidad paterna.» Si el lector desea consultar otros pasajes de Hilario, que acuda a los que anoto al pie de la página.

No es sorprendente que los ortodoxos hayan inculcado tan a menudo la eternidad del Verbo. Aunque los arrianos eludieran lo demás, hasta el punto de no dudar en confesar que el unigénito de Dios es Dios; cuando se les pedía que confesaran que era eterno, introducían voces engañosas, diciendo que existía antes de los siglos, y que Dios (el Padre) lo había usado como una mano o instrumento para crear los siglos: incluso algunos seguidores menos rígidos de Arrio, como los Padres de Antioquía, confesaban que siempre había estado en el principio con Dios: sin embargo, se negaban a confesar que era verdaderamente y simplemente eterno o sempiterno: Solo Dios (el Padre) es sempiterno y sin principio, decían. Además de la antigua confesión de Arrio, tenemos otros ejemplos de esto. Como no es necesario discutir mucho sobre este argumento aquí, presento un único ejemplo claro. Fueron condenados por el Concilio de Aquilea como indudablemente culpables de la herejía arriana Palladio y Secundiano, porque se negaron a confesar que el unigénito de Dios era sempiterno. Lee, te ruego, tanto los actos del Concilio, que, según la opinión muy probable de muchos, nos fueron conservados por la diligencia de Ambrosio, como la carta escrita por ese Concilio a los Emperadores, en la que se dice: «Estos prefirieron seguir a Arrio que confesar que el Hijo de Dios es sempiterno.»

Por lo tanto, negar la eternidad al Verbo fue un argumento seguro de profesión expresamente arriana. Por esta razón, Eudoxio, aunque no del todo ortodoxo, para oponerse a Ursacio, Valente y otros compañeros en la impiedad de Arrio, y para estabilizar el error más moderado de Aecio, en el Sínodo de Ancira hizo que la eternidad del unigénito de Dios se expresara en tres cánones; X, XI y XII (Hilario de Synodis n. 23). Y el mismo Hilario, en la breve profesión de fe que publicó contra los arrianos (Ibídem n. 64), si pidió a los católicos que confesaran que el Padre no estaba dentro del tiempo, también pidió que no negaran que el Hijo era coeterno con el Padre. Para ilustrar más este punto, serán útiles las cosas que presentaremos en el número 76.

57. En otro lugar dije (En el capítulo 1 de la introducción, num. 3) que Hilario, escribiendo en latín, a veces usa palabras griegas para explicarse más claramente. Si realmente escribió esa palabra con caracteres latinos (lo que Richard Simon afirma que los Padres latinos hicieron constantemente) o si lo hizo con caracteres griegos, que lo juzgue el lector. Sea como fuere, esa palabra (que cualquiera puede reconocer fácilmente) denota al unigénito de Dios como negando (o excluyendo) el tiempo, es decir, sin tiempo, y por lo tanto antes de los tiempos y eterno.

58. Para que no se objete que los ortodoxos dicen esto temerariamente, a menudo buscaron argumentos para comprobar la eternidad del Verbo divino que establecían; entre los cuales parece ser el principal el que Hilario menciona brevemente aquí, tomado de la inmutabilidad del Padre, que debemos admitir si hacemos a Dios; pues describe como cambiado a quien describe al Padre del unigénito Hijo en el tiempo. Esta misma prueba, cuando la emplean otros Padres, Petavio no la omite, y Hilario la urge ciertamente y a menudo, y copiosamente, como en el número 5 del libro IV de Trinitate, y en otros lugares. Pero basta con presentar aquí un único pasaje del libro XII de Trinitate (n. 21, p. 420), que dice así: «Y es diferente ser siempre eterno sin autor, que ser coeterno con el padre, es decir, el autor. Pues donde el padre es autor, allí también hay natividad; pero donde el autor es eterno, allí también hay eternidad de la natividad: porque así como la natividad es del autor, así de un autor eterno es la natividad eterna. Todo lo que siempre es, también es eterno. Pero no todo lo que es eterno, también es innato. Porque lo que nace de lo eterno, tiene ser eterno lo que ha nacido. Pero lo que no ha nacido, eso no ha nacido con la eternidad. Pero lo que ha nacido de lo eterno, si no ha nacido eternamente, ya no será el Padre un autor eterno. Si algo, por lo tanto, le falta en la eternidad a quien ha nacido del Padre eterno, no hay duda de que eso mismo le faltó al autor: porque lo que es infinito para el que engendra, también es infinito para el que nace. Pues la razón ni el sentido admiten algo intermedio entre la natividad del Hijo de Dios y la generación del Padre de Dios, porque en la generación hay natividad, y en la natividad hay generación. Ambas cosas son sin intervalo entre sí, porque sin ambas no hay ninguna.» Este mismo argumento lo sigue Alejandro de Alejandría, obispo, a quien deseo que leas: Agustín lo menciona brevemente escribiendo (Episto. antiguamente 174 ahora 238, n. 24): «El Padre siempre engendra, y el Hijo siempre nace.» Añade lo que Petavio dice (Lib. II de Trinit. cap. 5).

59. Que Dios está exento de todo cambio y nuevo estado, lo atestiguan clarísimamente las Escrituras: y también lo insinúan los Padres y la razón. Pero no es el propósito de este estudio seguir esto. Consulta a los teólogos, y especialmente a Petavio (Tom. I Theolog., lib. III, cap. 1). Establecido esto, Hilario demuestra que la generación del Verbo divino es eterna, porque de otro modo el Padre Dios cambiaría: comenzaría a tener un hijo en el tiempo.

Hilario previene lo que fácilmente se puede objetar contra la inmutabilidad establecida de Dios: a saber, que Dios creó el mundo en el tiempo; y que por ello no se disminuye la excelencia y perfección divina: previene, digo, señalando que ningún cambio se introduce en Dios por la creación de las cosas, porque todo fue establecido por un decreto eterno e inmutable, y todo fue dispuesto en la idea divina más perfecta: y así se ejecutó, tal como fue establecido y dispuesto. Esto mismo lo había enseñado en otro lugar. Los teólogos han ideado otras cosas para evitar el cambio en Dios que podría temerse por la creación temporal de las cosas, de las cuales Petavio enumera muchas (Tom. I Theol. dogm., lib. III, cap. 1). Pero a Hilario le agradó (como ya dije) recurrir a la inmutabilidad del decreto divino, y por lo tanto a la ciencia y la idea de Dios. Seleccione un pasaje muy claro de entre los muchos de Hilario, que ofrece el número 40 del libro XII de Trinitate, y es este: «Porque la preparación de las cosas a ser creadas es perpetua y eterna: ni el cuerpo de este universo fue hecho por partes de pensamientos, como si primero se pensara en el cielo, luego después Dios se ocupara y tratara de la tierra, y se pensara en cada cosa por separado, para que primero se extendiera en una llanura, luego después, con mejor consejo, se elevara en montañas, y nuevamente se variara con colinas, y cuarto, incluso en las cumbres se hiciera habitable, y se separara el cielo preparado, y la morada de Dios, y las exhalaciones de los vientos contuvieran firmemente las nubes en lo alto: entonces después fluyeran fuentes ciertas bajo el cielo, y finalmente la tierra se confirmara con fuertes fundamentos. Porque la Sabiduría profesa ser anterior a todas estas

cosas. Pero como todo lo que está bajo el cielo fue hecho por Dios, y Cristo asistió al componer el cielo, y precede a la eternidad del cielo preparado; esto no permite que se piense en Dios como pensamientos fragmentados de cosas pequeñas, porque toda esta preparación es coeterna con Dios.»

60. Que el mundo fue creado para los hombres (lo que es por nosotros, etc.) lo enseña Hilario no oscuramente en otros lugares también, como cuando dice (En el salmo LXV, n. 6, pág. 197 tom. I): «¿Quién no temblará ante su majestad, quien estableció los siglos, creó el mundo, midió los tiempos con un curso y vicisitud revoluble, adornó el cielo con estrellas, llenó la tierra de frutos, encerró el mar con barreras, eligió al hombre para que usara o dominara estas cosas?» Reitera lo mismo en los comentarios sobre otros salmos, que deseo que leas por completo. Que el pasaje del salmo VIII: «Todo lo sometiste bajo sus pies,» etc., indique lo mismo, que lo juzgue el lector. Además, discutiré extensamente sobre este argumento en una disertación particular.

61. Es decir: aunque aún no lo había creado, lo había dispuesto y ordenado dentro de sí. Véase el número 59.

62. Sin duda creo que debe leerse «simul», ya que en nuestro códice se lee «semel» (hacer todo de una vez): pues lo exige la oposición entre la creación simultánea y la distribuida en varios días de todas las cosas, de las cuales la primera menos agrada a Hilario, quien adopta la segunda, es decir, distribuida en seis días, aunque en el libro de Eclesiástico, al hablar de la creación, leemos «simul». ¿Cómo se concilia este pasaje con el Génesis? Los intérpretes de las Sagradas Escrituras y los teólogos te lo explicarán. Establecido esto, creo que esta es la interpretación de este pasaje. No proviene de la impotencia de Dios que todo no se dispusiera en un solo momento, sino que todo se dispuso en un intervalo de seis días para que, como por grados, y según el honor de cada uno, todas las cosas obedecieran a Dios al crear y disponer. Si deseas una interpretación más extensa de este pasaje, las palabras de Ambrosio te la proporcionarán, que cito con gusto, ya que es muy probable que Ambrosio, al decir esto, se refiriera a las advertencias de los Padres anteriores. Aquí están las palabras de Ambrosio: «Porque el mundo mismo se lee que fue hecho distintamente, cuando antes una parte de él era incompleta: porque la tierra era invisible e incompleta. En efecto, primero se hizo la luz, y Dios llamó a la luz, y Dios separó entre la luz y las tinieblas, y las tinieblas fueron llamadas Noche. Y leemos en orden cada cosa que fue hecha, el cielo, la tierra, los árboles frutales, los diversos animales. Pero se distribuyeron las cosas más ligeras a las superiores, como el aire y el fuego; las más pesadas a las inferiores, es decir, la tierra y el agua. Sin duda, Dios pudo haber ordenado que todo se hiciera a la vez; pero prefirió guardar la distinción, que imitáramos en todos los asuntos, y especialmente en las vicisitudes de las gracias.» Los intérpretes señalan que las criaturas emergieron como gradualmente de esa materia primera: de modo que las menos excelentes emergieron al principio, luego las más excelentes, cuya serie cerraría el más excelente de todos, el hombre.

63. Este pasaje parece ser un poco más oscuro, que harás aún más oscuro si lees, como está en el códice, «et nulla». Pero sin duda debe leerse «et nuda», es decir, sin ornato y sin forma. Creo que tiene este sentido: Dios quiso que todo estuviera ordenado y dispuesto gradualmente para que, según su grado y honor, obedecieran a Dios al sacar a las criaturas cada día, para que no se despreciaran esos elementos primordiales informes. ¿Quién no despreciaría y no preferiría a ellos las cosas ya hermosas, enriquecidas con su forma y figura? Mientras propongo esto, temo que algo falte en este período que una más adecuadamente las palabras anteriores: «pasiva, et nuda» (o, si lo deseas, «nulla») con las siguientes «inter se antiquiora». Que el lector juzgue si mi sospecha es probable o no.

64. Añadiendo la palabra «magis», he corregido un poco la lectura deficiente de nuestro códice: pues en el mismo se lee «quanto illa, quae nulli», etc. ¿Quién no ve que la palabra «magis» es exigida por la argumentación que usa Hilario? Esta argumentación es del tipo que los escolásticos llaman «a minori ad maius», o «a fortiori». Si intento aportar testimonios de los Padres y escolásticos para confirmar esta argumentación, seré casi infinito. Ciertamente, los escolásticos que sostienen que el misterio de la Encarnación fue completamente oculto e incomprensible para los mismos ángeles, se apoyan principalmente en los Padres. Me basta con citar a León y a Hilario, de los cuales el primero lo inculca a menudo, especialmente en los lugares que anoto al pie de la página. El segundo lo desarrolla más extensamente en el número 12 del libro I de Trinitate, y en el número 19 del libro III del mismo título, es decir, de Trinitate.

65. Hilario sigue insistiendo en la prueba que había propuesto antes, mostrando primero que con razón se dice que la natividad corporal de Cristo es oculta o inefable, ya que la misma Escritura la llama «sombra»; luego, al establecer esto, infiere lo mismo que había dicho recientemente, que la generación eterna del Verbo debe llamarse oculta o inefable con mayor razón. Si deseas leer sobre esa sombra, consulta a Hilario (Lib. II de Trinitate. n. 26, Sed ne forte, etc.).

66. Recuerda lo que dije en los números 54 y 55.

67. Recuerda lo dicho en los números 31, 33 y 54. En el códice se encuentra «concessus» en lugar de «concessos», evidentemente un error que he considerado necesario corregir.

68. Hilario emprende una explicación más amplia de la dignidad y excelencia del Verbo divino, y al mismo tiempo expone una confesión de fe bastante amplia y precisa. ¿Quién duda de que Hilario, al atribuir estos títulos a Cristo, los atribuye principalmente a Él en cuanto es Dios? Pero muchos de ellos también convienen al mismo Cristo en cuanto es hombre, o, para decirlo mejor y más verdaderamente, en cuanto es Dios hombre, debido a lo que los teólogos llaman la comunicación de los idiomas. Hilario suele inculcar y recordar los mismos dogmas con frecuencia; lo admitirá cualquiera que lea los libros de Trinitate que él publicó. De esta costumbre él mismo da la razón con estas palabras (De Synod. n. 62): «pues el Dios infinito e inmenso no pudo ser comprendido o mostrado con las breves expresiones del discurso humano: porque a menudo la brevedad del discurso engaña tanto a los oyentes como a los docentes.» Pero ilustremos sus demás dichos.

69. Esta expresión al principio puede referirse tanto a la generación eterna del Hijo, de la cual hemos hablado suficientemente en el n. 56, como a los demás títulos que se le atribuyen al mismo Hijo. En cuanto al significado con el que se nombra al Hijo de Dios, lo explica con la adición de la palabra "al principio" y lo enseña en otros lugares de manera muy clara. "Por lo tanto, no es, dice (Lib. V de Trinit., n. 5, pág. 107, tom. II), el Hijo de Dios un dios falso, ni un dios adoptivo, ni un dios nominal, sino un Dios verdadero... Porque es Dios, por quien fueron hechas todas las cosas." Y en este lugar (para decirlo de paso) no solo se refutan los arrianos, sino también aquellos (ni Dios adoptivo) que, para hacer a Cristo un Hijo adoptivo, abusaban de la autoridad de Hilario: pues si es Dios, ¿cómo podría ser adoptado?

70. Antes de continuar, el lector debe saber que estos títulos, y otros afines, que los antiguos teólogos atribuyen al Unigénito de Dios, están en una especie de doble diferencia: algunos, de hecho, los ortodoxos los atribuían al mismo Unigénito de Dios porque los arrianos se

negaban a atribuirlos a él, atribuyéndolos solo al Padre; otros, sin embargo, los atribuían porque, aunque los mismos arrianos o ciertamente los semiarrianos los atribuían al mismo Unigénito y los exaltaban con gran aparato y alabanzas, los ortodoxos temían que, si no los atribuían al mismo Unigénito, parecieran hablar de él menos espléndidamente que los arrianos. Además, cuando aquí Hilario llama al Verbo la verdadera sabiduría, entiende la sabiduría divina y sin causa: pues en este mismo sentido, Arrio reconocía a un solo Dios (al Padre, por supuesto) solo sin principio, solo verdadero; pero Hilario, a quien acabamos de citar (n. 69), llama al Unigénito de Dios el verdadero Dios. De aquí que, aunque en el Concilio de Aquilea Palladio hubiera confesado que "el Unigénito de Dios es la sabiduría", porque, sin embargo, se negaba a proclamar la verdadera sabiduría en el sentido en que estamos tratando, atribuyendo ese título solo al Padre. Ambrosio no dudó en declarar esto sobre Palladio: "Incluso, según veo, Palladio intentó negar que el Hijo de Dios fuera sabio." Pero tampoco reprendería a aquellos que dijeran que Hilario enseña esto para refutar la impiedad, o más bien la locura, de aquellos que decían que el Hijo de Dios no era la sabiduría misma, sino una obra de la sabiduría. Y creo que vale la pena citar aquí las palabras del santo Doctor, en la medida en que confirman maravillosamente la opinión que ahora estamos ilustrando (Commen. in Matth. cap. XI, n. 9, pág. 724). "Porque muchos suelen eludir la declaración apostólica (I Cor. I. 24), donde dice que Cristo es la sabiduría de Dios y el poder de Dios, de esta manera; que en él, al ser creado de la virgen, la sabiduría y el poder de Dios fueron eficaces, y en su nacimiento se entiende la obra de la prudencia y el poder divinos; y que en él hay más bien una eficiencia que la naturaleza de la sabiduría. Para que no se pudiera entender algo así, él mismo se llamó sabiduría; mostrando en sí mismo no lo que es de ella, sino lo que es ella misma. Porque la obra de la sabiduría es la fe, la esperanza, la caridad, la castidad, el ayuno, la continencia, la humildad, la humanidad: pero estas son obras de la naturaleza, no la naturaleza misma; y la cosa misma que hace no consiste en estas cosas que se hacen." Pues para refutar esta locura, Hilario enseña esto (In ps. LXVI, n 29, pág. 235): "Pero el Señor Jesucristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios," que otros lo vean.

71. Véase núm. 19 y 20.

72. Se ha señalado desde hace tiempo que por el nombre de Espíritu, Hilario entiende a Dios. Por favor, vea la prefación en el Tomo I de San Hilario editado por los Monjes de San Mauro. Es bien conocido el pasaje de Hilario, que creo que vale la pena citar aquí (Lib. IX de Trinitat. n. 14): "Quien, al vaciarse a sí mismo, permaneciendo espíritu (es decir, Dios) Cristo, el mismo Cristo fue hombre." Y no es de extrañar que por el nombre de espíritu se entienda a Dios; pues por antonomasia, el Espíritu es Dios; es decir, el más excelente: y solo el espíritu es Dios, si entiendes por el nombre de espíritu a aquel que comprende todo perfectamente; en este sentido, algunos de los antiguos parecieron aceptar esta palabra espíritu. Sea como fuere, además de aquellos que cita el ilustre editor de las Obras de San Hilario (En la prefación del tomo I, n. 58 y siguientes), aquí hay un pasaje claro de Tertuliano, que ciertamente demuestra que por el nombre de espíritu los antiguos Padres denotaban a Dios. De esta manera comienza su libro sobre la Oración: "El espíritu de Dios, y la palabra de Dios... ambos son Jesucristo." Si deseas citar otros pasajes de Tertuliano, el ilustre Muratori te los indicará.

Casi todos los demás títulos que se enumeran a continuación: camino, luz, etc., están expresados en esa conocida profesión de fe, "que fue expuesta en el Sínodo celebrado en las Encarnias de la Iglesia de Antioquía completada. Los obispos que asistieron, noventa y siete, expusieron esto cuando uno de los obispos fue sospechado de tener una opinión errónea." Aquí está lo que esos obispos proclamaron: "Creemos... en un solo Dios Padre... y en un solo Señor Jesucristo, su Hijo unigénito, Dios por quien todo fue hecho, que fue engendrado del

Padre, Dios de Dios, todo de todo, uno de uno, perfecto de perfecto, Rey de Rey, Señor de Señor, palabra, sabiduría, vida, luz verdadera, camino verdadero, resurrección, Pastor, puerta, imagen inconvertible e inmutable de la divinidad, esencia, poder y gloria, imagen inmutable, el primero nacido de toda criatura, que siempre estuvo en el principio con Dios... Mediador de Dios y de los hombres, predestinado de nuestra fe, y guía de la vida." Si dices que Hilario se refirió a esta profesión, ciertamente dirás lo que a algunos les ha parecido probable. Y ciertamente Hilario solo reprende esta profesión de fe en eso (n. 31), "que parece haber hablado menos expresamente sobre la semejanza indiferente del Padre y del Hijo, especialmente cuando sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo ha sentido que en los nombres se significaba la sustancia propia de cada uno de los nombrados, y el orden, y la gloria, de modo que son tres por sustancia, pero uno por consonancia."

Esa profesión de fe, que Hilario llama según el Sínodo de Oriente (de Syn. n. 33 y 34), es menos abundante en títulos, sin embargo, en ella también se enuncian estas cosas sobre el Unigénito de Dios: "que es la Palabra, y la sabiduría, y el poder, y la vida, y la luz verdadera."

Pero para volver a Hilario, no solo enseña estas cosas en la epístola que estamos ilustrando, sino también en otros lugares. En el Salmo sesenta y tres dice esto (Num. 10, pág. 181 tom. I): "Ya si el hereje destruye la fe, reconocerá que el Hijo de Dios siempre ha existido, sin intervalo de tiempo separado del Padre; que él es la palabra, el poder, la sabiduría de Dios: que él fue el creador del mundo, él también el creador del hombre."

Incluye más en el tratado sobre el Salmo CXVIII (L tt. IX, número igualmente 9, pág. 334). De hecho, dice esto: "Dios habló por Moisés la ley, habló por los Profetas: pero esta es la ley de Dios, no también la ley de la boca de Dios: Pero la boca de Dios es aquel que es también el poder de Dios, que es también la sabiduría de Dios, que es también el brazo de Dios, que es también la imagen de Dios, a saber, Dios y nuestro Señor Jesucristo."

Basilio el Grande enseña lo mismo, cuyas palabras citaré con gusto, si no fueran muchas, especialmente cuando también ofrece la razón de estos mismos títulos. Pero el lector podrá consultar fácilmente las palabras que digo en el capítulo 8, alias n. 17 y 19, del libro sobre el Espíritu Santo a Anfiloquio. A saber: "Por la múltiple beneficencia hacia nosotros, etc." Y: "Pero todo lo hace con el contacto del poder, y operando con la voluntad de la bondad: alimenta, ilumina, nutre, guía, cura, levanta, etc."

Si deseas otros que enumeren títulos convenientes a Cristo, fácilmente los encontrarás en los libros de los antiguos escritores. Aquí indico solo dos, uno de los cuales es el escritor al que se debe atribuir el sermón 190 de tiempo, que ahora se ha relegado al apéndice, 113 en el mismo, cuyas palabras cité en la anotación 20 (Pág. 60). El otro es Ausonio, que así suplica a Cristo (En Precat. matutin.).

Cristo, ante el eterno Padre, apacible, intercede por nosotros, Salvador, Dios, y Señor mío, gloria, Verbo, Hijo, verdadero de verdadero, luz de luz, permaneciendo con el Padre eterno, reinando por los siglos.

¿Quién se maravillará de esto, cuando estos mismos títulos o bien las Escrituras los atribuyen manifiestamente a Cristo, o ciertamente puedes atribuirlos a Cristo si consideras lo que las Escrituras enuncian sobre Cristo? He anotado algunas cosas al final de la epístola misma, para que no parezca que digo temerariamente lo que afirmo. Confieso, sin embargo, que Cristo no se dice expresamente la fortaleza del Señor; a menos que tal vez pienses que es el

mismo que a veces apareció en forma de ángel y se llamó a sí mismo Gabriel, o, si quieres, habló en Gabriel. Pero si se le llama el brazo del Señor, o de Dios, ¿no se le llamará fortaleza? Los Padres ciertamente, si no me equivoco, no dudan en llamar a Cristo el brazo de Dios, o del Señor. ¿Qué? ¿Acaso la palabra Virtud no parece ser sinónima de la palabra fortaleza? Este título, además, los Padres lo atribuyen muy a menudo a Cristo. Aquí indico a Rufino que enseña esto (En la exposición del Símbolo, pág. 73 ed. Vallarsii): "¿Y cuál es la virtud del Altísimo, sino el mismo Cristo, que es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios?" Si deseas otros pasajes de los Padres, el ilustre editor de las Obras de San Hilario te los proporcionará (Prefacio, en el tomo I, n. 61 y sig.). Cuando, además, he indicado esos lugares en los que Cristo se llama vino, he señalado dos, a saber, Mateo IX, 17, y Juan XV, 1, en el primero de los cuales se encuentra esto: no ponen vino nuevo en odres viejos. Evidentemente, la alegoría del vino y la palabra se entendieron por los antiguos como la ley evangélica, y por lo tanto su autor, Cristo. En el segundo: Yo soy la vid verdadera. Pero la vid es, por así decirlo, la madre del vino. Sin embargo, confieso que Hilario pudo haber tenido en cuenta esos lugares del capítulo IX de los Proverbios (vers. 2): la sabiduría... mezcló el vino... (vers. 5) Venid, comed mi pan, y bebed el vino que he mezclado para vosotros. De hecho, los intérpretes más probados enseñan que en estas palabras se predice el sacramento sagrado del altar, en el que, bajo la apariencia de pan y vino, está presente el mismo Cristo: pudo haber tenido en cuenta igualmente ese lugar de Mateo (XXVI, 29): Pero os digo que no beberé más de este fruto de la vid. Porque el fruto de la vid, del que aquí se hace mención, es el mismo Cristo oculto bajo la apariencia del vino.

73. Dado que la encarnación misma es por los hombres, Cristo será igualmente nuestra vida, nuestra luz, nuestro pastor.

74. Se refiere a la célebre advertencia de Pablo (Hechos XVII, 28): En él vivimos, nos movemos y existimos. Quizás también se refiere a esos lugares en los que Cristo se llama nuestra vida, o fuente de vida, fuente de agua que salta para vida eterna.

75. Es decir: lo que hemos dicho de Cristo, y por lo tanto esos mismos títulos que hemos enumerado, se alcanzarán a partir de la lectura de las Escrituras.

76. Creo que este es el sentido de estas palabras. Si, por lo tanto, confesamos que el Hijo de Dios nos es conocido por la revelación de las Escrituras, también sabemos que Dios Padre creó los siglos visibles e invisibles por medio del mismo Hijo: pues no es lícito pensar que Dios comenzó a obrar cuando el mundo fue creado, o que cesó después de que fue creado: de hecho, él no ha dejado de obrar, como el mismo Señor testifica cuando dice: Mi Padre hasta ahora trabaja, etc. Si por el término siglos visibles e invisibles se entienden las criaturas visibles e invisibles, aquí enseña lo mismo que había enseñado antes. Véase el número, o anotación 18. Ciertamente pudo haber entendido esas criaturas con estos términos; por sinécdoque, es decir, el contenido se denota por el término del continente.

Pero si se entienden los mismos siglos, este lugar se vuelve un poco más oscuro. Y ciertamente conocemos los siglos visibles, aquellos que medimos por las revoluciones del sol, las estrellas y los cielos. Pero es difícil explicar qué son los siglos invisibles. ¿Indica esos siglos que otros han llamado imaginarios, pero que Hilario llama tiempos que comprendemos por opinión (Lib. XII de Trinit., n. 27. pág. 42.), incluso más expresamente (Ibid, y n. 28) tiempos eternos? Que sea juicio ajeno. Aquí, además, debemos advertir que podemos sospechar, cuando Hilario dice esto: "No es lícito creer que Dios comenzó a obrar desde el momento en que el mundo tomó el inicio de su generación," que estaba en la opinión que enseña que la creación de los ángeles precedió a la creación de estas cosas visibles y

perceptibles. Esta opinión, que fue de muchos antiguos teólogos y Padres, especialmente de los griegos, fue sin duda de Hilario: de hecho, lo ha dejado escrito (Contra Auxent, n. 6): "O todos los regenerados no son verdaderamente hijos de Dios, o todos los ángeles, ciertamente creados por Cristo, no fueron creados antes de todos los tiempos y antes de todos los siglos."

77. Si refieres estas palabras de Hilario a ese tipo de operaciones que los teólogos llaman ad intra, las explicarás fácilmente: pues esas acciones que fueron eternas permanecen inmutables y están destinadas a durar eternamente: por esta razón, como ya advirtió Agustín, abarcan todos los tiempos. Pero si las refieres a ese tipo de acciones que llamamos extrínsecas, o ad extra; si antes de crear el mundo visible creó a los ángeles (lo que ciertamente Hilario pensó), creemos que Dios obró antes de que el mundo tomara el inicio de su generación: Y no cesa de obrar, ya que crea en cada momento las almas que deben ser infundidas en los cuerpos humanos, y conserva y administra todas las cosas. Véanse los lugares que noto al pie de la página. ¿Cuál es, entonces, el descanso del eterno Padre, lo enseña Hilario n. 8 de los comentarios en el salmo XCI (Pág. 269 tom. I, Porque, por lo tanto, las obras de Dios, etc.). Para entender claramente esas palabras, nada le ha sucedido siempre, sino que siempre es, recuerda lo que dijimos en el n. 59. Pero si tomas estas palabras, siempre es, de tal manera que Hilario enseña que este atributo de Ser es propio de Dios, y por lo tanto del Padre; ciertamente lo tomarás en el sentido que otras declaraciones de Hilario han hecho muy probable. En efecto, alguna vez escribió esto (Lib. XII de Trinit. n. 23 y 24, pág. 421 tom. II): "Si siempre es propio del Padre lo que siempre es Padre; es necesario que siempre sea propio del Hijo lo que siempre es Hijo. ¿Y cómo caerá en nuestro discurso y entendimiento que no fue, antes de que naciera, aquel a quien es propio siempre ser lo que nació? Por lo tanto, el unigénito Dios, que contiene en sí mismo la forma y la imagen del Dios invisible, en todas estas cosas que son propias de Dios Padre, se iguala a él por la plenitud de la verdadera divinidad en sí mismo. Porque, como enseñamos en los libros anteriores, por virtud y veneración, así como el Padre es digno de honor y poderoso: así también en lo que el Padre siempre es, también en lo que el Hijo es, es común al Hijo siempre ser. Porque según lo dicho a Moisés: Me envió a vosotros el que es, no hay duda de que es propio de Dios ser lo que es: porque lo que es no puede ser entendido ni dicho que no es. Ser y no ser son contrarios: ni estas diferentes significaciones se unen en una y la misma cosa; porque mientras una permanece, la otra no será. Por lo tanto, donde está, no puede entrar en el sentido o el discurso no ser. A nuestro sentido retrocedido, y siempre llamado de nuevo a la inteligencia de aquel que es, de él mismo solo lo que es, siempre es anterior a él: porque lo que es infinito en Dios, siempre se sustrae al regreso de nuestro sentido infinito: de modo que antes de lo que es propio de Dios, siempre ser, ninguna otra cosa la intención retroactiva puede captar; porque nada más allá de la inteligencia de Dios, en la eternidad de proceder, que Dios siempre ser, siempre se presenta."

Si deseas otros Padres, Petavio te proporcionará muchos, a quien deseo que consultes (Tomo I, Theol. dogm. cap. 6). Este atributo, además, es peculiar también del Hijo, tal vez lo demuestran muchos de esos testimonios que se traen para comprobar la eternidad del Verbo Divino, y por lo tanto muchos de esos que el mismo Petavio alega en el cap. 9 del libro V de Trinitate. Seleccione uno que creo muy adecuado para lo que estamos tratando, tomado de la carta de Alejandro, obispo de Alejandría, al obispo homónimo de Constantinopla (Apud Theodoret, Histor. Eccles. lib. I, cap. 4). Nadie tome este siempre (dice él) para sospechar de lo no engendrado, como piensan aquellos que tienen los sentidos del alma cegados: porque ni era, ni siempre, ni antes de los siglos es lo mismo que no engendrado.

78. Véase n. 57 y 72. En cuanto a la palabra ἀνάσπιτεν, ¿se dice del verbo ἀνίστημι, que es excitar, suscitar, restaurar, instaurar, etc.? ¿o del verbo inusitado ἀναστάω? ¿O se debe pensar que el códice es defectuoso en este lugar? Que el lector juzgue.

79. Quizás falta la palabra constat, u otra similar, de modo que debería leerse: por lo tanto, es evidente que hay muchas cosas que hizo a través del Hijo. No quisiera que tomes la palabra plurima como si Hilario pensara que muchas cosas, pero no todas, fueron creadas por el Verbo Divino, ya que frecuentemente y de manera muy clara enfatiza la advertencia evangélica: Todo fue hecho por él, y sin él no se hizo nada. Véase el número 18. Por lo tanto, aquí toma plurima como sinónimo de todas. ¿Cuáles son esas cosas? Las enumera inmediatamente, añadiendo: cuántos son los tronos, etc. ¿Quién no sabe que hay muchas criaturas, tanto corporales como incorpóreas, cuyos nombres apenas conocemos, e incluso de algunas ni siquiera conocemos los nombres? Con razón dice Hilario: de las cuales solo conocemos los nombres, o ni siquiera estos son conocidos.

80. Las palabras están tomadas del Apóstol Pablo (I Corintios, II, 9): lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre. Pero, aunque me parece muy probable que estas palabras fueron insertadas en la misma carta por un escriba ignorante, ya que antes se leían en el margen, como confirmación de aquella sentencia: cuánta claridad pensamos que hay en las cosas invisibles, y no podemos estimar, etc., por eso creo que deben ser eliminadas o, si prefieres, relegadas al margen. Además, la palabra cuántos (cuántos son los tronos, cuántos los poderes, etc.) aquí, a mi juicio, se toma como cuántos; lo cual es muy frecuente en Tertuliano, Jerónimo y otros Padres. Sobre el número, dignidad y funciones de los Ángeles, Petavio trata extensamente en una obra dedicada a ese tema (De Angelis, tomo III Theolog. dogm.): yo también he tratado el tema, pero mucho más brevemente en un librito escrito en lengua italiana, publicado en 1747 (Trattato degli angeli custodi part. I, cap. 3, 4, etc.).

81. Es decir: si las cosas corporales son tan hermosas, tan espléndidas, tan admirables, ¿quién podría pensar que puede comprender la belleza y excelencia de las cosas invisibles? Un noble argumento de lo menor a lo mayor, como dicen. La palabra extimare es constantemente escrita por nuestro escriba en lugar de aestimare, o, si prefieres, existimare.

82. Hilario enseña mil veces que el mundo fue creado por el Hijo, o por Dios a través del Hijo, como instrumento consustancial. Los pasajes del Santo Doctor son tan frecuentes que, si los mencionara, fácilmente podría parecer que quiero buscar elogios de erudición en un asunto claro. Algunos de ellos los tienes arriba, en el número 18. ¿Acaso con esas palabras, «y ciertamente ordenó y creó la luz, por la cual las demás cosas serían claras, a la que dio el nombre de día,» critica a Tertuliano, quien entendió por el nombre de luz (primigenia) al mismo Verbo? Que sea un juicio ajeno. He aquí las mismas palabras de Tertuliano, que el Lector evaluará (Contra Praxeam cap. 12): «Pero, ¿cómo está escrito sobre las obras anteriores del mundo? Primero, antes de que el Hijo apareciera: Y dijo Dios: Sea la luz, y fue (Gen. I): inmediatamente el mismo verbo, luz; la verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo; y por él también la luz mundial desde entonces en el Verbo Cristo asistiendo, y administrando Dios quiso que se hiciera, y Dios lo hizo.» El resto de esta sección de la carta de Hilario se entiende fácilmente por sí mismo.

83. O debe leerse, no terrena; o, si lees, ni terrena, faltan algunas palabras al final de la frase para completar el sentido. Aquí ciertamente Hilario toma las palabras, firmamento, y cielo como una materia sólida y consistente, aunque translúcida, que

nos impide ver los cuerpos celestiales. La misma etimología de la palabra parece favorecer esta explicación. Todos saben lo que los filósofos más recientes opinan sobre la materia de los cielos.

84. Consulta los pasajes de las Escrituras al final de la misma carta de Hilario que anoté, y la anotación 62. Estas palabras: «Y de manera maravillosa ordenando que primero se generara aquello que fue fabricado al final,» refiérete a la tierra: pues el cielo fue creado primero (Gen. I, 1): pero quiso Dios que esta emitiera hierba verde y que produjera semilla, que fue el primer fruto de la naturaleza creada.

85. Lo que dijimos recientemente también ilumina este pasaje. Además, la tierra no es la última en todo, si antes de las demás cosas se le atribuye la virtud de germinar hierba verde y producir semilla.

86. ¿Se refieren estas palabras a la tarde (tinieblas), y la mañana (luz), que fueron el primer día? ¿O a los compuestos naturales consistentes en elementos creados en intervalos? Pues el fuego sin duda no fue formado con el agua, ni quizás la tierra con el aire. Que el Lector juzgue. Véase también los números 62 y 63.

87. Hemos llegado a un pasaje que ha parecido muy difícil para muchos. Primero se pregunta, ¿por qué se llama artífice al Hijo de Dios? Luego se pregunta, ¿por qué se dice que el Padre es el que ordena (Jubente Patre)? Además, esto se ilustra fácilmente si recuerdas que a la omnipotencia se le atribuye al Padre como un atributo peculiar (Creo en Dios Padre todopoderoso), y al Hijo la sabiduría: sobre lo cual los teólogos han hablado extensamente. Concebimos la omnipotencia como ordenante, y la sabiduría como ejecutante: Así que admitimos que la creación es obra de toda la Trinidad; pero dado que atribuimos los atributos como peculiares a las Personas, también les atribuimos aquellos afectos que nuestra mente limitada nos dicta que provienen de esos atributos. Hilario mismo indica esto cuando, al oponerse a los arrianos que afirmaban que el Hijo de Dios unigénito era un instrumento puro y creado por el Padre en la creación (Véase el pensamiento de los arrianos en Petavio lib. II de Trinitate cap. 5, n. 16), elocuente, escribió esto (lib. IV de Trinit. n. 20). «Dijiste: de Padre todo, pero por el Hijo todo. Pues por lo que se dijo, Hagamos al hombre, de ahí es el origen, de donde también comenzó el verbo: en lo que Dios hizo a imagen de Dios, se significa también aquel por quien se completa la obra. Luego, para que no puedas mentir sobre esto, la Sabiduría, que tú mismo confesaste que es Cristo, contradice diciendo: Cuando establecía los cielos, cuando hacía fuertes los fundamentos de la tierra, yo estaba con él componiendo. Yo era, en quien se complacía. Diariamente me alegraba en su presencia en todo momento, cuando se alegraba en el mundo perfecto, y se alegraba en los hijos de los hombres. Toda ocasión está cerrada, y todo error se reduce a la confesión de la verdad. Está presente con Dios la Sabiduría engendrada antes de los siglos. Y no solo está presente, sino que también compone. Por lo tanto, es el que compone con él. Entiende el oficio de composición o disposición. Pues el Padre en lo que habla, hace; el Hijo en lo que obra, lo que se ha dicho que se haga, compone. Pero la distinción de las Personas se ha hecho de tal manera que la obra se refiere a ambos. Pues en lo que se dice, hagamos, se iguala el mandato y el hecho: en lo que se escribe: Yo estaba con él componiendo, no se significa que esté solo en la obra.» En el mismo sentido me parece que habló el mismo Hilario en el n. 43 del libro XII de la Trinidad, que te ruego consultes. Entonces sabrás por qué también llama al Verbo artífice; porque siendo sabiduría el Hijo de Dios, se le atribuye la obra a la sabiduría misma como directora, y por eso también el mundo, una obra maestra sin duda. Y no solo en esta Epístola llama al Verbo divino artífice por esa razón: sino también en el n. 4 del libro XII de la

Trinidad, en el cual trata extensamente sobre el Verbo de Dios creando el mundo. Te ruego que también consultes este pasaje.

Pero, ¿por qué solo mencionamos a los Padres y pasamos por alto el himno que utiliza la Iglesia? Esta Iglesia canta: Al nacer el mundo, el artífice Entregando la imagen de tu rostro A Adán, uniste al noble Espíritu con el barro. Cuando la envidia y el engaño del demonio Mancharon el género humano: Tú, revestido de carne, la forma perdida Reformas, artífice. Lo cual concuerda claramente con aquel himno que, antes de que Urbano VIII diera números más elegantes a los himnos eclesiásticos, usaba el clero romano. Que en el principio del mundo Formaste al hombre Adán, Para redimir al hombre, Que ya antes habías formado, etc.

88. Aquellos a quienes les agrada que los Padres al explicar las Escrituras siguieran a Platón (en la medida de lo posible), no temerán atribuir a Hilario, que propone esto: que el alma había animado las mismas materias para que, al nacer posteriormente los seres animados, les prestaran almas, a los platónicos. Pero no lo atribuiría a ellos: pues sé que los dogmas platónicos, que presentan el alma del mundo y otras cosas afines, no pueden tener mucho elogio entre los ortodoxos. Por lo tanto, explicaría la sentencia de dos maneras. O bien, di que, según Hilario, Dios infundió en las aguas aquello que sea, por lo cual las almas de los peces, reptiles y aves consisten: y aunque ignoramos el modo en que esto se hizo, ciertamente se realizó: pues los peces, reptiles y aves, cuando comenzaron a vivir, recibieron almas de las aguas ya fecundadas por el mandato divino. O bien, di que ya se habían infundido las almas en los peces, reptiles y aves de los cuales los peces, aves y reptiles, al nacer, recibirían también sus almas (pues las almas de los peces y reptiles no se crean e infunden en cuerpos ya formados: esto solo ocurre en el hombre; sino que se comunican y reciben por generación). ¿Por qué no se podría decir de las almas de los peces lo que Basilio transmitió sobre las almas de los brutos? Sus palabras nos ofrecen una paridad encomiable. He aquí lo que Basilio enseña sobre este argumento indicando claramente la primera explicación. «Produzca la tierra un alma viviente. ¿Por qué produce la tierra un alma viviente? Para que aprendas qué diferencia hay entre el alma de un animal y el alma de un hombre. Cómo se formó el alma del hombre, lo sabrás un poco más adelante: ahora escucha sobre el alma de los brutos. Como está escrito, el alma de cada animal es su sangre, y la sangre, al coagularse, suele transformarse en carne, y la carne, al corromperse, se resuelve en tierra: con razón y mérito se dice que el alma de los brutos es algo terrenal. Por lo tanto, produzca la tierra un alma viviente. Observa la afinidad del alma con la sangre, de la sangre con la carne, de la carne con la tierra: y nuevamente, en orden inverso, retrocede por los mismos pasos de la tierra a la carne, de la carne a la sangre, de la sangre al alma, y descubrirás que el alma de los animales es terrenal. No pienses que el alma es anterior a la constitución del cuerpo.»

La otra explicación también se basa en el mismo Basilio, a quien es mejor escuchar enseñando esto (Hexaemer., Homil. IX, n. 2, pág. 81). «Produzca la tierra un alma viviente de animales, bestias y reptiles. Considera la voz de Dios penetrando a través de las cosas creadas, que comenzó entonces y aún es eficaz, y continuará hasta que el mundo esté consumado. Pues así como una esfera, cuando ha sido movida por alguien, y luego encuentra un lugar inclinado, se mueve hacia abajo tanto por su propia estructura como por la oportunidad del lugar, y no se detiene hasta que una llanura la recibe: así la naturaleza de las cosas, incitada por un solo mandato, penetra las cosas creadas igualmente en generación y corrupción, y conserva las sucesiones de los géneros por similitud, hasta que llega al fin. Pues hace que el caballo sea sucesor del caballo, el león del león, el águila del águila: incluso transmite cada animal conservado por sucesiones continuas hasta la consumación del Universo. Ningún tiempo destruye las propiedades de los animales: sino que, como si la

naturaleza hubiera sido constituida recientemente, siempre corre fresca junto con el tiempo. Produzca la tierra un alma viviente. Este mandato se adhirió a la tierra, y no deja de servir al Creador.»

Aunque si alguien dice que este tipo de generación, que los antiguos filósofos llamaban espontánea, o de lo putrefacto, se menciona aquí, dirá algo no del todo improbable: pues los antiguos pensaban que tales generaciones se realizaban principalmente con la ayuda del agua y las lluvias. De aquí que Basilio (pues, ya que he confirmado lo anterior con su autoridad, también quiero corroborar esto con la misma autoridad) de aquí, digo, Basilio inmediatamente después de las palabras anteriores añade: «Pues algunas cosas se producen por la sucesión de las que existieron antes: pero otras se ha comprobado que aún ahora reciben vida de la misma tierra. No solo en tiempo de lluvia produce cigarras, o innumerables otros géneros de volátiles que vagan en el aire, muchos de los cuales son anónimos debido a su pequeñez; sino que también produce ratones y ranas de sí misma. Pues alrededor de Tebas en Egipto, donde llueve abundantemente en verano, la región se llena inmediatamente de ratones de campo. Incluso hemos visto anguilas formarse y generarse no de otra manera que del lodo, cuya sucesión no se realiza ni por huevo ni por otro modo, sino que ellas mismas tienen su origen en la tierra. Produzca la tierra un alma, etc.»

Y con estas explicaciones, en mi opinión, se pueden ilustrar fácilmente las palabras de esta Epístola que hemos citado, y no nos vemos obligados a decir que el alma mencionada aquí es el mismo Espíritu Santo fecundando las aguas: opinión que, sin embargo, parece haber agradado a nuestro Steucho, y que muchos antiguos claramente aceptaron, y que quizás Basilio insinúa cuando escribió: «No solo el cuerpo que lo rodea (del hombre) y los movimientos del cuerpo están tranquilos, sino también todo lo que lo rodea y abarca, a saber, el cielo, la tierra, el mar, y lo que hay en ellos racional. Y entiende que todo está lleno, y que el espíritu está sobre todo, como si se hubiera derramado, infundido, y penetrando por todas partes, e iluminando: pues el Espíritu del Señor ha llenado el orbe de la tierra, y lo que contiene todo, tiene el conocimiento de Dios.» Recuerda lo que dije en el número 24.

89. Consulta el pasaje del Génesis que anoté al final de la epístola. Aquí enseña que los animales no recibieron el alma desde fuera, sino con el mismo cuerpo y materia ya animada y viviente. En cambio, el hombre, como veremos pronto.

90. Se refiere, creo, a las palabras muy conocidas del Salmo XXXII, (vers. 2): Él dijo, y fueron hechas, él mandó, y fueron creadas. La misma descripción de la creación y formación de las cosas, que tienes en el capítulo I del Génesis, declara la rapidez de la producción de las cosas tras el mandato divino. Y dijo Dios: sea la luz, y fue la luz, etc. De aquí se excluyen cualquier intervalo y tardanza. Consulta, te ruego, lo que Hilario transmite en los Comentarios sobre el salmo CXVIII (Letra X, Iod, n. 4: En la creación, etc.).

91. Véase el número inmediatamente anterior, es decir, el nonagésimo, y la Disertación I. Donde puso, pues cuando Dios, etc., el escriba escribió de tal manera que también podemos leer, pues lo que Dios.

92. Atribuye otra fecundidad a la tierra, cuando de ella se formó el cuerpo del hombre: por esta razón, el hombre a veces ha sido llamado fruto de la tierra, y de la tierra terrenal por el Apóstol Pablo (I Corintios XV, 47, etc.). La misma etimología del nombre Adán lo denota.

93. Estas palabras tienen cierta dificultad. ¿Qué significan esas palabras después de lo divino? Sospecho que, por la negligencia del escriba, algún error se ha deslizado aquí: pues

en el ejemplar primitivo fácilmente se pudo leer después de lo humano (es decir, terrenal) lo divino faltaba, es decir, la creación del alma humana, que Hilario llama divina en otro lugar (En el salmo CXVIII, letra X, n. 7, pág. 337 tom. I). Pero si quieres, y no ha habido error aquí, puedes decir que se indica aquí aquella especie y forma humana, de la cual hablaré más extensamente en otro lugar, pues era una especie divina, aunque refiriéndose al hombre. O también puedes decir que con la palabra divina, quizás se denota el Cielo Empíreo, que a veces se llama Sede de Dios, o más bien los Ángeles, que por Job, y por otros, e incluso por el mismo Hilario son llamados Hijos de Dios (Véase la anotación 38): de modo que estas palabras tendrían este sentido: Después de que ya había creado a los Ángeles, espíritus puros, finalmente creó al hombre, que no solo consta de espíritu (por lo cual se dice que su origen es celestial), sino también de cuerpo formado de la tierra.

94. Este ser (es decir, el hombre) puede ser llamado con toda propiedad nacido de nuevo, porque, dejando de lado por ahora, se menciona dos veces en la Escritura sobre su formación y, si así queremos llamarlo, nacimiento, lo cual indica en la segunda mención de su creación, o nacimiento y formación, la formación de Eva a partir de la costilla de Adán (Gén. I, 26, 27 y 28. Gén. II, 7, 22 y 23): para omitir eso, puede ser llamado nacido de nuevo en la medida en que antes existía como tierra, de la cual fue formado, cuya creación de la tierra fue el primer nacimiento de Adán (en la causa, es decir, en la materia precedente, como dicen los escolásticos). Pero cuando fue hecho un alma viviente (Gén. II, 7), entonces se le vio nacer de nuevo. De aquí que en otro lugar Hilario insinúa una triple perfección del hombre hecho y preformado, de las cuales una se refiere al cuerpo, otra al alma (y de estas dos hablamos aquí), y la tercera se refiere a la imagen de Dios impresa en el hombre, de la cual se hablará después. Ilustraré la presente opinión de Hilario con lo que enseña en los números 6 y 7 de los Comentarios sobre el salmo CXVIII, de los cuales recientemente hemos descrito algunos: menciona solamente dos orígenes del hombre; y advierte lo mismo que se enseña en este pequeño trabajo presente. He aquí las palabras de Hilario que mencioné. «La creación de todos los demás elementos fue instituida y efectuada en el mismo tiempo en que se les ordenó subsistir: ni el tiempo distingue su inicio y su perfección; pues la consumación se percibió en el inicio de lo que fue comenzado. Pero el hombre, al contener en sí una naturaleza interna y externa disonante una de otra, y siendo constituido como un animal partícipe de la razón a partir de dos géneros en uno, fue instituido con un doble inicio. Primero se dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Luego, en segundo lugar: y Dios tomó polvo de la tierra y formó al hombre. La primera obra no tiene en sí el origen de una naturaleza asumida de otro lugar. ¡Cuánto difiere la eficiencia de la segunda obra de la primera institución! Dios toma polvo de la tierra. Pues se toma polvo, y la materia terrena se forma en hombre, o se prepara: y de una cosa a otra se pule con la obra y el estudio del artífice. Por lo tanto, primero no tomó, sino que hizo: segundo, no lo hizo como el primero, sino que tomó; y entonces formó o preparó.»

95. ¿Aprueba aquí Hilario la opinión de aquellos que piensan que el cuerpo de Adán fue formado de una porción más noble, y, si se me permite decirlo, del florecimiento de la tierra recogida de varios y más excelentes lugares, o indica aquí algo diferente? Que el lector juzgue.

96. Hilario enseña lo mismo en otro lugar con otras palabras, a saber, estas (En el Sal. LXVII, núm. 22, pág. 229 del tomo I): «Quien primero nos infundió el alma para el aliento y la respiración de la vida, cuando constituyó al hombre según su imagen y semejanza, de los tesoros de su poder y divinidad. Según el Apóstol, somos de su linaje: y según el mismo, todas las cosas son de él, y por él, y en él: para que en él se muestre nuestra morada y

residencia, mientras abarca todo con el inmenso poder de su virtud; por él se muestre la obra y el efecto del origen iniciado, cuando en nosotros operó lo mismo que somos; de él se conozcan los inicios de la vida otorgados a los principios del espíritu. No fue, por lo tanto, ajeno a la beneficencia de la bondad divina, que quien de sí mismo nos otorgó los elementos de vida y espíritu, siendo de su linaje. En otro lugar (En el Sal. LXIII, n. 9) había enseñado que el alma no es terrena, sino que surgió del aliento de Dios, mezclándose con los elementos del cuerpo.»

97. Véase la disertación I adjunta a estas anotaciones.

98. Quiere expresamente al Padre como consorte en la creación del hombre, y, si así queremos llamarlo, como cocreador, ya que al enumerar la creación de todas las demás cosas, no menciona al Padre en absoluto. Lo mismo, pero mucho más copiosamente, lo enseña en los números octavo, noveno y décimo del libro V sobre la Trinidad, a los cuales remito al lector. Pero, ¿por qué, pregunto, aquí invoca al Padre, quien parece atribuir las demás cosas solo al Hijo? Podemos repetir eso, si queremos, de la imagen impresa en el hombre; pues Hilario la llama expresamente imagen del Padre. Aunque no es solo imagen del Padre, sino de toda la Trinidad, como indican aquellas palabras: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. ¿O también lo repetimos de que el hombre es una obra peculiar y excelente de la omnipotencia, uniendo en sí todo lo que el cuerpo y el espíritu tienen de excelencia y dignidad? (La obra de la omnipotencia, por cierto, se refiere especialmente al Padre). Que el lector juzgue. Ciertamente consta que Teodoreto (Cuest. XIX en Génesis), a quien Petavio cita por eso (De Opific. II, 2, 4), enseñó lo mismo que aquí Hilario. Afirma, a saber, que Dios Padre, al prever que su Hijo asumiría alguna vez la naturaleza y sustancia de aquel hombre que estaba formando, fabricó a Adán como el origen y fundamento del género humano con sus propias manos. Consulta al mismo Teodoreto, te lo ruego.

99. Esta expresión: para que la tierra no prescribiera la inmortalidad, es del número de aquellas en las que Hilario parece imitar a Tertuliano. Aquí aporta la razón por la cual el hombre, aunque constituido con un cuerpo disoluble, fue hecho inmortal por Dios: porque, a saber, las manos inmortales (suplir, de Dios) formaron al mismo hombre. Lo que denotan las manos de Dios, se puede entender fácilmente si se recurre a esa especie y forma humana, de la cual hablaremos copiosamente en la disertación anterior, o se consultan las enseñanzas de Hilario al ilustrar con comentarios el salmo CXVIII. Véase n. 3, 4 y 5 de la letra X, o Iod. Sin duda, aquí Hilario se refiere a dos lugares de la Escritura (Job X, 8): Tus manos me hicieron y me formaron, etc. (Sal. CXVIII, 73). Tus manos me hicieron y me formaron, o, como lee Hilario, me modelaron, me prepararon. Después de esas palabras constituyeran al hombre, aparece una pequeña interrupción en el código: pero es tan mínima que la he despreciado; y en verdad, sin ninguna interrupción, el sentido permanece completo.

100. Sobre la imagen impresa por Dios en el hombre, y sobre la semejanza que recibirá después de la muerte, si muere aceptado por Dios, Hilario advierte muchas cosas, que, como requieren no poco esfuerzo, las relegaré a una disertación particular.

101. Se refiere a ese lugar de Juan (1 Epíst. III, 2): Amados, ahora somos hijos de Dios; y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es. Lo que aquí Hilario dice brevemente, en otro lugar lo expone copiosamente, concluyendo así el undécimo libro sobre la Trinidad (pág. 406 del tomo II): «Sin embargo, avanzaremos en la gloria conforme a nuestro hombre, y renovados en el conocimiento de Dios, seremos reformados a la imagen del Creador, según el dicho del Apóstol: Despojados del viejo hombre con sus actos, y revestidos del nuevo, que se renueva

en el conocimiento de Dios según la imagen de aquel que lo creó. Así se consuma el hombre imagen de Dios. Pues hecho conforme a la gloria del cuerpo de Dios, excede en la imagen del Creador, según la disposición de la figura del primer hombre. Y después del pecado, y del viejo hombre, hecho nuevo en el conocimiento de Dios, obtiene la perfección de su constitución, reconociendo a su Dios, y por eso su imagen: y avanzando en la religión hacia la eternidad, y por la eternidad permanecerá imagen de su Creador.»

102. Si alguien compara esto con lo que Hilario escribió en el Salmo CXVIII (letra X, n. 8), y más claramente en el Salmo CXXIX (n. 3, y siguientes), inmediatamente, creo, admitirá que es el mismo autor de esta nuestra Epístola y de aquellos comentarios. Tomaré algunos fragmentos, que, a menos que me equivoque completamente, mostrarán claramente lo que afirmo. He aquí aquellos (En el Sal. CXXIX, n. 3, pág. 492): «Y primero debe entenderse que Dios es incorpóreo, y no consiste en ciertas partes y funciones de miembros, de las cuales se forma un cuerpo. Pues leemos en el Evangelio que Dios es espíritu, invisible, ciertamente, y una naturaleza inmensa, que permanece en sí misma y es eterna. También está escrito que el espíritu no tiene carne ni huesos. Pues de estas cosas consisten los miembros del cuerpo, de las cuales la sustancia de Dios no necesita. Pero Dios, que está en todas partes y en todo, escucha todo, ve todo, hace todo, camina todo, y esto lo aprendemos de las Escrituras, cuando se dice, Yo soy un Dios cercano, y no de lejos; y de nuevo: Porque en él vivimos, nos movemos y somos. La virtud de Dios, que es igual e indiscreta, tiene nombres de funciones y miembros, de modo que la virtud con la que ve, son los ojos, la virtud con la que escucha, son los oídos; la virtud con la que hace, son las manos; la virtud con la que está presente, son los pies: Las diversidades de funciones de esta virtud... se realizan por el poder que actúa. Por lo tanto, Dios está en todas partes, y está presente en todas partes, escucha, ve, hace.»

Mucho antes que Hilario, Ireneo había escrito esto (lib. I, cap. 12, n. 2, alias cap. 6): «El Dios de todos, que tan pronto como piensa, realiza lo que ha pensado: y tan pronto como quiere, y piensa lo que ha querido... siendo todo pensamiento, y todo sentido, y todo ojo, y todo oído, y toda fuente de todos los bienes.» Lo mismo inculca con estas palabras (l. II, contra herejías cap. 13, n. 3; antes cap. 16): «Porque el Padre de todos difiere mucho de las afecciones y pasiones que provienen de los hombres, y es simple, no compuesto, y semejante a sí mismo, y todo él es igual a sí mismo; siendo todo sentido, y todo espíritu, y todo sensibilidad, y todo ennaea, y todo razón, y todo oído, y todo ojo, y todo luz, y toda fuente de todos los bienes, como es piadoso y religioso decir de Dios.» Enseña cosas similares. Y de nuevo en otro lugar (cap. 28, n. 4 y 5, antes cap. 47 y 48): «Pero Dios, siendo todo mente, todo razón, y todo espíritu operante, y todo luz, y siempre el mismo... Dios, siendo todo mente, y todo Logos, etc.» Cirilo de Jerusalén parece copiar a Ireneo cuando dice esto (Catech. VI, num. 7): «Nos basta para la piedad saber solo esto, que tenemos un Dios, un Dios que existe, que existe desde la eternidad, siempre igual a sí mismo... que, aunque tiene muchos nombres, puede todo, y es de sustancia uniforme... No viendo en parte, y en parte privado de visión: sino todo ojo, y todo oído, y toda mente.» Teodoreto imita a estos al ilustrar con comentarios el Salmo CXXIX (vers. 2: Que tus oídos estén atentos, etc.): dice esto: «Aunque usaron palabras de manera humana, sin embargo, saben que la divinidad es incorpórea, y llamó oídos al poder de escuchar, y ojos al poder de ver: ya que nuestros ojos tienen el poder de ver, y a los oídos se les ha confiado el poder de escuchar. Pero Dios, con el poder con el que escucha, también ve; y con el que ve, también escucha.»

103. Hilario previene una objeción que podría surgir en la mente de alguien menos instruido. A saber, si el hombre difiere tanto de Dios, ¿en qué parte del hombre se puede situar la imagen de Dios? Previene, digo, advirtiendo que hay dos partes del hombre, cada una de las

cuales podemos llamar hombre por sinécdoque, la interior y la exterior, en la primera de las cuales se encuentra esa imagen de Dios que mencionamos.

104. Véase lo que dijimos en n. 100 y 101.

105. Mientras: es decir, siempre que. Además, en esas palabras, sin fin, hay un error manifiesto. Pero no sé cómo corregir ese lugar. Sospecho que algunas pocas palabras comprendidas en una línea fueron eliminadas imprudentemente por un copista, de modo que ahora debería leerse, y sin... al final (es decir, al final de la vida, o en la muerte) haya sido comprobado. También sospecho que antes se leía sin ficción; de modo que Hilario exige con razón que la profesión exterior de piedad corresponda a la piedad interior. También he sospechado que originalmente se leía sin infide: pues no dudo que alguna vez se usó esta palabra, y de ella proviene infidus, así como de infidelidad infidelis. Sin embargo, como estas son meras sospechas, no quise cambiar nada en el mismo escrito de Hilario. Que el lector corrija a su gusto. Si alguien desea buscar confirmación de lo que aquí se enseña, que acuda a los lugares que, por brevedad, noto al pie de la página. Además, en las Escrituras esto se inculca a menudo, como en Luc. IX, 62; Mat. X, 22; de nuevo XIX, 17, y XXIV, 13; Heb. XII, 7, etc.

106. Aquí Hilario dirige su atención a esas palabras del Eclesiástico (XV, vers. 14): «Dios desde el principio constituyó al hombre, y lo dejó en la mano de su consejo. Añadió sus mandamientos y preceptos. Si quieres guardar los mandamientos, te conservarán, y en perpetuo hacer una fe agradable. Te puso agua y fuego: extiende tu mano a lo que quieras. Ante el hombre están la vida y la muerte, el bien y el mal: lo que le plazca, se le dará, etc.» Si deseas ver esto expuesto con un estilo más abundante y elegante por Hilario, ve al número 16 de los Comentarios sobre el salmo II (pág. 39 tom. I, Pero quien es perfecto y bueno, etc.).

107. Mientras enseña esto Hilario: «para que el hombre grande y libre de la ley no se igualara a todos los animales,» creo que se refirió a ese lugar del salmo XLVIII (v. 13 y 14): «El hombre, estando en honor, no entendió, fue comparado a las bestias insensatas, y se hizo semejante a ellas.» Quizás también se refirió a esas palabras del libro de Job (cap. XI, 12): El hombre vano se eleva en soberbia, y como el pollino del asno salvaje se cree libre. Lo que advertimos en la anotación anterior, las palabras siguientes: añadida la amenaza después de la ley, etc., lo ilustran en parte. Pero sin duda insinúa el Santo Doctor esas palabras del Génesis (cap. II, 16): Y le mandó (el Señor) diciendo: De todo árbol del paraíso come: pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas: porque el día que comieres de él, morirás.

108. Los intérpretes aquí notan que la mujer, sacada de la costilla de Adán, fue llamada antes Ishah, un nombre común a todas las mujeres: pero después del pecado fue llamada Eva, con lo cual se indica que Dios le preservó la vida después de su pecado: también se indica la esperanza concebida por Adán de que a través de ella se engendrarían y alimentarían hombres, por los cuales se propagaría el género humano. Véase a Calmet. Sin embargo, este vocablo conviene más a María Santísima que a Eva, incluso se dice que conviene a Eva solo porque fue un tipo de María, enseña Epifanio (Heres. 18, num. 18 y 19).

109. Que a Eva se le había prescrito no comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, lo entendemos claramente del capítulo III del Génesis (Vers. 1 y sig.). Además, es cierto y fácilmente demostrado por el evento que la misma Eva habría sido partícipe de la recompensa prometida a Adán si hubiera permanecido en la inocencia. Pues si por eso fue sujeta a pena, porque cometió pecado, ciertamente habría sido partícipe de la recompensa si hubiera evitado el crimen. Los Padres advierten, además, que en casi todas las Escrituras,

donde se mencionan los preceptos impuestos a nosotros y se proponen las recompensas, solo se menciona al hombre, ya sea porque bajo el género de hombre se comprende a ambos sexos, o porque, siendo el hombre la cabeza de la mujer, solo él se nombra, aunque los preceptos también afecten a las mujeres y las mismas recompensas se les propongan a ellas. Hermosamente Cipriano (De habitu Virgin.) al ilustrar con comentarios esas palabras del Apocalipsis (Cap. XIV, 4): Estos son los que no se contaminaron, dice: «Porque el Señor no promete la gracia de la continencia solo a los varones, y pasa por alto a las mujeres: sino que, como la mujer es parte del hombre, y de él fue tomada y formada, en casi todas las Escrituras Dios habla al primer hombre, porque son dos en una carne, y en el varón se significa también a la mujer.»

110. Consulta los lugares de las Escrituras que anoté en el margen de la misma epístola. En cuanto a esa palabra Sermón, con la que se significa el Verbo Divino unigénito del Padre de Dios, véase lo que dijimos en el núm. 20. Si esas palabras, es decir, hijo, son un glosa de un escritor que se deslizó desde el margen en la misma epístola, o provienen del mismo Hilario, que el lector lo juzgue. La última parte de esta sentencia, pues es libre para ellos no pecar, etc., la ilustran lo que enseñamos en n. 106; también lo que Petavio y otros teólogos e intérpretes enseñan al discutir sobre la Obra de los seis días.

111. Para estar más seguro sobre este asunto, consulta a los teólogos que discuten en un tratado particular sobre la Obra (o sobre la obra) de los seis días, también a los intérpretes, y entre otros a nuestro Steuco Eugubino, quien ilustra esta sentencia con una elegante similitud (en Cosmopoeia).

112. Aquí Hilario aporta la razón por la cual heredamos el pecado original, porque, a saber, derivamos de Adán, en cuya voluntad el Señor había constituido las voluntades de los descendientes: derivamos, digo, de Adán ya desobediente, y por lo tanto también culpable, quien arrastró consigo a sus descendientes a la perdición. Si quisiera tratar este argumento con la dignidad que merece, sería casi infinito: por lo cual remito al lector a los teólogos que lo discuten copiosamente. Si alguien desea consultar los lugares de Hilario que conducen al presente asunto, que acuda a los que cito al pie de la página.

113. Si alguien duda sobre este asunto, consulte (para no mencionar otros) el capítulo IV del Génesis: verá a Dios buscando a Caín, culpable de homicidio, y exhortándolo al arrepentimiento. Especialmente memorables son estas palabras (Cap. IV, 7): "¿No es cierto que si obras bien, serás aceptado? Pero si obras mal, el pecado (es decir, el castigo del pecado) está a la puerta. Pero tú lo dominarás." Recuerda también lo que dijimos en el número 106. Si deseas aquí también la opinión de Hilario, lee, te lo ruego, lo que enseña en los Comentarios sobre el Salmo CXVIII (Letra XXII, n. 3 y pág. 412 tom. I, "De la Equidad", etc.).

114. Esto es indicado por el mismo Cristo cuando dice (Mat. XXIII, 37): "¡Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste!" No es necesario entender aquí por Jerusalén a sus habitantes; este término puede referirse adecuadamente al género humano, y específicamente al linaje de Jacob: pues si no se denotara al género humano en general, no habría sido apropiada la mención por Cristo de la sangre de Abel derramada por Caín. Hilario ofrece una explicación muy adecuada sobre este argumento en los lugares que indico al final de la página.

Pero, para no parecer que me apoyo solo en Hilario, añado a Agustín enseñando esto (lib. XII contra Fausto, c. 35): «El Verbo de Dios envió la ley por medio de su siervo, y no fue útil al género humano muerto en pecados; sin embargo, no fue enviada sin razón; pues Él la envió, sabiendo que debía ser enviada primero: Él mismo vino, se conformó a nosotros, participó de nuestra muerte, y fuimos vivificados, etc.

Pero sobre todo, Gregorio Magno trata este argumento de manera más abundante y elocuente, cuyas advertencias deseo que el lector no pase por alto. En efecto, comentando el capítulo XX de Mateo, explicando la parábola en la que el Reino de los Cielos se asemeja a un hombre padre de familia que contrató obreros para trabajar en su viña, ofrece enseñanzas que ilustran maravillosamente esta sentencia. Ve también a los intérpretes en el versículo 1 de la epístola a los Hebreos: "Dios, que en muchas ocasiones y de muchas maneras habló en otro tiempo a los padres por los profetas", etc.

115. El pecado de Adán, que todos contrajeron, lo insinúa claramente; y de ello Hilario toma ocasión para mostrar la necesidad de la encarnación del Señor y proclamar la piedad divina hacia el género humano, lo que hace en otros lugares y con frecuencia. ¿Quién de los hombres podría reconciliarnos con Dios, si todos pecamos en Adán y nacemos hijos de ira, hijos de venganza? Era necesario, por tanto, que el Hijo unigénito de Dios tomara nuestra carne, santo, inocente, inmaculado, separado de los pecadores (Hebreos VII, 26), y en ella satisficiera a Dios airado. Los teólogos discuten este argumento, y especialmente Petavio, quien cita a muchos Padres al respecto (lib. II, de Incarnat., cap. 12, 13 y 14). Aquí cito a Ambrosio diciendo: «Él es el único que redime al hombre venciendo a sus hermanos con piedad, porque derramó su sangre por los extraños, lo que nadie puede ofrecer por su hermano... pero ¿por qué solo él redime? Porque nadie puede igualarlo en piedad, para poner su vida por los siervos: nadie en integridad, pues todos están bajo pecado: todos están sujetos a la caída de aquel Adán: solo el Redentor es elegido, quien no puede estar sujeto al pecado antiguo.

116. En cuanto a la sentencia anterior: "para que el diablo no triunfara por completo", denota aquellos tiempos anteriores a la encarnación, en los que ciertamente el demonio parecía triunfar: tanto estaban todas las cosas cubiertas de vicios y envueltas en las tinieblas de la idolatría. Pablo lo indica a menudo, como cuando dice (Tito III, 3): "Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, incrédulos, errantes, sirviendo a deseos y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, odiosos, odiándonos unos a otros. Pero cuando apareció la bondad y el amor de Dios nuestro Salvador: no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia nos salvó por el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo, que derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador: para que justificados por su gracia, seamos herederos según la esperanza de la vida eterna." Pablo enseña lo mismo en los versículos 9 y 10 del capítulo I de la segunda epístola a Timoteo: "Quien (Dios) nos salvó", etc.

En cuanto a la otra parte, "pues ese es su nombre", todos notan que este término "Diablo" significa "acusador" o "autor de crímenes".

Finalmente, la tercera parte, "después de que envidió al hombre", alude a ese lugar del libro de la Sabiduría (Sab. II, 24): "Pero por la envidia del diablo, la muerte entró en el mundo"; también alude a esas palabras de Pablo (II Cor. XI, 3): "La serpiente engañó a Eva con su astucia", y otras similares. Aunque algunos enseñan expresamente que Lucifer envidió al hombre desde su misma creación: pero ciertamente enseñan que lo envidió ya creado, aquellos que Petavio cita (De Angelis l. III, 2, 16, 17, etc.). Consúltalos, te lo ruego: a los que

añade Crisóstomo en el lugar que se cita al final de la página (Homil. XXII en Génesis, num. 2, pág. 195 tomo II ed. Montfaucon).

117. Lo que acabamos de traer de las Epístolas de Pablo puede referirse convenientemente aquí.

118. Aquí Hilario comprende estrictamente las razones por las cuales el Verbo de Dios se encarnó. Y la primera es que era conveniente que el hombre caído fuera restaurado por el Hijo, por quien el hombre había sido creado. Atanasio, Hilario, Cirilo, Agustín, Fulgencio, Crisólogo, el Papa León, Alcuino e Ivo de Chartres inculcan la misma razón en los lugares que Petavio cita (De Incarnat. II, VI, 16, y nuevamente cap. XV, num. 2, 3 y 4). Para no parecer que omito a todos, traigo las palabras de León (Serm. XII de la Pasión, cap. 2): «En esta inefable unidad de la Trinidad (dice León) cuyas obras y juicios son comunes en todo, la persona del Hijo asumió propiamente la reparación del género humano: para que, puesto que él es por quien todas las cosas fueron hechas, y sin quien nada fue hecho, y quien animó al hombre formado del barro de la tierra con el soplo de vida racional, él mismo restaurara nuestra naturaleza caída desde la altura de la eternidad, devolviendo la dignidad perdida, y siendo también el reformador de lo que era su creador, dirigiendo así su consejo a la ejecución, para que al destruir el dominio del Diablo usara más la justicia de la razón que el poder de la virtud.»

119. Temo que haya un error en esas palabras, "tolerar pacientemente al hombre", y que deba leerse "sacar al hombre del poder del demonio sufriendo", o algo similar, que signifique la redención realizada por la pasión. Sin embargo, estas mismas palabras pueden tener algún sentido loable. Cristo, en efecto, soportó pacientemente las debilidades humanas, y llevó sobre sí los pecados de los hombres, y los cargó en el madero, y tanto se compadeció de nosotros, que, mientras sufría cualquier extremo por parte de los hombres, exclamó al Padre: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Luc XXIII, 34). A menos que quizás quieras que estas palabras de Hilario tengan el mismo sentido que esas oraciones muy comunes de la Iglesia: "Dios, que manifiestas tu omnipotencia principalmente perdonando y teniendo misericordia", etc. Sea como fuere, lo que sigue sobre las potestades de este siglo superadas, la muerte vencida, y las demás cosas que Hilario prosigue, se ilustran con los lugares de los Padres que indiqué en la anotación 115; y la centésima decimoctava se ilustra con lo que sigue: "quien había sido partícipe con el Padre en la creación del hombre". Ve también lo que alegamos en las anotaciones 100 y 101. Para confirmar esas palabras de Hilario, "quien también podía ocultarse en el hombre, y perfeccionar y mostrar las virtudes del hombre mezclado con Dios", escucha a Agustín en la misma sentencia diciendo (en el Salmo LVIII, 7): «Por tanto, el hombre (entiende, Cristo, o el unigénito de Dios hecho hombre) se acercó a todas esas pasiones, que en él no tendrían valor, si no fuera hombre. Pero si él no fuera hombre, el hombre no sería liberado. El hombre se acercó a un corazón profundo, es decir, un corazón secreto, presentando a los ojos humanos al hombre, guardando dentro a Dios: ocultando la forma de Dios, en la cual es igual al Padre, y ofreciendo la forma de siervo, en la cual es menor que el Padre.» No quiero que pienses, además, que las palabras anteriores favorecen a los nestorianos o a los eutiquianos: a los nestorianos aquellas, "quien también podía ocultarse en el hombre"; a los eutiquianos las siguientes, "y el hombre mezclado con Dios". Recuerda, te lo ruego, en qué tiempos escribió Hilario estas cosas; ciertamente mucho antes de que surgiera la herejía de Nestorio y Eutiques, y por lo tanto en tiempos en que era seguro usar estas locuciones más libres. Por lo tanto, no es de extrañar que las use. Y esos lugares, en los que los antiguos Padres llaman "hombre" a la naturaleza humana asumida por el Verbo, son tan frecuentes que cansa enumerarlos. Aquellos, en los

que usan la palabra "mezclado" para denotar la unión del Verbo con la naturaleza humana, no indican otra cosa que la unión del Verbo Divino con la naturaleza humana.

120. Consulta los lugares de la Escritura que indiqué al final de la epístola.

121. Casi todos los antiguos Padres dicen que el parto virginal de Cristo fue oculto al Demonio; pero la causa de este divino consejo a menudo no la mencionan. Hilario aquí presenta dos muy probables, de las cuales la primera es: para que el Demonio no temiera tentar a Cristo, a quien ciertamente no habría tentado si hubiera sabido que era Dios: y para que la victoria que Cristo obtuvo sobre el demonio apareciera más claramente, pues menos parecería vencedor del diablo si el diablo fuera vencido sin su acceso y tentaciones. Por lo tanto, esas palabras, "y menos postrado", podemos entenderlas añadiendo o al menos entendiendo la partícula "no": es decir, "y para que no menos postrado", etc. Sin embargo, también podemos entenderlo de manera que la sentencia persista por sí misma.

122. La primera parte de esta sentencia alude a lo que Lucas enseña sobre el concepto virginal de Cristo. La segunda parte ofrece la razón por la cual Cristo permaneció tanto tiempo entre los hombres; para que, a saber, con sus enseñanzas y milagros, tanto precedentes a su nacimiento como realizados por él, comprendiéramos su divinidad, concurriendo a la misma testificación el anuncio de los ángeles, y sus cánticos, la llegada de los magos, las antiguas profecías, las profecías de Simeón y Ana la profetisa, y los testimonios de Juan el Bautista. Parte de esto lo menciona Hilario en los números 26 y 27 del libro II de la Trinidad, lugares que te ruego consultes. Para no disimular nada, sospeché alguna vez que debía leerse "aprendieran finalmente todas estas cosas", etc. O, "para que todos aprendieran a llevar a Dios", es decir, a someterse a la ley de Cristo. Si es correcto, que lo juzgue el lector.

123. Corregí dos cosas que encontré alteradas en el códice: se lee en él "perterriti", cuando sin duda debe leerse "praeteriti", es decir, aquellos que precedieron la venida del Señor. También se lee: "Quibus hoc his oculis", etc., omitiendo el verbo "videre" o "inspicere". Si alguien quiere oponer los ojos de la mente a los ojos del cuerpo, puede retener la palabra "his", siempre que añada el verbo "videre" o "inspicere". Hilario enseña aquí dos cosas: primero, que la venida del Señor Cristo fue predicha en la ley y los profetas; segundo, por qué fue predicha; y de la última aduce dos causas, de las cuales la primera afecta a los presentes, la otra a los pasados. Así, quiere que esta venida haya sido predicha mucho antes, para que los presentes no se negaran a creer algo tan maravilloso, ya que hacía tiempo que se conocía por predicciones tan ciertas y claras. Y fue predicha a aquellos que precedieron la venida del Señor Cristo, para que creyeran en el Mesías venidero y esperaran obtener la salvación de él: de ahí esas frecuentes voces (Isaías LXIV. 1): "¡Ojalá rasgaras los cielos!", etc. "Rocién, cielos, desde arriba", etc. (Isaías XLV, 8), y otras similares. Incluso Cristo mismo testificó alguna vez (Juan VIII, 56, "Para ver mi día") que Abraham deseó ver su día: es decir, esos tiempos en los que el Unigénito de Dios, habiendo asumido un cuerpo humano, vivió entre nosotros, instruyendo al género humano con sus ejemplos y enseñanzas, y salvándolo con su muerte. Además, que la venida del Señor Cristo fue predicha hace mucho tiempo, lo muestran muchos, pero especialmente Cirilo de Jerusalén, cuyas Catequesis 12 y 13, te ruego, leas. Pero, ¿quién omitirá a Hilario, quien lo que aquí dice brevemente, en otros lugares lo expone con claridad? Indico algunos de los muchos. Son el número 13 de los comentarios sobre el Salmo LIV (Pág. 123 tomo I); el número 1 de los comentarios sobre el Salmo LXI (Pág. 161 tomo I); el número primero del comentario sobre el Salmo LXVI (Pág. 208 tomo I); el número vigésimo del comentario sobre el Salmo LXVIII (Pág. 253); el número primero del comentario sobre el Salmo CXXXI (Pág. 500); el número XXXVIII del libro IV de la Trinidad (Pág. 97 y 98 tomo II; y pág. 123 tomo I); y finalmente, para no

detenerme en cada uno, mientras explica los salmos, refiere gran parte de ellos a Cristo: lo que admitirá quien lea los mismos tratados de Hilario sobre los salmos. He traído algunas cosas sobre este argumento en las anotaciones sobre un sermón de San Autipatro, encontrado en la biblioteca Vaticana, que publiqué hace pocos meses (En el tomo XLIII de Opúsculos recopilados por el Padre Calogera). Ve allí la anotación 18 y las siguientes.

124. Después de las palabras "majestad y bondad suya", añadí la palabra "especie", ya que esta, u otra similar, falta en el códice. Luego, en el códice se lee "susceperant", pero creo que debe leerse "susceperat", y lo refiero a Cristo, quien vino a quitar los pecados del mundo. La sintaxis aquí parece un poco más oscura; pero no quise cambiarla, para no parecer demasiado audaz. Si falta algo, lo juzgará quien examine los períodos anteriores. El códice está escrito de tal manera que también puede leerse: "que si Dios... mostrara, quizás", etc.

125. Por "parto corpore" entiendo "asumido el cuerpo". Al final de la epístola he señalado los lugares de la Escritura a los que creo que Hilario dirigió su atención. Si intentara traer los lugares en los que los Padres persiguen lo mismo, sería casi infinito. Los intérpretes de las Escrituras y los teólogos, y especialmente Petavio (De Incarnat. lib. II, cap. 6, 1, etc.), señalan que la carne humana fue asumida por el Señor Jesús principalmente por dos fines, de los cuales el primero es instruirnos con sus ejemplos y enseñanzas; el otro, al soportar la muerte por nosotros, liberar al género humano del poder del demonio.

126. Indico al final de la epístola los lugares de la Escritura a los que creo que Hilario se refirió. Las palabras "per mortem hominis", ya que no estamos obligados a admitir que fueron corrompidas por el amanuense, explícalas como "por la muerte del hombre" (que el hombre sufrió en Adán, y para vencer la cual Cristo el Señor soportó la cruz); o, "muerte del hombre": pues Cristo murió de ese género de muerte que suelen sufrir los hombres. Refiera la palabra "Inmortal" a Cristo, quien, como Dios, era por sí mismo inmortal.

127. El lector debe consultar los lugares de la Escritura que indico al final de la epístola. También debe consultar a los Padres que Petavio cita sobre este argumento (De Incarnat. lib. II, cap. 6). Aquí me complace traer solo a dos, Hilario y Cirilo de Jerusalén (Catech. XIII y XIV), cuyos testimonios indico al final de la página. Recuerda lo que dijimos en los números 115 y 118. ¿Hay un error en esas palabras: "En la perdición del hombre, y la salvación", etc.? ¿Denotan que cualquier cosa que intentara el hombre para obtener la salvación sería inútil? Deseo el juicio de otros.

128. Recuerda lo que transmitimos en el número 119, para que comprendas la fuerza de esa locución: "triunfando el hombre con Dios".

129. Estas palabras, "porque quien se une a Dios, puede parecer morir, no puede perecer", han parecido un poco más oscuras a algunos. Se vuelven claras si las refieres a la muerte perpetua, que no sufrirán quienes permanecen unidos a Cristo. Si deseas referirlas a Cristo mismo, tienen el mismo sentido que esas palabras de Pedro (Hechos II, 24): "A quien (Cristo) Dios resucitó, habiendo soltado los dolores del infierno, ya que era imposible que él fuera retenido por él: porque David dice de él... Porque no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea corrupción": pues creo que la destrucción de la que Hilario hace mención aquí es lo mismo que la corrupción, de la que David y Pedro apartan a Cristo. Además, para comprender más profundamente los sentidos de Hilario, será útil consultar lo que el ilustre Monje de San Mauro, editor de las Obras de San Hilario, enseñó en el párrafo III de la prefación (N. 98 y sig., pág. 32 tomo I). En verdad, quien escuche esto admitirá que por esta palabra "destrucción" Hilario entiende exterminio (En el Salmo LXIII, n. 9): «Pero

quien predique la caída del alma con el cuerpo, escuchará que el alma no es terrenal, sino que se mezcla con los elementos del cuerpo por el soplo de Dios: y que la muerte no es destrucción, sino separación de ella del cuerpo.»

130. Después de aquellas palabras, tras extinguir al enemigo, añadí la vida al hombre, exigiéndolo así el mismo orden y la fuerza de la argumentación. Escucha, además, con cuánta elegancia y abundancia de palabras Hilario trata este mismo argumento en otro lugar (En el Salmo LXVIII, n. 14). «Cuando las naciones se hicieran coherederas, y concorporales, y copartícipes con Cristo... cuando la muerte, después de haber actuado en Dios, cesara; cuando la ley del pecado, que está en nuestra carne, fuera eliminada; cuando toda criatura, gimiendo, esperara la revelación de los hijos de Dios; cuando en la pasión del unigénito de Dios se consumara el efecto de todas las causas y orígenes antes de la constitución del mundo; juzgando al príncipe del siglo, redimiendo al hombre de la ley del pecado, liberando a las criaturas de la vanidad de la corrupción a la que habían servido, condenando a las iniquidades espirituales con la muerte del Señor, alabando a Dios en todo y por todos con el don de la eternidad y la claridad de nuestra inmortalidad. Todo esto lo cumplió la virtud de la resurrección: porque, al ser expulsada la muerte del género humano por las primicias de los muertos, se decretó la pena de muerte eterna para los autores de la muerte.» También había transmitido muchas cosas notables sobre el mismo argumento en el n. 6 y n. 19 del tratado sobre el Salmo LXVIII. Sin embargo, transmite cosas afines, por no decir las mismas, que nuestra carta tiene en el capítulo tercero de los comentarios sobre Mateo (N. 2, pág. 667). He aquí aquellas: «Con qué razón indica (los cuarenta días en los que Jesús ayunó y después tuvo hambre, insinúa Hilario), después de la conversación de cuarenta días, en los que después de la pasión iba a permanecer en el mundo, que tendría hambre de la salvación humana. En cuyo tiempo devolvió al Dios Padre el don esperado, el hombre que había asumido.» Pero, para que no parezca que cito únicamente a Hilario, indico a algunos otros Padres entre los muchos que tú, lector, puedes consultar, como Cirilo (Catec. XIV), Nyseno, Agustín, o algún otro autor del sermón 176 sobre el Tiempo, y León Magno.

131. Hubo algunos a quienes les hubiera gustado que Hilario hubiera hablado más explícitamente sobre la divinidad del Espíritu Santo; y esto lo comprendemos fácilmente a partir de lo que el doctísimo Monje de San Mauro, a quien debemos la edición de San Hilario, recopiló en el prefacio de los libros sobre la Trinidad (Num. 12). Pero Hilario, sin duda, afirmó la igualdad y consustancialidad del mismo Espíritu Santo con el Padre y el Hijo: lo admitirá quien preste atención a lo que se transmite en ese prefacio (Num. 15). Tampoco debilita esta persuasión la frase que utiliza en esta carta, a saber, que dejó al Espíritu Santo como su vicario. En efecto (como he señalado en otro lugar), Hilario escribió en un tiempo en el que aún no había surgido el error de Macedonio, que contaba al Espíritu Santo entre las criaturas: por lo tanto, escribió con un poco más de libertad, imitando (como a veces hace en otros lugares) a Tertuliano, quien escribió (Lib. de Praescript. Haereticor. c. 13): «La regla de la fe... Jesús Cristo... sentado a la derecha del Padre, envió la fuerza vicaria del Espíritu Santo, que actúa en los creyentes.» Si a Tertuliano, entonces completamente ortodoxo, se le permitió escribir esto, ¿por qué no se le permitió a Hilario, especialmente cuando fácilmente se puede deducir en un sentido católico y probable? Se dice, en este sentido, que el Espíritu Santo es el vicario de Cristo, porque con su íntima inspiración y aliento interno consoló a los Apóstoles, también los ayudó y dirigió, y, si quieres hablar así, los movió a las obras a las que Cristo los invitó con sus enseñanzas y ejemplos. También se dice que es el vicario de Cristo porque, con los dones infundidos en los Apóstoles, los hizo realizadores de milagros, como la autoridad y los preceptos de Cristo los habían hecho realizadores de esos mismos milagros. Por otras razones, se dice que el Espíritu Santo suple las funciones de Cristo, como que con la

abundancia de dones y la conformación plenísima a la voluntad divina infundida en ellos compensa la ausencia corporal y sensible de Cristo Señor; y por otras razones afines, por las cuales fue llamado otro Paráclito por el mismo Cristo (Juan XIV, 16 y 17). Hemos insistido hasta ahora en esa expresión: dejó al Espíritu Santo como su vicario. Pero para decir algo sobre esas palabras: Para que fuera auxilio y santificación para los hombres creyentes, creo que el tipo de gracia que los teólogos llaman actual se denota con la palabra auxilio; y el tipo que llaman habitual, con la otra palabra santificación. Y si afirmas que también se denota aquí el tipo de gracias que los mismos teólogos llaman gratis dadas, yo ciertamente no me opondré. Porque este mismo tipo de gracias es auxilio para la Iglesia y santificación, en cuanto denota santa, a la que así ayuda Dios, e invita a otros a que la ingresen y se hagan santos.

132. Es decir, hasta ahora hemos expuesto en orden nuestra opinión sobre Cristo.

133. Después de haber declarado suficientemente en las partes anteriores de esta carta su opinión sobre el Padre y el Hijo, Hilario pasa a la tercera persona de la santísima Trinidad, a saber, el Espíritu Santo, sobre quien inmediatamente proclama que también se debe creer en él: luego pronuncia sobre el mismo Espíritu Santo que inspirará y santificará con su sustancia todo lo que posteriormente suceda... Pero, ¿cuáles son (preguntarás) las cosas que sucederán después? ¿Es la Iglesia edificada en Cristo, como piedra angular que une a judíos y gentiles? ¿Son los sacramentos, y especialmente el bautismo, sobre cuyas aguas los Antiguos dijeron que el Espíritu Santo se movía? ¿Es el corazón del pecador, que en la conversión se dice que es creado, para indicar su renovación? Ambos pueden ser admitidos convenientemente. Se puede suplir lo que falta en el período con comunicación, o don, o algo similar, ya que aprendemos de lo que enseña Petavio que en la justificación el Espíritu Santo mismo se nos comunica. Lo que dije recientemente sobre el doble tipo de gracia, a saber, la actual y la habitual, me parece que se transmite nuevamente aquí con esas palabras: Y que inspirara y santificara, etc.

134. Que el lector recuerde que aquí Hilario revisa y explica con más detalle lo que resumió en la parte anterior de la carta. Tampoco considero conveniente ilustrar este pasaje más extensamente, ya que ya he enseñado lo que es muy adecuado para ilustrarlo. Recuerda, por lo tanto, lo que dije en los números 23, 24 y 30. Sin embargo, parece que aquí falta algo además de la palabra comunicación, que dije que debía añadirse.

135. Sobre la unidad del bautismo hablamos en el número 25. Además, que por el bautismo se borran los pecados es indudable y manifiestamente demostrado por los teólogos. Hilario, que aquí abarca brevemente los principales puntos de nuestra fe, cita un único testimonio de la Escritura, que en nuestra Vulgata se lee así en su totalidad: Lo que ahora os salva, el bautismo de forma similar: no la eliminación de la suciedad de la carne, sino la respuesta de una buena conciencia hacia Dios por la resurrección de Jesucristo.

136. Recuerda lo que anoté en el número 27.

137. Pensé en algún momento que aquí faltaba algo; pues no parece inmediatamente que las palabras anteriores (a saber: después de esto, el orden exige creer en la resurrección de los muertos en la misma carne) se conecten con las siguientes. Sin embargo, se conectan, y lo explico así: Se debe creer en la resurrección de los muertos; porque por la separación del alma del cuerpo no perece, ni el hombre desaparece por completo, sino que, por el sabio consejo de Dios que todo lo prevé, después de la muerte permanece para resucitar y ser juzgado en el tiempo establecido. Y si piensas que hubiera sido mejor para el hombre no ser

eterno que serlo, debes saber que Dios, antes de crear al hombre, sabía bien qué sería mejor. Por lo tanto, si lo creó eterno, se debe decir que eso era lo mejor. Lo que diremos a continuación confirma esta misma explicación. Añadí la palabra Dios (Dios es presciente), que falta en el códice, para que la sentencia tuviera sentido.

138. Hombre que se hace: es decir, que consta; a menos que prefieras leer que es; es decir, que es: porque Hilario a menudo usa el subjuntivo por el indicativo (como dije en otro lugar). Para llegar a la misma sentencia, Hilario pasa de la razón teológica a la Escritura, y cita el libro de la Sabiduría, que también atribuye a Salomón (en cuanto se recogen en él las sentencias de Salomón), y lo considera apto para demostrar lo que está tratando, por lo que lo juzga canónico. En la Vulgata, sin embargo, ese pasaje se presenta así: Dios creó al hombre para la incorruptibilidad. Si aquí falta algo, también tomado de la Escritura, para confirmar lo que estamos tratando, que lo juzgue el lector. En verdad, esas palabras, pondré algunos ejemplos, parecían requerir al menos dos pasajes que se adujeran.

139. Mi sospecha, que acabo de indicar (a saber, que aquí falta algo), se ve aumentada por esas mismas palabras que se citan del Génesis: parecen indicar otras palabras de Hilario, que advertirían al lector que el hombre, al pecar, se privó a sí mismo de la inmortalidad del cuerpo: por lo cual Dios prohibió que comiera del árbol de la vida, por el cual se evitaría la muerte. Además, dudo si esas palabras, para que permaneciera inmortal, fueron alguna vez un glosa de aquellas palabras, Dios creó al hombre para la inmortalidad, que pasó del margen al texto mismo de la carta; o si más bien Hilario mismo establece con estas que, aunque al pecar el hombre incurrió en la disolución del cuerpo, y por lo tanto en este sentido en la muerte, aún así permanece inmortal, en esa parte que es el hombre interior (V. n. 103), y que fue constituida inmortal absolutamente, o, como dirían los escolásticos, independientemente de cualquier condición. Me gusta más esta última interpretación.

140. En el códice se lee qué, donde yo he sustituido la palabra quién (¿Qué? sino el hombre, etc.). Si el lector quiere retener la primera, que la retenga por mí, siempre que esa palabra concuerde con las demás. Esas palabras, el hombre, que había sido hecho inmortal por Dios, denotan al hombre interior, es decir, el alma (Véase n. 103); pues esta es inmortal por naturaleza, pero el cuerpo lo es por gracia, de la cual cayó al pecar.

141. Después de esas palabras: ya estaba en la transgresión, en el códice se añaden estas, poseído por el pecado, que eliminé, porque son una glosa manifiesta de las palabras precedentes, ya estaba en la transgresión, que se deslizó del margen al texto mismo de la carta. A las palabras anteriores, que comienzan: Pero creo, etc., les atribuyo este significado: Si acaso al lector le inquieta que el hombre haya sido prohibido de tomar del árbol de la vida, sepa que eso se hizo para su propio bien. En efecto, ya era culpable del crimen cometido. Por lo tanto, si hubiera accedido al árbol de la vida, cuyo consumo le habría prolongado la vida; ni habría conocido su culpa, ni habría dirigido su esperanza hacia Cristo encarnado, y por lo tanto no habría borrado su misma culpa con dolor, castigos y penitencia. Por lo tanto, se le hizo un favor al ser prohibido de comer del árbol de la vida. Antes que Hilario, Novaciano había transmitido esto, si es él el autor del libro sobre la Trinidad, que se le atribuye (c. 1): «Porque lo que se requiere no viene de la ignorancia, sino que muestra la esperanza del hombre de la futura invención y salvación en Cristo: y que, al ser impedido de tocar el árbol de la vida, no desciende de la envidia maligna, sino para que, viviendo eternamente, a menos que Cristo hubiera perdonado antes los pecados, no llevara consigo para su castigo un delito inmortal.» Si deseas ver la antigua queja sobre el hombre impedido de comer del árbol traída y brevemente refutada por Hilario en otro lugar, consulta el pasaje que indico al final de la

página (En el Salmo CXVIII, letra XVI, n. 9, p. 380 t. I, Cuando Adán fue expulsado del paraíso, etc.).

142. Creo que este es el sentido de la sentencia anterior: Por lo tanto, se le hizo un favor y se le proveyó útilmente al hombre, que es la verdadera obra de Dios (Véase n. 97, etc.), para que, al verse obligado a sufrir una disolución temporal, al ser expulsado el mal por los méritos y la gracia de Cristo, sea levantado a la vida, es decir, por la resurrección de la que había hablado antes (V. n. 136).

143. Temo que aquí falte algo. Sin embargo, el sentido aún persiste, aunque no falte nada. En efecto, podemos interpretar esta sentencia así: es decir, el hombre siempre permanece, ya sea porque permanece el hombre interior (el alma, que no se disuelve); o (lo que sin embargo recae en lo mismo) porque, aunque el cuerpo haya perdido la inmortalidad, el alma no la ha perdido.

144. Hilario responde a la objeción que dicta la misma experiencia (pues todos morimos): y niega que realmente, o completamente, perecemos, sino que solo nos separamos: pues el alma individual persiste, y el cuerpo resucitará en el tiempo establecido por Dios, y asumido por el alma se presentará ante Cristo juez. ¿Cuál es la fuerza de estas palabras, no perecer el hombre, sino separarse, lo comprenderás a partir del número 129. Recuerda, por favor, esas palabras: «Quien predicará la desaparición del alma con el cuerpo, escuchará que el alma no es terrenal, sino que, surgida del aliento de Dios, se mezcla con los elementos del cuerpo: pero la muerte no es la desaparición, sino la separación de ella del cuerpo.»

145. En el código se lee de esta manera: pero teme ser reservado para el juicio de la resurrección de Dios: un error, a mi juicio, manifiesto: pues sin duda se debe leer, ser reservado para el juicio del día de la resurrección. Además, eliminé la palabra teme, porque todos los antiguos, cuando se trata del juicio divino, inculcaron el temor: de ahí que se añadió una nota, creo, en el margen, teme, o, si quieres, teme, que del margen se deslizó por la ignorancia del amanuense en la misma carta. Quienes están acostumbrados a recorrer los antiguos códigos, se encuentran con esto muy a menudo. Ahora vengo a la misma sentencia. En verdad, estas son oscuras: ni asumir las materias de las que está fabricado el cuerpo. ¿Rechaza aquí la opinión de aquellos que pensaban que después de la muerte las almas retomaban los cuerpos anteriores, y por eso inventaban los Dioses manes y los Dioses lemures? ¿O más bien enseña que el hombre, cuando resucite, no tendrá un cuerpo de ese tipo del que fue constituido originalmente? ¿Quién dirá que tendremos un cuerpo de barro, cuando el cuerpo humano fue fabricado del barro, y el Apóstol advierte que los queridos de Dios serán transformados en la resurrección, es decir, que tendrán un cuerpo mucho más excelente?

146. Da la razón por la cual todos, sin excepción alguna, nos presentaremos ante el juicio divino: pues ya que el Señor Jesús murió por todos y fue elegido juez de todos, tanto de hombres como de ángeles, no habrá nadie que pueda escapar de su juicio, que por eso será universal y último.

147. Quizás la palabra pues se usa aquí de la manera en que a menudo se usa en las Escrituras; es decir, que no da la razón de lo dicho anteriormente, sino que hace las veces de la partícula Y. La palabra expingi (si no hay error del amanuense aquí) se debe entender como si Hilario hubiera tomado esas palabras de Pablo: Porque todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho en el cuerpo, sea bueno o malo (II Cor. V, 10), como si esa palabra reciba fuera lo mismo que represente, o

exhiba, de modo que nuestras obras, sean cuales sean, sean conocidas por todos, ya sean buenas o malas. Esas palabras, según su voluntad, o denotan la predestinación, o indican que aquellos que hicieron obras rectas hicieron lo que Dios más desea: porque esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación, dice Pablo. Además, lo que se dice al final: de donde nos esforzamos, etc., es una exhortación que se sigue de lo dicho anteriormente, y muy adecuada para animar a los hombres a hacer obras rectas. Recuerda también, si quieres, lo que transmitimos en los números 8, 27 y 28.

148. Superadas las dificultades, aún queda un largo camino, aunque menos áspero. Habiendo transmitido y explicado en las dos partes anteriores de la carta los dogmas de la fe ortodoxa, Hilario se dirige correctamente a la recta instrucción de las costumbres de las personas (Ahora, pues, tratemos sobre la persona), dividiendo su instrucción en cinco partes, de las cuales la primera se dirige a los ricos y pobres. La segunda a hombres y mujeres. En la tercera explica lo que conviene a cada edad. La cuarta contiene una exhortación común a todos los fieles, recorre sus deberes y los incita a soportar el martirio (si fuera necesario) y a la destrucción de la idolatría: luego, con brevísimos consejos, señala cómo en el tipo de vida en el que cada uno se encuentra, debe comportarse correctamente y de manera loable. Finalmente, en la quinta, diserta sobre las virtudes. Aunque de aquí en adelante seré mucho más parco en añadir anotaciones (pues casi todo lo que enseña Hilario es por sí mismo claro), sin embargo, añadiré algunas cuando lo juzgue conveniente. Los pasajes de la Escritura que indico al final de la página, el lector los consultará por sí mismo.

149. He aquí cómo el intérprete de la Vulgata presenta el pasaje anterior de Pablo: A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos, que hagan el bien, que se enriquezcan en buenas obras, que sean generosos, que compartan, que atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la verdadera vida. Lo que Hilario enseña a continuación brevemente, lo expone más extensamente en otro lugar. He aquí cómo: «La opulencia hace que algunos ricos sean insolentes, y la confianza vana en las riquezas aparta especialmente el temor de Dios: necios, no entienden que deben ser más religiosos precisamente porque son ricos; porque conviene devolver la gracia al dador de los bienes deseables: y es más inexcusablemente culpable la avaricia, porque la opulencia no excusa la necesidad de avaricia. ¡Cuán infeliz es la confianza en una cosa vana: despreciar a Dios por tener oro, como si el oro no fuera una de las criaturas de Dios; o como si alguien, por ello, con juicio de mente sana, adquiriera el progreso de una vida bienaventurada, porque tiene oro enterrado; y de ahí no se hace un hombre general de alma y cuerpo, ni puede ser otro que el que nació; o cuando sale de la vida, usará su oro en la muerte! Lo usará ciertamente, si lo usa correctamente en la vida, si alimenta al hambriento con su pan, si viste al desnudo con su ropa, o si alivia al enfermo con su gasto, o si devuelve al cautivo a su libertad. Estas son ciertamente las embajadas ambiciosas de los tesoros humanos ante Dios, este es el poder de interceder por los crimenes, y los verdaderos sufragios. Así seremos transformados por el oro, para que de terrenales seamos celestiales, y de mortales seamos eternos» (En el Salmo LI, n. 21, p. 90 tom. I).

150. Quizás Hilario alude a ese pasaje de la primera Epístola del Apóstol Pablo a Timoteo (VI, 9): "Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación, y en lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles", etc. Ciertamente, Hilario en el mismo sentido en otro lugar dice: "Pero la raíz principal de las iniquidades está en la codicia del dinero: quien la desea, se hunde en el naufragio de una gravísima tempestad. Sigue: No esperéis en la iniquidad, y no codiciéis el robo: si las riquezas fluyen, no pongáis el corazón en ellas. Porque en estas cosas

hay grandes seducciones de su deseo y amor: capturan las mentes y atrapan las inteligencias vacilantes. Por lo tanto, no solo no deben codiciarse sus robos, sino que nuestra voluntad debe apartarse de ellas, incluso si se ofrecen y fluyen; para que no dominen lo deseado y codiciado. Porque no son eternos con nuestras esperanzas, ni descienden con nosotros al infierno, ni resucitan con nosotros del infierno. La fe, la piedad, la continencia, la bondad deben ser buscadas, y sobre todo, el conocimiento de Dios debe ser perseguido. Sin embargo, estas cosas son vanas, y por su naturaleza son engañosas para toda necesidad de iniquidades, deben ser evitadas" (En el Salmo LXI, n. 8, pág. 169 tom. I). Finalmente, indica (a menos que me equivoque) ese pasaje del Evangelio: "Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso" (Luc. VI, 36): porque por la misericordia nos hacemos semejantes a Dios.

151. Dice que se debe aplicar un método en la administración del dinero, de modo que se distribuya, pero no se desperdicie ni se disperse. Si Hilario aquí indica tácitamente la célebre distribución del dinero eclesiástico entre los ministros de la Iglesia, en los edificios sagrados y en los pobres, el lector lo juzgará. Si realmente lo indica, parece preferir a los pobres en esa distribución, lo que otros Padres también hacen a menudo. ¿No han dispersado a menudo los obispos más santos y doctos los vasos eclesiásticos y sagrados para aliviar a los pobres? Esas palabras, "no piensen que pueden agotarse", etc., aluden tanto a la sentencia anterior de Pablo como a la célebre promesa de Dios: "Haced el bien, y prestad, sin esperar nada a cambio, y vuestra recompensa será grande... Dad, y se os dará, medida buena, apretada, remecida y rebosante os darán en vuestro regazo" (Luc. VI, 35 y 38). En otros lugares, y a menudo, se recomienda la utilidad de la limosna derramada sobre los pobres. Seleccione muy pocos lugares de entre muchos, y los indico al final de la página. Si alguien desea recopilar muchos de las Escrituras y de los Padres, consulte a Muratori, quien diserta sobre este tema. Luego, Hilario también retoma el mismo argumento: "No falte tampoco", etc. (Cap. 10, col. 742).

152. Es decir, se gasta o se invierte: a menos que quieras pensar que hay un error del copista aquí, y que debería leerse "se pierde": porque a los infieles les parece que se pierde lo que se da a los pobres: sin embargo, es un error y una equivocación.

153. Lo que había propuesto antes, a saber, que no puede agotarse lo que se gasta en la contemplación de los preceptos de Dios para el uso de los pobres, lo prueba inmediatamente con una razón teológica. Esa palabra "confuerit" es de aquellas que, aunque raramente usadas por los escritores, están especialmente anotadas en Hilario. Sin embargo, demuestra que la misma palabra fue usada a veces por los antiguos, con el verbo "confert", que todavía está en uso, y es una parte (si se me permite decirlo así) del verbo "consum", que significa lo mismo que "prosum". Para comprobar la utilidad de la limosna, además de lo que acabo de señalar, tienen mucha fuerza lo que aquí enseña Hilario, que son evidentes por sí mismos. Finalmente, aborda el peligro inminente de las riquezas.

154. Propone inmediatamente lo que deben observar los ricos. Los lugares de las Escrituras que anoté en el número anterior al final de la página ilustran en parte esta sentencia: "Ni en este siglo, ni en el futuro sentirá escasez". Si deseas otros lugares de las Escrituras que miren en la misma dirección, consulta Mateo cap. V, vers. 5, y cap. VI, vers. 19, 20, y Luc. cap. XII, vers. 31, 32 y 33; y Hech. cap. XX, vers. 33.

155. Al final de la epístola anoté el lugar al que se refiere Hilario, a saber, el versículo 17 del capítulo XIX de los Proverbios. Ahora el lector reciba lo que el ilustre Calmet transmite sobre ese lugar. "Presta al Señor quien se apiada del pobre, y Él le devolverá su recompensa. El Señor mismo se convierte en su deudor, y le devolverá con intereses lo que él haya dado al pobre. Recíballo, como él mismo recibió a su hermano: se apiadará de él, etc. No dice

simplemente: Da al Señor, sino presta. No recibirá solo lo que haya dado al pobre, sino que lo recibirá con intereses. Nuestra avidez por mayores ganancias debía ser atraída por promesas, dice San Basilio en el Salmo XXVIII. Este interés está permitido. Quieres enriquecerte y obtener ganancias del dinero; distribúyelo generosamente a los pobres, no temas que no te devuelvan el dinero prestado; Dios es el garante, Él te debe. Cuando el pobre ora por sí mismo, dice San Agustín en el Salmo XXXVI, es como si dijera a Dios: Señor, he tomado un préstamo, sé mi fiador. Por lo tanto, aunque no tengas al pobre como deudor, tienes un fiador idóneo. Mira, Dios te dice en su Escritura: Da con seguridad, yo te lo devolveré." Tampoco quiero que pases por alto al mismo Hilario, cuyas notables advertencias en este sentido se encuentran en el lugar que anoto al final de la página.

156. Los críticos han advertido desde hace tiempo que hubo copistas que, para parecer eruditos, añadieron muy a menudo lugares de las Escrituras de su propia invención. Por eso, los códices más antiguos son a menudo más breves, y los lugares de las Escrituras indicados generalmente los tienen, pero no los citan por completo. Esto lo he experimentado en dos códices de Cipriano que poseemos. Pero también el lugar que ahora ilustramos nos ofrece un ejemplo manifiesto. En el código se presenta de esta manera: "Sepa que la misericordia está por encima de los sacrificios: dice el Señor: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia." ¿Acaso estas palabras de Cristo enseñan que la misericordia está por encima de los sacrificios? En absoluto. Por lo tanto, debe buscarse en otro lugar ese pasaje que Hilario cita aquí; a saber, en Oseas, en cuyo capítulo VI (Vers. 6) se encuentran estas palabras muy expresas: "Misericordia quiero, y no sacrificio", a las que tienes afines en el capítulo I de Isaías.

Si no quieres pensar que nuestro copista fue erudito, sino ignorante, o más bien negligente, entonces puedes decir cómodamente que esas palabras: "Dice el Señor: Bienaventurados los misericordiosos", etc., fueron puestas por alguien en el margen para confirmar esa sentencia de Hilario, para que se juzgue más bienaventurado por esto. Y él, al transferirlas del margen a la misma Epístola, las adaptó a un lugar que no les correspondía. Sea como fuere, aquí ciertamente debían ser eliminadas.

157. Es decir, la gloria ante los hombres, que lo alababan como liberal, y la bienaventuranza eterna (pues con el nombre de descanso aquí se denota la bienaventuranza eterna. Véase el número 47). Que la bienaventuranza fue prometida a aquellos que fueron misericordiosos con los pobres, lo muestran las cosas que he transmitido en el número 151 y siguientes. Véase lo que escribe Hilario en el capítulo XXVII de Mateo.

158. Pasa de los ricos a los pobres, a quienes consuela con los mejores argumentos que ha reunido. Y en primer lugar, que es útil y providencial para el pobre, refiriéndose, creo, a esas palabras del Apóstol Pablo: "Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, a los que conforme a su propósito son llamados santos" (Rom. VIII, 28). O si prefieres, a esa advertencia de Pedro (I Pedro V, 7): "A Él (Dios) le importa de vosotros."

159. Previene una objeción que los pobres suelen hacer, y la disuelve. Quizás deba entenderse: "Que frecuentemente es contraria al cuerpo"; porque la abundancia fomenta la lujuria, la embriaguez, y otros vicios de este tipo, que disminuyen las fuerzas del cuerpo. Sin embargo, no quise confiar tanto en mi sospecha como para añadir esa palabra "al cuerpo". El resto es claro y elegantísimo.

160. En el código se lee "Vivir la vida": un error manifiesto, pero que claramente enseña que nuestro código a veces necesita corrección.

161. Con esas palabras, "no falte tampoco de él", a menos que me equivoque, alude a esa advertencia de Tobías el anciano, de la que ya he hablado (Num. 151): "Como puedas, así sé misericordioso." Sin embargo, no quiero ocultar que en el código se lee así: "porque así como el justo se hace de la frugalidad, si da a los inferiores y a los que no tienen. No tema", etc., una lectura sin duda defectuosa, que he corregido, como nuevo, sustituyendo muy pocas palabras, a saber, estas: "rico en liberalidad, así el pobre", que no se encuentran en el código. En cuanto al epíteto "glorioso" atribuido al Apóstol Pablo, consulta el número 2.

162. Ya he anotado al final de la misma Epístola, con esas palabras: "Si con verdadera fe, y por la salvación desea creer, que se procure y adquiera riquezas celestiales", etc., que quizás Hilario se refiere al lugar de Isaías XXXIII, 6: "Riquezas de salvación, sabiduría y conocimiento: el temor del Señor es su tesoro." Añadiría que quizás también se refiere a ese lugar del Salmo CXVIII: "En el camino de tus testimonios me he deleitado, como en todas las riquezas." Ciertamente, Hilario explica estas palabras y las ilustra con un comentario (en el Salmo CXVIII, letra 2 Beth., n. 9, pág. 286 tom. I): "Hay riquezas en el oro, hay en la plata, hay en el dinero, hay en las vestiduras, hay en las casas, hay en los campos; y de ellos, ya sea en las vides, o en los olivos, o en los cereales: pero el profeta del Señor está lleno del fruto de las doctrinas, y es rico en las facultades de la ley y de las instituciones proféticas: y aunque en un tiempo anterior, no obstante, no es ignorante de los preceptos evangélicos y apostólicos. Porque Pablo también conoce estas riquezas hablando a los Corintios: "Doy gracias a mi Dios siempre por vosotros por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús: porque en todo fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en todo conocimiento. En estas cosas, pues, es rico, y en ellas se deleita el profeta. Sin embargo, no debe pensarse que se deleitó en la comparación de las riquezas mundanas, quien no pudo ser rico en el Señor sin el desprecio y la pobreza del mundo."

163. Hilario ahora aborda la otra parte de la instrucción moral que se ha propuesto explicar (Véase el número 148), y la dirige a la educación de la condición diversa de los sexos. En el código, además, hay algunas cosas que necesitan corrección: son estas: "omni gerere uni animo", que si las lees tal como están escritas, carecen de sentido. O bien debes leerlas de la manera en que yo las he corregido: es decir, "omnia gerere uno animo concordés". O, si prefieres, "omni genere unanimes esse, et concordés". La primera corrección es más fácil y verosímil, por lo que la he puesto. Además, sobre la elevación de las manos en la oración, muchos todavía discuten, especialmente aquellos que ilustran ese lugar de la epístola de Pablo a Timoteo: "Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar levantando manos puras sin ira ni contienda" (I Tim. II, 8); ciertamente Tertuliano trata de ello en el Tratado sobre la Oración, donde con el nombre de Oración (como Hilario mismo dice expresamente) entiende una oración completa, por así decirlo, pública, y que incluye la recepción de los sacramentos, es decir, la penitencia completa y la recepción de la comunión. Entonces, además, se ordena abstenerse de la obra conyugal. Consulta, por favor, a los intérpretes en estas palabras de Pablo (I Corintios VII, 5): "No os defraudéis el uno al otro, salvo por consentimiento mutuo por un tiempo, para que os dediquéis a la oración": No solo a los ortodoxos, sino también a los externos, como Hugo Grocio, y otros muy doctos de la comunión protestante.

164. Hemos llegado a un lugar que quizás requiere una explicación no leve. Porque estas palabras, "cum et varias subierint significationes, et multos denotent sacros ritus", para que nos detengamos un momento en su ilustración, valdría la pena si esta brevedad de anotaciones que me he propuesto lo permitiera. Sin embargo, indico esos lugares de los que se pueden entender profundamente. Todos los intérpretes tratan sobre las "obsecraciones, oraciones, peticiones y acciones de gracias" en el versículo 1 del capítulo II de la Primera

Epístola a Timoteo. Que el lector los consulte. Pero sobre todo, que consulte a Agustín en ese lugar que cito al final de la página: porque entonces conocerá qué es la deprecación, la adoración y la intercesión, de la que aquí habla Hilario. Ruego al lector que no pase por alto este lugar de Agustín; porque discute sobre ello de manera muy copiosa y elocuente. Y de este mismo lugar de Agustín se entenderá qué se entiende por el nombre de "voto" cuando se une a la "oración", ya sea "oración", "intercesión" o "petición". "Se votan, además, todas las cosas, dice Agustín, que se ofrecen a Dios, especialmente las ofrendas del Santo Altar, por cuyo Sacramento se proclama nuestro mayor voto, por el cual prometimos permanecer en Cristo, ciertamente en la unión del cuerpo de Cristo. De lo cual el sacramento es que somos un solo cuerpo muchos. Por eso, en la preparación de esta santificación, creo que el Apóstol ordenó hacer propiamente προσευχάς, es decir, oraciones, o (como algunos menos hábilmente han interpretado) adoraciones; porque esto es para el voto, que más comúnmente en las Escrituras se llama εὐχή." Y en este sentido se considera que la Iglesia toma esta palabra, cuando muy a menudo en las oraciones de la Misa se menciona "Votos", "ofrendas votivas". Resta "exomologesis". Además, sobre la exomologesis muchos tratan, pero aquí indico uno, a quien podemos acudir, sin obligar al lector a que adopte su opinión, pero rogándole que consulte y examine los lugares de los Padres que él cita. Albaspinæus es en la observación 26 y 27 del libro II de las Observaciones.

165. Que el lector consulte esos lugares de las Escrituras que anoto al final de la misma epístola, y quizás entenderá por sí mismo lo que Hilario transmite. Sin embargo, presento aquí algunas cosas que parecen merecer una atención especial. Esas palabras, "Porque a todo hombre le compete sacerdotar a Dios", pueden entenderse fácilmente de dos maneras. Y que todos los hombres que profesan la fe cristiana deben llevar una vida tal que puedan ser elegidos, aunque casados, para el sacerdocio. (Y ciertamente Hilario mismo fue promovido al episcopado desde el estado de casado). Y que tal debe ser el culto exterior, y tan modesta la vestimenta, como corresponde a un sacerdote. Pero si también indica aquí Hilario que el hombre cristiano debe presidir a su familia con ejemplo y advertencias, así como el sacerdote preside a la Iglesia con ejemplo y advertencias, que el lector lo juzgue. Esas palabras, "pero también debe ofrecer a los demás un ejemplo de su vida"; también esas, "para que si en algún momento no ejerce el oficio y ministerio sacerdotal, sin embargo, por la similitud de vida se iguale al sacerdote", parecen favorecer las dos últimas explicaciones. Pero antes de que ponga fin a esta anotación, quiero advertir al lector que esas palabras, "para que si en algún momento", etc., realmente se leen así en el códice, como yo he ordenado que se editen. Entonces, además, hay alguna ambigüedad en estas palabras, pero no tanta como para debilitar las explicaciones anteriores. ¿Falta aquí alguna palabra que complete la sentencia? O debe leerse "tiempo"; es decir, si por algún tiempo, o, si en el tiempo en que se casa, "no ejerce el oficio y ministerio sacerdotal", quizás lo ejercerá en algún momento; si, por ejemplo, muere su esposa, o él se aparta de su compañía con su consentimiento. De esto ciertamente tenemos no pocos ejemplos en los antiguos monumentos eclesiásticos.

166. Si unes lo que se transmite en Levítico XII, 2, y XV, 19, 20 y 24, quizás entenderás por qué Hilario transmite esto: "o cuando después del parto", etc. No quiso que los cristianos fueran más continentales que los antiguos hebreos. Los lugares de las Escrituras que Hilario menciona, los he anotado al final de la epístola. Sin embargo, a veces aplica a las mujeres lo que se ha dicho a todos los superiores.

167. Creo que ha habido alguna transposición de palabras en la misma epístola: parece que debe leerse de la manera en que yo he corregido: "Pero también con un andar modesto, no con un rostro maquillado, ni adornada con oro, ni con vestimenta costosa: no dedicarse a los rizos del cabello: sino como corresponde a las mujeres cristianas", etc., mientras que en el

códice se lee: "Pero también con un andar modesto, no con un rostro maquillado; no dedicarse a los rizos del cabello: ni adornada con oro, ni con vestimenta costosa; sino como corresponde", etc. Si alguien observa los lugares de las Escrituras que indico al final de la epístola, y el lugar de Cipriano que citaré a continuación, creo que estará de acuerdo conmigo.

168. Lo que Pedro indica con las palabras anotadas al final de la misma epístola: "Dando honor al vaso más débil, el femenino", etc., quizás ilustra lo que Hilario dice con estas palabras: "Ni se anteponga a ningún hombre por la contemplación de su sexo." Ciertamente, algunos pequeños argumentos de honor, con los que las mujeres eran tratadas en los mismos tiempos antiguos, elevaban sus ánimos a la soberbia. Por ejemplo, se les permitía sentarse a la derecha de los hombres, lo cual se consideraba un gran honor. De esta manera, Salomón ordenó colocar el trono de su madre a su derecha. Incluso se dice que la esposa del rey se sentaba a su derecha. Además, el lugar derecho se consideraba más honorable entre los hebreos; lo cual aprendemos de los versículos 13 y 14 del capítulo XLVIII del Génesis. También se permitía a las matronas romanas usar vestiduras púrpuras y adornos de oro. También podían viajar en carros en días festivos y no festivos. Sobre este tema, aunque muchos otros tratan, Tito Livio lo hace de manera copiosa y elocuente (Lib. V Histor. rom., num. 25). Si insinúa otros argumentos de honor otorgados a las mujeres, y especialmente a aquellas que sobresalen sobre las demás, que el lector lo juzgue.

169. No sospeches que Hilario aquí favorece la opinión de aquellos que pensaron que los cuerpos de las santas mujeres serían transformados en el juicio final, de la cual se considera que Hilario fue defensor. Ciertamente aquí "hombre perfecto" parece tomarse por una persona completamente instruida en las virtudes cristianas.

170. Es evidente que Hilario imita a Tertuliano al transmitir lo siguiente (De Baptismo, cap. 18): «Además, sepan que el bautismo no debe ser administrado a la ligera, aquellos cuyo deber es... Más bien, debe considerarse: No deis lo santo a los perros, ni arrojéis vuestras perlas a los cerdos, y no impongáis las manos con facilidad, para no participar en pecados ajenos. Si Felipe bautizó tan fácilmente al eunuco, recordemos que la manifiesta y evidente dignación del Señor intervino. El Espíritu había ordenado a Felipe dirigirse a ese camino; el eunuco no fue hallado ocioso, ni deseando ser bautizado de repente: sino que había ido al templo con el propósito de orar, impresionado por la Escritura divina, así debía ser encontrado, a quien Dios había enviado un Apóstol, y a quien el Espíritu había ordenado unirse al carruaje del eunuco; la Escritura se encontró con su fe; exhortado en el momento oportuno, fue recibido, el Señor se manifestó; la fe no se demoró; el agua no fue esperada; el apóstol, con el asunto perfecto, fue arrebatado. Pero también Pablo fue realmente bautizado rápidamente. Pues Simón el hospedador había reconocido rápidamente que él era un vaso de elección. La dignación de Dios anticipa sus prerrogativas; toda petición puede engañar y ser engañada. Por lo tanto, según la condición de cada persona, su disposición, e incluso su edad, la demora del Bautismo es más útil: especialmente en el caso de los niños. ¿Por qué es necesario exponer a los padrinos al peligro? porque ellos mismos pueden, por mortalidad, fallar en sus promesas, y ser engañados por el desarrollo de una mala disposición. El Señor dice: No les impidáis venir a mí. Que vengan, pues, cuando crezcan; que vengan, cuando aprendan; cuando sean enseñados a dónde deben venir; que se hagan cristianos cuando puedan conocer a Cristo: ¿por qué apresurarse a la inocente edad hacia la remisión de los pecados? Se actúa con más cautela en los asuntos seculares, de modo que a quien no se le confía la sustancia terrenal, se le confie la divina. Que sepan pedir la salvación, para que parezca que se les ha dado al pedirla. No por menor causa deben también diferirse los no

casados, en quienes la tentación está preparada tanto para las vírgenes por la madurez, como para las viudas por la vacación, hasta que se casen o se fortalezcan en la continencia.»

Tertuliano y nuestro Escritor deseaban, ya que la persecución a menudo afligía a la Iglesia (y esto, a mi juicio, es lo que significan esas palabras, *qualitate temporis*), deseaban, digo, que los cristianos resistieran las artimañas de los tiranos, ya fueran suaves o ásperas; también deseaban que nuestros misterios no fueran traicionados, y prohibían dar lo santo a los perros. Los niños, sin embargo, solían ceder a las caricias, amenazas o incluso torturas, y abandonar la religión cristiana: también revelaban todo lo que sabían: por esta razón no querían que los niños fueran contados entre los cristianos. La misma edad suele ser menos apta para percibir los sublimes misterios: como sin duda lo son los cristianos. Y por estas razones, como he dicho, solían prohibir que los niños fueran enseñados en la religión cristiana. Dije solían: porque si los conocían ingeniosos, muy probos y constantes, no rehusaban iniciarlos en nuestros misterios. De aquí que San Babilas instruyó a esos dos niños, que luego tuvo como compañeros de martirio. Inés, que sufrió el martirio a los trece años, indica sin duda que la iglesia a veces acogía a los niños, a quienes, sin embargo, deseaba que se les confiriera el bautismo en la misma infancia, una vez eliminado el peligro de persecución.

171. He decidido que se lea defecto de edad: pues aunque esta palabra defecto falta en el código, debe ser sustituida, ya que lo exige el mismo sentido de las palabras, de lo contrario, quedaría incompleto. Además, Hilario advierte que los niños deben ser instruidos por sus propios padres: pues en las prédicas públicas no se pueden proponer preceptos adecuados a su edad y capacidad. Esto lo llevará a cabo la Iglesia, cuando una edad más madura los haga aptos para recibir las instrucciones eclesiásticas. Sin embargo, los niños deben ser enseñados gradualmente, no de golpe, para que no sean oprimidos por la multitud de instrucciones, o no aprendan por la oscuridad lo que deben aprender.

172. Si debe leerse don de la fe, refiriéndose a ese lugar de la Escritura (Sab. III, 14): se le dará un don elegido de fe; o si debe mantenerse la misma lectura del código *bonum fidei*; que lo juzgue el Lector. La misma lectura del código puede retenerse cómodamente. Por el nombre de don divino puede entenderse muy bien el bautismo, también la confirmación que debe recibirse en el momento adecuado: aunque esas palabras pueden ser una explicación más amplia de las palabras anteriores, *bonum fidei*, y denotar que el *bonum fidei* es un don divino: lo cual luego los Pelagianos y Semipelagianos impugnaron. Además, esas palabras, y no de la naturaleza, las he corregido según mi criterio: pues en el código se lee, y de la naturaleza: pero no percibí ningún sentido en ellas: es claro y probable, si añades la partícula *no*, y lees, y no de la naturaleza. Es decir, perseverando en la inocencia y santidad, muestran que en ellos reina no el viejo, sino el nuevo Adán. Lo que Pablo enseña en los capítulos V y VI de la Epístola a los Romanos, confirma esta mi interpretación.

173. En el código se lee *affirmandi* en lugar de *confirmandi*. Si deseas retener esta lectura, no me opondré, siempre que aportes ejemplos probables de este significado. Los niños son confirmados en el *bonum fidei* y en el don divino, mientras que a través de las instrucciones hechas en la Iglesia se les insinúan los preceptos correctos, y se les indica qué debe hacer un cristiano para ser grato a Dios y digno de su vocación.

174. Lo que hemos citado de Tertuliano en el número 170 (No por menor causa los no casados, etc.) ilustrará suficientemente este lugar, a mi juicio. Bajo el nombre de niños, ciertamente no solo entiende a aquellos que aún son de tierna edad, sino también a aquellos que han alcanzado la juventud. Pues no habría dicho que los niños deben guardarse de la

fornicación, si por el nombre de niños solo hubiera entendido a aquellos que aún son de tierna edad. Aunque a veces el nombre de fornicación denota toda inmundicia de la carne.

175. Que el Lector no se extrañe si he dejado la palabra idolatría, tal como se encuentra en nuestro códice: pues en casi todos los códices tanto de Cipriano como de los demás Padres antiguos se lee idolatría, donde en las ediciones se lee idololatría. Esto lo notaron antes que yo Baluzio y otros críticos: sin embargo, no quise omitirlo aquí. Ahora vengo a la misma sentencia. Muy a menudo se prohíbe la fornicación en las Escrituras. Para limitarme a lo que se toma del Nuevo Testamento, indico algunas en el pie de página, que comprueban lo que digo. Pero es más difícil explicar por qué se dice que la fornicación es el principio de la idolatría. Si exceptúas lo que el excelente Calmet señala, que bajo el nombre de avaricia se entiende la misma fornicación, o todo tipo de lujuria, se puede responder cómodamente que Hilario se refirió a las palabras de Pablo, en las que se inculca lo mismo. Además, Pablo, quien, si lo enseñó, ciertamente no lo enseñó a la ligera, dice expresamente que la mala concupiscencia y la avaricia (es decir, el deseo desenfrenado de saciarse con placeres impuros) es servidumbre de ídolos. Si buscas una razón más profunda de esta afirmación, y por lo tanto también buscas por qué Hilario enseñó esto: Y es necesario que quien haya seguido uno, conozca el otro, buscarás algo que no he podido explicar fácilmente. ¿Es porque, como no había prostitutas entre los cristianos, quien era fornicario se veía obligado a recurrir a las prostitutas de los gentiles, que dedicaban la venta de su cuerpo a deidades impúdicas, y principalmente a Venus? ¿De modo que la fornicación de esos tiempos era una aprobación interpretativa de la idolatría y una participación en ella? ¿O porque esas mismas mujeres, habiendo conquistado los afectos y el ánimo de sus amantes, los llevaban ciertamente a adorar sus deidades? El pueblo de Israel nos dejó ejemplos lamentables de esto (Num. XXV, 1), que, mientras moraba en Settim, fornicó con las hijas de Moab, quienes los invitaron a sus sacrificios. Y ellos comieron y adoraron a sus dioses: e Israel se inició en Beelphegor. Por esta razón, el Señor prohibió que los hijos de Israel (Éxodo cap. XXXIV, vers. 16) tomaran por esposas a las mujeres amorreas, cananeas, heteas, ferezeas, heveas y jebuseas: añadiendo, para que después de que ellas se hayan prostituido (con sus dioses), no hagan que tus hijos se prostituyan con sus dioses. Salomón, al descuidar esta advertencia (III Reyes XI, 2, 4, etc.), cuando ya era anciano, su corazón fue pervertido por las mujeres, para seguir a dioses ajenos.

Aunque para pervertir las almas y alejarlas de la fe verdadera no era necesario buscar mujeres que fueran adoradoras de falsos dioses. La misma lujuria ciega el alma, y atrapada en placeres corporales y sensibles, la aleja de los espirituales e incorpóreos, y por lo tanto del deseo y estudio de las recompensas que la fe cristiana nos propone. De ahí que se esfuerce por despreciarlas, y busque razones seductoras para persuadirse de que es imprudente despreciar lo presente y sujeto a los sentidos, para buscar los bienes incorpóreos y reservados para la otra vida. ¿Digo esto a la ligera? ¿O más bien encontramos estos sentimientos de los intemperantes y entregados a la lujuria expresados en el libro de la Sabiduría (cap. II, v. 5)? «Porque nuestro tiempo es el paso de una sombra, y no hay retorno de nuestro fin: porque está sellado, y nadie regresa. Venid, pues, y disfrutemos de los bienes que hay, y usemos la creación como en la juventud rápidamente. Llenémonos de vino precioso y ungüentos: y no nos pase el florecer del tiempo. Coronémonos de rosas, antes de que se marchiten: que no haya prado que no atraviese nuestra lujuria. Que ninguno de nosotros quede excluido de nuestra lujuria: dejemos por todas partes señales de alegría: porque esta es nuestra parte, y esta es nuestra suerte.»

Por lo tanto, para que no cayeran en esta gran calamidad, para que se guardaran de los ejemplos de los gentiles entregados a la lujuria, Pablo advierte a los fieles, cuyas palabras me

place citar aquí (Efesios IV, 17): Esto, pues, digo y testifico en el Señor, que ya no andéis como los gentiles andan en la vanidad de su mente; teniendo el entendimiento oscurecido, ajenos a la vida de Dios por la ignorancia (afectada y vencible, como dicen los teólogos) que hay en ellos, por la ceguera de su corazón, quienes, desesperando, se entregaron a la impureza, para cometer con avidez toda clase de impureza. En cuanto a la palabra inicia, ve lo que dijimos en el número 21.

176. De los niños y adolescentes pasa a los jóvenes, cuya edad, algo más confirmada, instruye con excelentes consejos.

Con esas primeras palabras: Entonces, ¿cómo, etc., alude a esa advertencia evangélica (Mateo VII, 16): Por sus frutos los conoceréis. También son muy conocidas las palabras de Santiago (cap. II, v. 18), y muy aptas para confirmar la sentencia que ilustramos. Pero alguno dirá: tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras. Esas palabras, que designan a los gentiles, las interpreto de manera que por la vida impura se reconocían a los gentiles, y por la casta a los cristianos. Esta interpretación mía la confirman principalmente esas advertencias del apóstol Pedro (Epístola I, cap. IV, v. 3 y 4): Porque basta el tiempo pasado para haber hecho la voluntad de los gentiles, andando en lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, banquetes y abominables idolatrías. En lo cual se sorprenden de que no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución, blasfemando. También lo confirman esas palabras de Pablo (Colosenses III, 5 y ss.): Mortificad, pues, vuestros miembros, etc. Y en otro lugar (Efesios V, 3 y ss.): Pero fornicación y toda impureza, o avaricia (es decir, como dijimos antes, deseo de placeres) ni siquiera se nombre entre vosotros, etc. Lo había afirmado en la epístola escrita a los Romanos. Las siguientes palabras: si, sin embargo, sus advertencias, y la oración no traen ningún impedimento legítimo, las entiendo de la manera en que Gregorio Magno (homilía 37 sobre los Evangelios n. 2) interpreta esas palabras de Cristo (Lucas XIV, 26): Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y esposa, y hijos, y hermanos, etc. Es decir: «Si consideramos la fuerza del precepto (dice Gregorio), podemos hacer ambas cosas con discreción, amar a aquellos que están unidos a nosotros por la carne y a quienes conocemos como prójimos, y odiar y evitar a aquellos que sufrimos como adversarios en el camino de Dios.» Estas últimas: y a la misma (esposa) divinamente comparada, matrimonio realizado por el ministerio de la Iglesia sin duda insinúan. Quien sea sabio apreciará este testimonio tan claro de Hilario sobre este tema.

177. Deja en libertad a cada uno para que, si le place, tome esposa, y por eso reprende a los herejes que prohibían a los cristianos casarse. Luego reprende a aquellos que, para no ser obligados a abstenerse de la impureza que la ley cristiana les prohibía, posponían el bautismo. Dice que pecan precisamente en esta dilación. Quiero advertir al Lector que he sustituido la palabra abrazar ya que en el código se lee considerar (considerar la continencia), una lectura incorrecta o con alguna omisión de palabras. Si el Lector la corrige mejor, será bienvenido.

178. Pero dice que son más dignos de censura aquellos que, habiendo recibido el bautismo, se entregan a la impureza y a las obras de la carne: pues iluminados caen (Hebr. VI, 4, 6). Lo que he dicho en el número 175 puede referirse aquí cómodamente. El resto lo entenderá fácilmente quien consulte los lugares de la Escritura anotados al final de la epístola. Añadí, entre los ancianos. Es decir, pensé que debía leerse de este modo: y en el hombre interior los jóvenes, entre los ancianos, sean colocados por el juicio de Dios: pues esta lectura parece exigirla el mismo sentido: pues en el código se lee: y en el hombre interior los jóvenes sean colocados por el juicio de Dios. Esta conjetura mía la confirman las palabras que siguen a poca distancia: en las tentaciones jóvenes: en los consejos y pensamientos ancianos graves.

179. Además, faltaba después de la palabra crímenes alguna palabra que denotara al demonio como autor de esos mismos crímenes. La he puesto, ya que también lo exige el sentido. ¿Quién negará que el demonio es el autor de todos los crímenes? ya que él peca desde el principio (I Juan III, 8): y por su astucia la muerte entró en el mundo (Sab. II, 24). Y con razón Agustín (de Utilit. Jejun. n. 10, alias cap. 8: Pues el enemigo, etc.) y León Magno (Serm. VII de Nativit. cap. 3, pues el enemigo no cesa, etc.) describen al mismo demonio como autor de todos los errores y herejías, en cuanto que con sus tentaciones e impulsos excita en nosotros afectos perversos y nos incita a cometer cualquier mal.

180. He trasladado algunas palabras de un lugar superior a este. Pues en el mismo códice, después de las palabras, creyeran, encontrar, siguen aquellas que comienzan de este modo: Y creo que todos estos deben ser advertidos, hasta que llegues a aquellas que terminan de este modo: lo que hemos creído, lo hemos transmitido. Luego siguen otras: Considerar a los jóvenes, etc. Las he trasladado aquí porque pensé que pertenecían más a los ancianos que a los jóvenes. Si no refieres estas a los ancianos, debes decir que se omitió la instrucción de los ancianos, aunque Hilario había prometido antes dirigir su discurso a todas las edades. Ya el discurso de las edades (dice) está en manos (parag. 12). No definiré si hay alguna omisión después de esas palabras, ancianos graves, o no. Tal vez pensó que era suficiente insinuar que se dirigía a los ancianos, cuando después de esas palabras, Ancianos graves, inmediatamente añade: Y creo que todos estos (es decir, ancianos graves) deben ser advertidos, etc.

Pero me place aquí, por claridad, presentar todo este lugar tal como se lee en el códice: Por lo tanto, o deben tomar esposa, o considerar la continencia. Ciertamente, para que no, aterrados, pospongan la fe, sepan que es malo no creer por impureza; es peor ser encontrados impuros después de haber creído. Y creo que todos estos deben ser advertidos, para que obedezcan a todos por Dios. Aprendan a gobernar bien su casa. Si tienen hijos, trátelos piadosamente e instrúyanlos en cosas divinas: pues estos son signos de nuestra fe: si no solo hemos creído, sino que también hemos transmitido a otros lo que hemos creído. Considerar a los jóvenes, para que en todas sus acciones superen su edad: fuertes en ánimo y virtud, y en el hombre interior sean colocados jóvenes por el juicio de Dios. También es motivo de alegría que no en toda edad consumada, sino en el mismo calor de las edades, y en la misma adolescencia hayan renunciado al diablo de los crímenes y a las obras impuras, y renovados se presenten a Dios puros en malicia, en tentaciones jóvenes; en consejos y pensamientos ancianos graves. Que los soldados de Cristo sepan, etc.

181. Exhorta a todos los cristianos en general a que respondan a su vocación, y hagan lo que la santidad de nuestra fe les exige. Los llama soldados de Cristo, un término muy usado en esos tiempos, no solo porque la vida del hombre sobre la tierra es una milicia (Job VII, 1); sino también porque los escritores canónicos a menudo compararon la vida del hombre cristiano con una milicia, especialmente Pablo, quien con frecuencia se dirige a los cristianos con esta alegoría e indica. Anoto algunos lugares en el pie de página, que el Lector puede consultar por sí mismo. Al mencionar donativos y estipendios, retiene la misma alegoría e insinúa lo que dice en otro lugar sobre la corona incorruptible; pues no solo se daban coronas a los que competían en el agón, sino también a los soldados, y ciertamente se les otorgaban coronas cívicas, triunfales y otras de este tipo como recompensa: también insinúa ese lugar tan célebre de Pablo: el salario del pecado es muerte (Rom. VI, 23). Pues si el salario del pecado es muerte, el salario de la vida cristiana será vida eterna (Ibid.), que en otro lugar se dice más expresamente corona de vida. Véase el número 47.

182. Dice claramente que dos tipos de persecuciones amenazan a los cristianos: a saber, de enemigos invisibles, de los cuales dice el apóstol Pablo (Efesios VI, 11): Vestíos de toda la

armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo, porque no tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra malicias espirituales, etc. Y de visibles, ya sean tiranos, ya sean otros que se oponen a la fe cristiana, o, si quieres, a la verdad católica. Véase lo que dijimos en el prefacio (cap. 1, num. 4). No quise sustituir la palabra cerca (cerca del diablo) que tiene el códice, por la palabra contra; porque de alguna manera puede sostenerse la primera lectura. Sin embargo, yo preferiría leer contra el diablo.

183. Encontrarás mucha elocuencia sobre este tema, y adecuada para persuadir, en los Actos de los Mártires, en el libro a los Mártires de Tertuliano, y en las epístolas y otros opúsculos de Cipriano.

184. Recoja lo transmitido en el número anterior. Lo mismo ciertamente transmite Cipriano. La palabra expugnatur aquí la tomo como una lucha muy vehemente, que se termina gloriosamente. El celo de Hilario en estas últimas palabras: debe adaptarse todo discurso a la destrucción de la idolatría y a alabar la corona del martirio, se destaca maravillosamente.

185. Sospeché, lo confieso, que debía leerse: el que evangeliza (evangelizado), pregunte qué hace: o, si prefieres, el que es evangelizado, sea preguntado qué hace. Sin embargo, no quise cambiar nada: pues tal vez la palabra Evangeliza aquí denote a quien desea recibir la ley evangélica. Creo que aquí falta algo, con lo que se termine la advertencia pertinente a cada género de vida. Pero, ¿quién se atrevería a adivinar qué podrían haber sido? Por el nombre oficial entiende un ministro del magistrado. Ciertamente, de esta manera se toma en el Léxico de Facciolati (en la palabra Oficial); y se aportan dos ejemplos, el primero de Apuleyo, el otro de una antigua inscripción de Grutero. La palabra moderari parece tomarse por haber sido moderado.

186. Lo que anoté al final de la carta. Los lugares de las Escrituras indican claramente a los que Hilario miró. Creo que también miró a otros: pero como no los citó expresamente, que el Lector los busque por sí mismo. La fe plena (fide plena) no la entiendo temerariamente, sino aquella que tiene obras: entendemos que está vacía o muerta aquella que está sin obras, según Santiago (Cap. I, 17 y 26).

187. Hilario se refiere a aquella renuncia expresa y solemne que profesamos contra el demonio cuando recibimos el bautismo.

188. Sospecho que debe leerse, la esperanza de lo que se ve, no es esperanza; pues antes dijo que la esperanza es de cosas futuras: además, las cosas futuras no se ven. Sin embargo, como de alguna manera podía sostenerse la lectura de nuestro códice, la dejé. Si el Lector quiere, que la corrija. Además, eliminé la palabra qué puesta después de la palabra quién (¿quién qué espera?), porque manifestaba claramente un error del copista. Donde la Vulgata lee en el Salmo XVIII citado por Hilario Temor santo, otra versión muy antigua lee, temor casto. Hilario, no sin razón, sigue esta última. El resto se entiende por sí mismo. Eliminé después de la palabra jueces, la palabra crees, que se encuentra en el códice; pues fácilmente entiendes que fue introducida en la carta misma por un copista ignorante. Temo que en la definición de continencia falte alguna palabra, como complejo, o, si prefieres, deseo, amor, codicia, o algo similar. Ve el capítulo 17 que sigue (En los bienes debe exigirse la avidez, etc.). Sin embargo, también aquí puede sostenerse la lectura de nuestro códice.

189. Son ciertamente muy notables estas palabras de Hilario: Ciertamente hemos descubierto que la sustancia de los males desde el principio no existe: pues en la obediencia... junto al bien, está el mal. En la primera parte de esta sentencia se indica y se refuta igualmente el impío dogma de los Maniqueos, que repetían el origen del mal desde un principio malo. Al añadir esto: pues en la desobediencia, etc., indudablemente alude a la desobediencia de Adán, por la cual la muerte, y por ende todos los males, fueron introducidos en el mundo. ¡Ojalá existieran en el código los demás escritos que Hilario transmitió sobre la misma desobediencia de Adán! Ciertamente tendríamos con ellos no solo para refutar a los Maniqueos, sino también a todos aquellos que erraron sobre el origen del pecado. Pero tal vez una interrupción no pequeña, y la oscuridad de lo que sigue, proveniente, creo, de la ignorancia de los copistas, nos priva de este beneficio. Sin embargo, creo que vale la pena notar dos cosas: a saber, aquella sentencia: junto al bien está el mal, es la misma (a menos que estemos completamente equivocados) que la que se lee en el Eclesiástico (Cap. XXIII. 15): Contra el bien está el mal, y contra la muerte la vida: Así también contra el hombre justo el pecador. Lo otro: no se sabe a qué fin se refiere. Pero de lo que sigue, no solo ignoramos completamente el objetivo, sino también el sentido: incluso, dado que sin duda su lectura es defectuosa, no sabemos en absoluto de qué manera podrían corregirse. ¿Quién corregiría correctamente palabras de este tipo: Y que (o, y qué: o, y cómo) si en ninguna parte se comparan consigo mismas, se conserva la tutela del bien? aunque sospechamos que Hilario aquí transmitió que no se nos obliga a hacer el mal, sino que está en nuestro poder abrazar la probidad y perseverar en ella, protegiéndonos ciertamente de las tentaciones y seducciones con la gracia divina, con la cual protegidos, se conserva la tutela del bien: o, si prefieres, conservamos la tutela del bien: es decir, no abandonamos el bien que ya hemos abrazado.

190. Hilario aquí toma la continencia en un sentido muy amplio. Y toma la avidez como un deseo ardiente de hacer el bien. Sobre la continencia diserta abundantemente enseguida.

191. Después de la palabra conferir tal vez falte la palabra discurso. De aquí en el Evangelio: los discursos que conferís entre vosotros. Aunque sospecho que Hilario realmente escribió así, como lo tiene nuestro código; es decir, sin que se mencione expresamente el discurso. Pues simplemente Colaciones fueron llamados por Casiano los discursos piadosos de los monjes y sus mutuas exhortaciones.

192. Inmediatamente después de esta palabra, solamente, se encuentran en nuestro código: porque Dios juzga por la contemplación: la conciencia de cada uno: un error manifiesto, sin duda. ¿O es acaso una glosa que alguna vez se añadió en el margen a aquellas palabras, según la unión conyugal continentes? ¿o fueron escritas en el autógrafo después de aquellas palabras que se encuentran a continuación: Dios no mandó una continencia uniforme: o incluso después de aquellas que también se encuentran a continuación, pero a mayor distancia: Dios solo ve lo íntimo y secreto, y por algún accidente omitidas en la carta misma por un antiguo copista, y colocadas en el margen, con una nota que indicara el lugar donde debían colocarse, fueron puestas aquí por un copista posterior, al que a menudo hemos llamado ignorante? Que sea un juicio ajeno.

193. Así interpreto aquellas palabras: Y de la forma como inflados por la continencia. De esta apariencia, y, como solemos decir, apariencia y máscara de continencia: pues la verdadera y sólida continencia no es, ya que la continencia, si creemos a Hilario que la definió poco antes, es la refrenación de todas las cosas malas que se deben desear: de esta, digo, apariencia de continencia inflados desprecian a otros, a quienes Dios no ha concedido ese don, y los golpean, lanzándoles maldiciones, etc.

194. Donde puse continencia en el código se encuentra conciencia. Pero sin duda debe leerse continencia: pues habla de aquellos que proclaman, es decir, se jactan de tener continencia: cuando sin embargo esa misma continencia que tienen, está tan lejos de hacerlos verdaderamente continentes, que más bien los hace viciosos; de tal manera que parece que esa continencia que tienen proporciona el combustible y la materia de los crímenes. Añadí la palabra crímenes: pues falta en el código, de lo cual esta apariencia y máscara de continencia proporciona la materia. Pero por el sentido ciertamente se entiende que proporciona la materia de vicios y crímenes.

195. Donde puse: pues ciertamente estas cosas deben ser cortadas, en el código se lee, pues ciertamente estas cosas deben ser perseveradas. Pero ¿quién soportaría eso? Si el Lector lo corrige de manera más probable, ciertamente aprobaré su corrección.

196. En esa primera sentencia: muchos o la mayoría arden así en deseo... como lo demuestra el resultado, sin duda faltan algunas cosas. Pero ignoro completamente de qué manera podría repararlas. Sin embargo, el sentido de las palabras omitidas parece haber sido este: Hemos descubierto que muchos o más bien la mayoría arden así en deseo; que de las vírgenes, con las que viven muy familiarmente, no pueden ser separados de ninguna manera: y eso lo demuestra el resultado: pues todos los tipos de castigos, etc. En el código se lee, o duermen bajo un mismo techo. Si en los tipos se ha introducido la palabra y, que el Lector la corrija.

197. La prohibición de los mayores; es decir, de los sacerdotes, a quienes conocemos honrados con el término presbíteros, o mayores, en las mismas sagradas escrituras: o de los ancianos en edad, cuya autoridad, como prudentes y experimentados en asuntos, no era leve en la Iglesia: pues estos, a quienes la licencia descrita por Hilario aquí les desagradaba con toda justicia, tanto como podían, evitaban que las Vírgenes dedicadas a Cristo cohabitaran con hombres, y mucho más que durmieran en un mismo lecho con ellos. Este ciertamente no leve mal lo vio y reprobó la Iglesia en los mismos tiempos antiguos, y se esforzó con todas sus fuerzas por erradicarlo. Insinúo pocas cosas a modo de ejemplo. Consulta, pues, la epístola LXII de Cipriano, que en la edición de Baluzius se titula de las Vírgenes a Pomponio (pág. 219 edición Venecia), en la cual especialmente deseo que notes estas cosas: «En primer lugar, hermano carísimo, tanto los superiores como el pueblo no deben esforzarse en otra cosa que en que los que tememos a Dios, con toda observancia de la disciplina, mantengamos los preceptos divinos, y no permitamos que nuestros hermanos se equivoquen... ni permitir que las vírgenes habiten con hombres, no digo dormir juntos, sino ni siquiera vivir juntos, cuando tanto el sexo débil como la edad aún resbaladiza deben ser frenados y gobernados por nosotros en todo, para que no se dé ocasión al diablo que acecha y desea atacar para hacer daño, cuando el Apóstol dice: No deis lugar al diablo. La nave debe ser liberada vigilante de lugares peligrosos, para que no se rompa entre escollos y rocas.» Consulta también la epístola de Jerónimo a Paulo Concordiense (Antes CCXIII; en la edición de Neron, X), la homilía de Crisóstomo contra aquellos que tienen vírgenes introducidas en su casa; también la otra homilía del mismo Doctor, que suele titularse: Que las mujeres regulares no deben cohabitar con hombres. Existe sobre este asunto una constitución de Teodosio el Joven en el libro XVI del Código de Teodosio, título II, ley XLIV, que te ruego leas. Además, Gothofredus anotó muchas cosas sobre esto, a quien te remito.

198. ¿Qué mal hay en esto? etc. Estas son las palabras de quienes excusan a aquellos que, sin tener parentesco con las vírgenes, sin embargo, cohabitan familiarmente bajo un mismo techo, e incluso duermen en un mismo lecho. Y ciertamente Hilario los reprende severamente, advirtiéndoles que ciertamente no se abstienen de los besos, lo cual no podía ser tolerado en absoluto: pues eso es un argumento no leve de un alma ya atrapada por el

demonio. Estos ciertamente declara Cipriano que están sujetos a las leyes de la penitencia de la Iglesia, cuando dice (Epist. LII, pág. 220): «Y por eso actuaste con prudencia y vigor, hermano carísimo, al abstenerte del Diácono, que a menudo permaneció con una virgen, pero también de los demás, que solían dormir con vírgenes. Que si hacen penitencia de este concubinato ilícito suyo, y se separan el uno del otro... recibida la comunión, sean admitidos en la iglesia, con esta advertencia, sin embargo, de que si después vuelven a los mismos hombres, o si con ellos habitan en una misma casa y bajo un mismo techo, sean expulsados con una censura más grave, y no sean fácilmente recibidos en la Iglesia después.» Consulta también, te ruego, la epístola que Jerónimo escribió a Sabiniano diácono (en la edición de Verona es 147; antes era 48). Por serpiente entiende al demonio; pues es la serpiente antigua, que se llama diablo (Apocalipsis XII, 9, 14 y 15), y sabemos que fue representado bajo esa forma por Constantino el Grande (Eusebio de la vida de Constantino lib. III, cap. 3).

199. Hilario presenta otra excusa de la misma sentencia de quienes cohabitan con vírgenes. Y esa misma, cualquiera que sea, se presentaba en tiempos de Cipriano. Pero la rechaza el mismo Cipriano con estos ciertamente excelentes consejos (en la misma epístola LII, pág. 220): «Ni nadie piense que puede defenderse con esta excusa, que puede ser inspeccionada y probada, si es virgen, cuando tanto las manos de las comadronas como los ojos a menudo se engañan, y si se encuentra virgen incorrupta en esa parte de sí misma, en la que puede ser mujer, sin embargo, pudo haber pecado en otra parte del cuerpo, que puede corromperse, y sin embargo no puede ser inspeccionada. Ciertamente el mismo concubinato, el mismo abrazo, la misma conversación, y el beso, y la turbia y fea dormición de dos juntos, ¡cuánto deshonor y crimen confiesa! Si un esposo que llega ve a su esposa acostada con otro, ¿no se indigna, y se enfurece, y por el dolor de los celos tal vez toma la espada en la mano? ¿Qué hará Cristo y Señor, y nuestro Juez, cuando ve a su virgen consagrada a Él, y destinada a su santidad, acostada con otro? ¡Cuánto se indigna, y se enoja, y qué castigos amenaza a tales uniones incestuosas! para que cada uno de los hermanos pueda evitar su espada espiritual, y el día del juicio venidero, debemos prever y esforzarnos con todo consejo.» Sin embargo, cabe señalar que Cipriano, y otros, que Baluzius cita en la decimonovena anotación sobre la epístola que trajimos, no reprobaron el experimento realizado por las comadronas en los cuerpos de las vírgenes. Pero ciertamente lo reprende Hilario, cuyo ejemplo siguió Ambrosio de Milán, un hombre ciertamente excelente.

200. Son más oscuras las cosas que aquí se transmiten: sin embargo, entiendes que las vírgenes de las que había hablado antes eran amadas más ardientemente porque se profesaban vírgenes, aunque solo de nombre y profesión lo fueran. Además, temerariamente se jactaban de ser vírgenes, buscando esta alabanza de los hombres, cuando debían esperarla solo del Señor, quien ciertamente les devolvería la recompensa de la castidad.

201. Es indudable que el Apóstol Pablo ordenó a las mujeres que oraran con la cabeza cubierta. Ve el lugar de la epístola a los Corintios, que indico al final de la página. Estas vírgenes, de las que habla aquí Hilario, oraban con la cabeza descubierta: tal vez para que el adorno del cabello y la cabeza fuera visible para todos, con el favor de sus corruptores, a quienes había reprendido antes. Los llama corruptores de vírgenes, porque si no eran corruptores del cuerpo, ciertamente lo eran del alma y de las costumbres. No estoy seguro de si esas palabras, cohibiendo sus corruptores, están colocadas en el lugar adecuado. Si están en su lugar, las explico de esta manera, que estos cohiben (es decir, restringen) el precepto del Apóstol, que había sido extendido a todas las mujeres, solo a aquellas que estaban unidas en matrimonio. Lo cual ciertamente no era nuevo en la época de Hilario: y de hecho leemos esto en Tertuliano: «Pero lo que se observa promiscuamente en las Iglesias, como incierto, debe ser revisado, si las vírgenes deben ser veladas o no. Pues quienes conceden a las vírgenes la

inmunidad del velo, parecen apoyarse en esto, que el Apóstol no designó específicamente a las vírgenes, sino a las mujeres para ser veladas; ni el sexo, al decir mujeres, sino el grado del sexo, al decir mujeres. Pues si hubiera nombrado el sexo diciendo mujeres, habría definido absolutamente sobre toda mujer. O cuando nombra un grado del sexo, al omitir otro, lo separa. Pues pudo, dicen, o nombrar también a las vírgenes específicamente, o en general a las mujeres. Quienes así conceden, deben recordar el estado del mismo término, qué es mujer desde las primeras letras de los comentarios sagrados; pues encuentran que es un nombre de sexo, no de grado de sexo. Pues Dios llamó mujer y hembra a Eva, aún no conocida por el hombre: hembra, como nombre general de sexo, mujer, como grado especial de sexo. Así que ya entonces Eva, aún virgen, fue llamada mujer, y este nombre común se hizo también para la virgen. Y no es de extrañar, si el Apóstol, movido por el mismo espíritu, por el cual toda la Escritura divina, y esa Génesis fue escrita, usó la misma voz, poniendo mujer; que por el ejemplo de Eva virgen y no casada, también compete a la virgen. Lo demás no suena. Pues incluso en esto, que no nombró a las vírgenes, como en otro lugar, donde enseña sobre el matrimonio, proclama suficientemente sobre toda mujer, y sobre todo el sexo, y no se hace distinción entre virgen, en absoluto no nombra. Pues quien en otro lugar recuerda distinguir, donde la diferencia lo requiere (distingue, sin embargo, cada especie designándola con sus nombres); donde no distingue, al no nombrar a ninguna, no quiere que se entienda diferencia alguna.» Y Tertuliano no se apartó de esta opinión, incluso cuando se apartó de la misma Iglesia, y se adhirió a Montano. Pues se dice que escribió el libro sobre el Velo de las Vírgenes, después de haberse adherido a Montano: y sin embargo, también en el capítulo 4 de ese mismo libro enseña lo mismo que aquí. Además, los reprende severamente, quienes decían que las vírgenes podían orar en la Iglesia con la cabeza descubierta, en todo el capítulo 22 del libro sobre la Oración: te ruego que leas ese capítulo completo. Sin embargo, el término mujer a veces denota a la que está sujeta a un hombre, no a una virgen, como lo muestran esos ejemplos de los antiguos latinos que Baluzius recopiló en la anotación 12 sobre la epístola de Cipriano a Pomponio en la edición de Baluzius LXII (Pág. 223 de la edición Veneciana). También te ruego que el Lector la consulte. Esa palabra inician (se inician con la cabeza descubierta) se refiere o a aquella oblación, con la que se presentan a Dios, dedicándole su virginidad en la iglesia, o, si prefieres, a las oraciones públicas. Lo demás se entiende por sí mismo, especialmente establecida aquella definición de continencia, que había puesto antes.

202. Parece tomada de varios lugares de la Escritura esa definición de paciencia que aquí se presenta: pero principalmente de los versículos primero y segundo del capítulo IV de la epístola a los Efesios: pues de esta manera se presenta ese lugar: Os ruego, pues, yo, prisionero en el Señor, que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos unos a otros en amor: pues a la paciencia se le atribuye principalmente que soporte (soportándoos unos a otros). Aquí Hilario le asigna dos partes, una de las cuales es la tolerancia de las injurias y pasiones; la otra la soportación de todas las expectativas. Y sobre la primera ciertamente te asentarás fácilmente: pues a menudo en las Escrituras se nos advierte que ejercitemos la caridad, la paciencia y la mansedumbre (I Timoteo VI, 11): que ciertamente exigen la tolerancia de las injurias y pasiones. Pero sobre la segunda tampoco puede haber duda alguna: pues, para omitir lo demás, a esto apuntan aquellas advertencias de Santiago (Cap. V, 7): Sed, pues, pacientes, hermanos, hasta la venida del Señor: He aquí, el labrador espera el precioso fruto de la tierra, teniendo paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y tardía. Sed, pues, pacientes también vosotros, y afirmad vuestros corazones, porque la venida del Señor se acerca. Si alguien posee este tipo de paciencia, ¿no soportará (llevará) las cosas contrarias de

la vida? ¿no poseerá también todos los bienes? Ciertamente tendrá esto, quien soporte todas las expectativas sin precipitación.

203. Alude, creo, a aquellas palabras del Apóstol (Romanos V, 3): Sabiendo que la tribulación produce paciencia; la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza.

204. Son claras las enseñanzas de Hilario, si recuerdas las definiciones que expuso anteriormente. Las palabras que se comprendieron anteriormente son las mismas aquí, como advertí antes.

205. Debe leerse "cuando": pues cuando no se espera nada, lo que se espera se soporta con impaciencia. Pero en nuestro códice se lee "porque" debido a la ignorancia del último copista, según creo.

206. Estas palabras: "con toda virtud la paciencia soporta lo que se reconoce cuando la esperanza se desvanece", son claras y se continúan claramente con las anteriores. Pero son más oscuras las que siguen: "Pero si la esperanza sigue al fruto de la paciencia, esta se regocija con la fe como madre, tiene a Dios como timón, la continencia como género, la proximidad". Así las interpreto: Si la paciencia sigue a la esperanza, que es el fruto de la esperanza (debe leerse "esperanza", aunque el códice tenga "esperanzas"), esta, o si prefieres, "y esta" (esperanza) se regocija con la fe como madre; la esperanza tiene un amparo peculiar de Dios: pues "la misericordia rodeará a los que esperan en el Señor" (Salmo XXXI, 70): la continencia (que es un género de estas virtudes, es decir, las abarca todas, o si prefieres que se explique así, es la madre principal de ellas, y como la raíz) tiene la proximidad de Dios: pues por la continencia nos hacemos como cercanos a Dios, o porque nos hacemos "partícipes de la naturaleza divina" por ella (II Pedro I, 4); o porque por ella "nos acercamos a Dios": "si nos acercamos a Él, Él se acercará a nosotros" (Santiago IV, 8); o, si prefieres, porque al alcanzar la bienaventuranza celestial seremos semejantes a Dios. Esto lo prueba Hilario, tanto con el ejemplo de los mártires, que fortalecidos por la fe y la esperanza soportaron pacientemente y con valentía cualquier tormento (con la ayuda y gracia de Dios), como con el de los demás cristianos, que hasta la muerte, con las virtudes de la paciencia, o si prefieres, con los combates, imitando a Cristo, se hacen coherederos de Cristo. Si alguien propone algo más probable, ciertamente me hará un gran favor. Además, me gustaría señalar aquí que Hilario se refirió a varios pasajes de las Escrituras, pero que apenas podemos identificar con certeza, especialmente porque sigue una interpretación más antigua que nuestra Vulgata. Para no ocultar nada, estas palabras: "de ahí que los justos, mientras obran todo pacientemente", se encuentran en nuestro códice después de aquellas palabras "virtudes de la paciencia" (o más bien "combates") imitan. Y después de la palabra "proximidad", se lee allí: "de ahí los gloriosos testigos de Dios", etc. Sin embargo, el sentido y la distribución de la sentencia parecen exigir que así se concluya el período y la sentencia misma: "luego" (es decir, en último lugar) "coherederos de Cristo, mientras lo imitan hasta la muerte en los combates de la paciencia". Si alguien, sin embargo, desea retener la lectura del códice y piensa que Hilario tomó de ella la ocasión para disertar sobre la justicia, por mí está bien. En cuanto a la palabra "gloriosos", recuerda el número 2.

207. En el códice se lee así: "que si alguien la obtiene, y a quien alguien se adhiere, conserva su vida dispuesta y sin perturbación". Estas palabras son manifiestamente complicadas y carecen de un sentido claro. Las he corregido como me ha parecido más probable. Si alguien desea corregirlas de otra manera, que haga lo que le plazca. Después de las palabras, "cuando era el señor de todos" por Juan, se añade en el códice, "que es el mayor entre los nacidos de

mujer": pero es una glosa manifiesta, que se refiere al versículo 43 del capítulo V de Mateo, que con razón y mérito he eliminado.

208. Creo que Hilario se refiere a aquel lugar que anoté al final de su epístola, a saber, al versículo 2 de la epístola de Judas Apóstol. Judas escribe así: "A los que son amados en Dios Padre, y guardados en Cristo Jesús, y llamados, misericordia a vosotros, y paz, y caridad se os multiplique". Pues no es necesario referir este lugar a Pablo; ya que estas palabras "en otro lugar también", designan convenientemente otro lugar de la Escritura, y no estamos obligados a pensar que se indica otro lugar de Pablo. Además, Cristo puede ser llamado "misericordia, paz y caridad", o "amor" nuestro, tanto porque es el autor y origen de estas cosas, como porque por su gracia las efectúa en nosotros. Sospecho también que antiguamente en algunos códices se leía de otra manera, y se decía expresamente: "en Cristo Jesús, que es para nosotros misericordia, paz y caridad", o "amor". Si deseas que Hilario indique otro lugar, yo ciertamente no me opondré, siempre que indiques uno probable.

209. Los escritores eclesiásticos no solo llaman "ágape" al amor mismo, sino también a sus frutos (por así decirlo) y a las obras que provienen de la caridad las llaman "ágapes". De ahí que Agustín diga: "nuestras ágapes alimentan a los pobres, ya sea con frutos o con carnes". Si alguien desea saber mucho sobre este asunto, consulte a los escritores que cita Ducange.

210. La Vulgata aquí tiene "caridad". Pero Hilario, siguiendo otra interpretación más antigua, lee "amor", que distingue inmediatamente después de la "caridad".

211. Además, de las dos definiciones anteriores se desprende, según el juicio de Hilario, que el amor se distingue de la caridad. Aquel que verdaderamente ama a Dios, posee las demás virtudes y observa todos los mandamientos: ¿Quién no observaría los mandamientos de aquel a quien verdaderamente ama? Si trajera a los Padres, e incluso los mismos lugares de las Escrituras que lo confirman, sería casi infinito: pues tanto las Escrituras como los Padres enseñan muy a menudo lo mismo que aquí Hilario, quien al decir: "La caridad es la consumación de todos los mandamientos", parece referirse a aquel lugar de la epístola de Pablo a los Romanos (Cap. XIII, 10), que en la Vulgata se presenta así: "La plenitud de la ley es el amor".

212. Muy similares a las advertencias de Hilario son las enseñanzas de Gregorio Magno (Homilía XXVII en el Evangelio, n. 1), cuyas palabras me place citar aquí: «Aunque todas las sagradas escrituras están llenas de los mandamientos del Señor, ¿qué es lo que el Señor dice sobre el amor, como si fuera un mandamiento singular: Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros? sino porque todo mandamiento es solo sobre el amor: y todos son un solo mandamiento: porque todo lo que se ordena se solidifica solo en la caridad. Así como muchas ramas de un árbol surgen de una raíz, así muchas virtudes se generan de una sola caridad. Y ninguna rama de buena obra tiene algo de verdor si no permanece en la raíz de la caridad.»

213. Entre las antiguas quejas que Erasmo vertió contra Hilario, no fue la menor esta, que Hilario defendiera con gran insistencia que nosotros también somos uno con el Padre y el Hijo por naturaleza. Ciertamente, aquel crítico riguroso habría aumentado sus quejas si hubiera tenido en sus manos esta epístola, en la que sin ninguna limitación se llama "Dios" y "Hijo de Dios" a cualquiera que tenga caridad. Sin embargo, la censura apresurada e injuriosa de Erasmo contra Hilario fue refutada por el excelente Padre Constancio, a quien debemos la edición de Hilario, a quien te ruego que consultes. Ciertamente, se sabe que cualquiera de nosotros, adornado con caridad sobrenatural, puede ser llamado de alguna manera "Dios". ¿No enseñó Cristo mismo que este sublime título podía ser otorgado a los hombres que

sobresalen en piedad, cuando para refutar a los judíos, a quienes les desagradaba que se llamara a sí mismo "Dios" y "Hijo de Dios", respondió con estas palabras (Juan X, 34): "¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije: dioses sois?" (Estas palabras están tomadas del versículo 6 del Salmo LXXXI, que dice así: "Yo dije: dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo"): como si dijera: ¿Por qué me reprendéis por llamarme Dios e Hijo de Dios, cuando este título ya hace tiempo que se ha hecho común a los hombres rectos? ¿No dijo también Pedro que los hombres que serían adoptados como hijos de Dios por la caridad se harían "partícipes de la naturaleza divina" (II Pedro I, 4)? Y he aquí por qué no solo Hilario, sino también otros Padres llamaron Dios, o al menos Hijo de Dios, o divino, a aquel que estuviera imbuido de caridad. Escucha, te ruego, lo que enseña Ambrosio (Libro I de las Vírgenes, cap. 3, alias, n. 11): "El Verbo se hizo carne, para que la carne se hiciera Dios". Escucha también lo que escribe Agustín (En la epístola I de Juan, tratado II, n. 14, es decir, al final): «Cada uno es tal como es su amor. ¿Amas la tierra? serás tierra. ¿Amas a Dios? ¿qué diré, serás Dios? No me atrevo a decirlo por mí mismo. Escuchemos las Escrituras: Yo dije: dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo. Si, pues, queréis ser dioses, e hijos del Altísimo, no améis el mundo, ni las cosas que están en el mundo.» Si alguien desea encontrar cosas afines en los escritos de Bernardo, que acuda a los lugares que anoté al pie de la página.

214. Hay innumerables lugares de las Escrituras que nos enseñan que somos amados por Dios, a quien por lo tanto nos hacemos semejantes si lo amamos, sin ser movidos por ningún temor, así como Él nos ama sin ser movido por ningún temor para amarnos. Aunque esta semejanza también puede explicarse de la manera que expuso Agustín, citado recientemente. Incluso puede decirse anticipadamente que somos semejantes a Dios, en cuanto seremos semejantes a Él en la bienaventuranza, cuya "semilla" se llama "gracia" por los teólogos.

215. Temo que después de esas palabras: "¿acaso confía? No", falten algunas palabras, con las que se disolvería la objeción propuesta anteriormente, omitidas en nuestro códice. Sin embargo, las palabras de Hilario aún pueden persistir sin ninguna interrupción. Pues la caridad "expresamente" no espera, "expresamente" no confía (pues ciertamente de alguna manera enseña a esperar y creer el apóstol Pablo (I Cor. XIII, 7). La caridad, dice, "todo lo cree, todo lo espera"), ni teme de ninguna manera, si se trata del temor que los teólogos llaman "servidumbre"; aunque tema con ese temor que los teólogos llaman "filial" o "reverencial". De hecho, en los cielos la caridad permanece, y amamos a Dios, pero no creemos ni esperamos. Los teólogos y los intérpretes de las Escrituras dicen mucho sobre este tema, especialmente sobre esas palabras de Pablo (I Corintios XIII, 8): "La caridad nunca falla". Y sobre otras (I Cor. XIII, 10): "Se evacuará lo que es en parte", etc. Consúltalos.

216. En ese lugar de la epístola a los Romanos que Hilario cita aquí, faltan las palabras: "cuando amó al mundo (Dios)": también falta el epíteto "único", que se atribuye al hijo. Además, lo que falta aquí se toma de ese lugar del Evangelio de Juan (cap. III, vers. 16): "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito". ¿Debe esto referirse al mismo Hilario, que pensó que lo que cita fue transmitido por Pablo? ¿O más bien dice que esto fue transmitido por Pablo porque transmite la mayor parte de ello? ¿Debe referirse esto al códice que usó, en el que estaban escritas las cosas que él cita? ¿O al copista, que de dos lugares de la Escritura citados por Hilario hizo uno? Que el lector juzgue.

217. Donde yo puse: "Por lo tanto, quien esta especie, etc.", el códice tiene: "por lo tanto, quien esta esperanza, etc." Pero después de la palabra "como" debería haber alguna palabra que, si no me equivoco, denotara la caridad como superior a las demás virtudes. Además, la palabra "como" insinúa alguna hipérbole que Hilario usó al exaltar la excelencia de la caridad, y que suavizó con el adverbio "como", que a menudo tiene la fuerza de disminuir.

¿Quién negará que con el nombre de "especie" se indica la virtud, después de conocer lo que escribió: "Y aunque todas las especies que tratamos anteriormente (es decir, virtudes); y más adelante: "conviene ya el fin de las especies", etc. Esas palabras, "Dios es amor", muestran claramente que aquí se toma "amor" por caridad: pero no en el sentido en que Hilario la expuso poco antes: ¿quién dirá que Dios "consume" (es decir, cumpla) todos los mandamientos? ¿Puede imponerse un mandamiento a Dios que Él mismo cumpla? Además, que no se debe discutir mucho sobre Dios, sino que más bien deben aceptarse con obediencia las cosas que la fe transmite sobre Él, lo enseñan las cosas que transmiten que Dios es "inefable" e "ininvestigable", ciertamente expresísimas, y numerosos avisos tanto de las Escrituras como de los Padres. Véase n. 33 y siguientes.

218. Ciertamente falta algo en esta sentencia, aunque poco. Si confiamos en las conjeturas, podemos suplir lo que falta así: "y ajeno a la temeridad. Lo mismo debe pensarse del amor: pues tanto conocimiento hay de él (es decir, del amor), como de Dios, ya que Dios es amor. Si deseas que en lugar de esas palabras, "y ajeno", se lea "lo mismo", por mí está bien.

219. ¿Insinúa aquí Hilario lo que el apóstol Pablo ordenó en esas palabras (I Cor. XI, 31): "Porque si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados"? ¿O más bien el célebre adagio de los antiguos filósofos: "Conócete a ti mismo", a menudo alabado por los mismos Padres? Que el juicio sea ajeno.

220. Es decir: conviene (o creo justo) que el tratamiento de las virtudes termine en la plenitud del amor y de todas las cosas buenas. Esta plenitud del amor, y por lo tanto de todas las cosas, en Dios, lo había dicho antes.

221. Estas palabras: "o si algo se ha omitido, en la plenitud del mundo, parece estar concluido", son muy oscuras, en mi opinión. ¿Ha entrado algún error en esa palabra "mundo", de modo que deba sustituirse por otra cosa? Pero, ¿qué debería sustituirse? Yo no lo sé. ¿O reteniendo esa palabra "mundo", referirás estas palabras al Verbo Divino, creador de todo? de modo que el sentido de estas palabras sea: Si acaso hemos omitido algo en la enumeración de las cosas, no mencionándolo expresamente, sin embargo, no ha sido omitido en absoluto: Pues cuando dijimos que todo fue creado por Dios, estas mismas cosas que se considerarán omitidas por nosotros, no han sido omitidas en absoluto. Pero, ¿cuánta distancia hay entre lo que dice ahora y lo que dijo antes sobre Dios, el Verbo y la creación del mundo? y sin embargo, Hilario parece mantener un sentido continuado y conectado en todas partes. ¿Faltan algunas cosas, que al ser omitidas por el copista, el sentido aparece interrumpido? En tanta oscuridad de las cosas, que el lector elija lo que considere más probable. En cuanto a la razón dada de la fe, y los rivales, de los que aquí se menciona, recuerda lo que dijimos en el último número del capítulo 2 de la introducción.

222. También son oscuras esas palabras: "Y que más bien tomen el misterio (los rivales de mi fe)". ¿Debe leerse más bien "momento" (es decir, ocasión) tomen? ¿O algo más afín a la ocasión? Pero si deseas retener la palabra "misterio", así (en mi opinión) podemos explicar esto: Que también los rivales de mi fe acepten mi confesión, y reconozcan que estoy completamente de acuerdo con la Iglesia, y finalmente conozcan la razón por la cual en mis libros algunas cosas las transmití de manera más oscura, cubriéndolas con un cierto velo: para no ofender a los más débiles. Pues ahora que se ha presentado la oportunidad de explicar mis pensamientos, los he explicado claramente. O, si prefieres, entiende por "misterio" la "fórmula de fe", y entonces di que Hilario desea que los rivales de su fe tomen el "misterio", es decir, la misma "fórmula de fe", en la que tanto él como los mismos rivales están completamente de acuerdo; la cual fórmula de fe declara clarísimamente que Hilario cree

ortodoxamente: y será útil tanto para los enemigos como para los creyentes, en cuanto todos coincidan en una misma fórmula que declara clarísimamente los misterios de nuestra religión.